Salvador Cabral

Revolución y crisis en el Mercosur

Colección de la Unidad Sudamericana

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Dirección de Asuntos Culturales

AUTORIDADES

Presidente de la Nación Argentina
ALBERTO FERNÁNDEZ

Ministro de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
CANCILLER SANTIAGO CAFIERO

Secretario de Relaciones Exteriores
EMBAJADOR PABLO ANSELMO TETTAMANTI

Directora de Asuntos Culturales
PAULA VÁZQUEZ

Salvador Cabral

Revolución y crisis en el Mercosur

Colección de la Unidad Sudamericana

Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina
Dirección de Asuntos Culturales

© 2023, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

En colaboración con la Fundaçao Darcy Ribeiro (FUNDAR)

Primera edición: octubre de 2023

Coordinación general: Paula Vázquez, Directora de Asuntos Culturales
Curaduría general de la colección: Víctor Jorge Ramos

Realización gráfica: Editorial Universitaria de Buenos Aires
Diseño de tapa: Alessandrini & Salzman

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

PRÓLOGO

UN LUCHADOR INTRANSIGENTE POR LA UNIDAD CONTINENTAL

Santiago Cafiero

Historiador y educador, Salvador Cabral, el *Chin* Cabral, le dedicó la mayor parte de su vida a la actividad política: fue uno de los animadores de la Izquierda Nacional y, sumado a las filas del movimiento peronista, ocupó cargos públicos claves en su provincia de Misiones para luego desempeñarse como senador nacional y parlamentario del Mercosur.

Pero, ya lo hiciera desde la política, desde las aulas en las que enseñaba o desde los muchos libros que escribió, lo que tiñó todo su recorrido vital fue la lucha intransigente por la unidad de América Latina, la Patria Grande.

Nada es casual. Cabral lleva un nombre que se enlaza con la historia profunda de nuestra patria. Entre sus ancestros se encuentra el mayor del ejército Manuel Cabral, que fue uno de los jefes de la resistencia correntina durante la Guerra al Paraguay, y su esposa Jacoba Plaza de Cabral, una de las célebres cinco cautivas y rehenes correntinas de esa misma oprobiosa guerra. Al destierro, Jacoba llevó en sus brazos a su pequeño hijo Manuel, que desde entonces fue conocido como "El Cautivito de la Triple Alianza" y años después sería un destacado escritor, docente y poeta. Luego, el hijo de éste, Jesús Cabral, padre de Salvador, fue un dirigente radical que en 1973 se integraría al Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que llevó a la presidencia al general Juan Domingo Perón.

Con este bagaje familiar y político, Salvador Cabral, que nació en la histórica casa colonial de la calle Tucumán al 500, en la capital correntina (una de las edificaciones más antiguas de la provincia que se mantiene en pie), se comprometió de lleno con el mandato de luchar por los desamparados, los olvidados, los excluidos.

Por llevar adelante sus ideas y acciones, enfrentando a una realidad injusta, los representantes de la oligarquía y el poder local lo obligaron a dejar la provincia en los años 70: luego de atentados, amenazas y la voladura del local del Frente de Izquierda Popular, el *Chin* partió a San Juan con su compañera Élida Vigo, oriunda de esa provincia. Pero al poco tiempo la pareja de jóvenes militantes adoptaría para siempre a la provincia de Misiones como propia.

Y desde allí, desde esa Tierra Colorada que lo acogió y lo cobijó en la adversidad, Cabral desarrolló sus luchas y sus ideas que siempre giraron alrededor de la tarea suprema de la integración de la Patria Grande. Como dice Methol Ferré en la presentación, "este libro es un ejemplo brillante de cómo un hombre que nació, se crió y vivió en la frontera nordeste argentina, aporta desde allí y desde la historia, en la que se mueve muy cómodamente, los elementos que esa historia brinda para ser entendida y vislumbrar desde allí nuestro porvenir".

Para el *Chin* Cabral, todos los temas pasaban por la unidad latinoamericana y, como el libertador Simón Bolívar, pensaba que una de las razones del fracaso de esa tarea se explicaba en el quehacer permanente de "poderes intrínsecos" que se oponían y se oponen a la integración.

Al ex senador nacional y parlamentario del Mercosur le preocupaba muy especialmente la relación con nuestros hermanos brasileños: "Con el Brasil –decía— es necesario construir espacios de reconocimiento y desarrollo para pensar y repensar todo, incluido lo que obstaculizó y obstaculizará nuestro reconocimiento". En este sentido, creía que el Mercosur no sólo constituía la piedra angular de la unificación, sino tal vez el episodio histórico más importante que ha sucedido desde las guerras de Independencia.

Para Cabral resultaba imprescindible impulsar y participar de esa verdadera revolución cultural que significaba el Mercosur con el objetivo de completar y consolidar una integración que todavía sólo atiende a los aspectos económicos. Y tenía razón: debemos reafirmar y recrear esa identidad cultural que viene desde nuestras raíces, poniéndonos en movimiento por nosotros mismos para poder convertirnos en un bloque político moderno y poderoso

Este libro de Salvador Cabral que hoy se integra a nuestra Colección de la Unidad Sudamericana plantea en forma lúcida que el principal desafío que nos interpela en estas primeras décadas del siglo XXI es el de alcanzar la integración continental, única posibilidad de desarrollo sostenido para nuestros pueblos.

PRESENTACIÓN

EL SOPLIDO DE LA ÉPOCA EMPUJA A LOS LATINOAMERICANOS

Alberto Methol Ferré

Vamos a tratar de hacer con este libro una presentación de ubicación profunda, es decir, vamos a tratar de hacer con el libro lo que Cabral hace con la historia: la vuelve profunda, nos muestra siempre el fondo de una época, el sentido, el significado y el rumbo de los hechos, relacionando unos con otros de modo que uno ve todo lo que está en juego en el trasfondo del relato. La importancia de esta forma de presentación es que uno trata de transmitir el espacio y el tiempo con todas sus variantes matices, para saber adónde en realidad está parado, qué es lo que hay que hacer y con qué contamos para cumplir con nuestra obligación.

Quiero aclarar que a este libro lo conozco mucho, ya que lo presenté hace varios años, en compañía de Gustavo Béliz, en el salón principal de la Biblioteca Nacional. De manera que me valgo para ordenar esta tarea de la versión desgrabada de aquella presentación, más pasajes de dos o tres conferencias donde el tema en juego –el Mercosur y su destino, de alguna manera– constituye el marco teórico de la obra; además, lo que el libro dice también fue muchas veces discutido y conversado con Cabral en los largos años que lleva esta hermosa amistad familiar, creo que desde 1968.

Lo que sí tengo muy presente es que el libro es una síntesis de la participación que tuvo Cabral en un curso que dictamos en conjunto durante 1996 en la Universidad Nacional de Formosa, una síntesis compacta de sus clases, que tienen la importancia que trataré de mostrarles en esta presentación.

Vamos a hacer así una ubicación rápida sobre el Mercosur y su destino, su significado transformador y sus verdaderas posibilidades de futuro, y la revolución que todo eso implica.

Una ubicación se inicia siempre desde el mundo actual y contemporáneo; toda reflexión es desde la actualidad que uno vive. Entonces, hagamos una enumeración simple de cuáles son los países más determinantes del mundo contemporáneo, como es visible ya en la primera mitad del siglo XXI, y cuáles son, en líneas generales, las tendencias hacia donde podría girar cada bloque; y qué pasa, en este nuevo cuadro histórico, con nuestro Mercosur.

Número uno: los Estados Unidos de Norteamérica. En el mundo actual, a pesar de las expresiones alarmantes de debilidad estructural que todos los días aparecen, todavía sigue siendo el imperio máximo. Le sigue la Unión Europea, y ahí nomás China. La Comunidad Económica Europea es un intento anterior de superar una multiplicidad de pequeños Estados-nación y lograr formar un Estado de dimensiones continentales, análogo a los EE.UU.

Le sigue, como decíamos, la irrupción abrupta de China contemporánea, que es también un inmenso Estado Continental que ha hecho un itinerario vertiginoso, pocas veces visto en el mundo. En el año 1911 todavía regía el Imperio Manchú, con una emperatriz; de manera que la China, en apenas un siglo, ha dado un salto histórico gigantesco, de un mundo básicamente rural y campesino, a una sociedad industrial moderna, con una tasa de crecimiento sin igual en el mundo contemporáneo.

Además, aparece también la India, que irrumpe desde un lejano olvido y se transforma en el segundo poder en informática. Ya los alemanes no hacen solamente importación de turcos para los oficios generalmente despreciados de limpieza y pequeñas actividades, sino que importa ingenieros indios porque en la India hay una estructura similar al Silicon Valley. O sea que la India no solamente es un gigantesco Estado Continental que ha pasado a ser una de las economías de punta en lo que tiene que ver con la informática. También está Rusia, que ha comenzado su recuperación en estos años, luego del auto hundimiento de la URSS, y el primer Estado asiático que entró en la Revolución Industrial: Japón.

De lo dicho hasta acá deducimos que las potencias que hoy dominan el mundo son los Estados Continentales, en comparación a los Estados Nación medios o pequeños. Concluimos también que estos Estados Nación medios o pequeños contemporáneos, de suyo y en soledad, son completamente incapaces de ningún protagonismo en la historia del siglo XXI, salvo que logren unificarse, como lo intenta hacer y veremos hasta dónde llega, la Unión Europea.

Nosotros, los sudamericanos, somos, en el otro ámbito histórico, el otro bloque que quiere desarrollarse. *Lo hace con una semi conciencia de todas las exigencias necesarias para alcanzar un desarrollo sostenido de nuestros países y así superar la dependencia y nuestras debilidades internas*, tareas históricas que sólo son posibles en dimensiones continentales, abarcando el conjunto de América del Sur. Pero está por verse si somos capaces, y eso depende de lo que hagamos en el transcurso de este siglo que hemos comenzado a transitar. Ese será nuestro principal desafío. Es el primer punto que Cabral plantea en su libro. Y lo señala en forma lúcida y reiterada.

El General Perón dijo en el año 67 que "el año 2000 nos va a encontrar unidos o dominados". Yo veo que, en realidad, el 2000 nos encuentra semi dominados y semi unidos. Todavía falta dirimir cuál va a ser el resultado de ésta, la última batalla, para que América del Sur, o la América Latina a través de la América del Sur, logre ser un bloque continental primero, un Estado Continente después, y llegue a ser, así, un protagonista histórico entre los cinco o seis que habrá en el inminente mundo que se va configurando.

Ser protagonista implica ser soberanos en nuestras decisiones, planificar la construcción de nuestro destino y no soportar una planificación hecha desde afuera por un poder externo. Esos Estados Continentes iniciarán la marcha hacia un Estado Mundial en el horizonte del siglo XXII. *Salvo que esta marcha produzca una crisis tan profunda que la humanidad recurra no a dos, sino a unas cuantas bombas atómicas, lo que sería pegar un salto atrás inmenso, de consecuencias desastrosas inimaginables*, pero eso es sólo una posibilidad. Una hipótesis no descartable.

En este contexto percibido me permito indicar que, así como en los 60 y hasta en los 80 en América Latina lo que más se estudiaba era Sociología, que hasta parecía una epidemia sin límites en aquellos tiempos, en estos últimos años la epidemia es el estudio de las Relaciones Internacionales. Un amigo de Río de Janeiro me informa que en Brasil, actualmente, hay cuarenta mil alumnos de Relaciones Internacionales, y agregaba: "No sabemos qué vamos a hacer con todas estas personas".

Evidentemente estamos en presencia de algo muy profundo: *hay un síntoma claro del cambio de horizontes históricos de una época a otra*. Pero nuevamente –y no sin intención–, así como en la sociología se desconocía el pensamiento nacional sobre nuestras sociedades, ahora en Relaciones Internacionales ningún libro menciona

la comprensión del pasaje del modelo de los Estados Nación, hecho sobre el modelo inglés y francés del siglo XIX, que han seguido Alemania, Italia y Japón, al modelo de Estados Continentes, que iniciaron Estados Unidos y Rusia, y que protagonizará la marcha hacia el siglo XXII. Se omite el concepto básico y esa omisión aparece como incomprensible.

En América Latina hemos tenido pensadores muy claros respecto al problema que tratamos. El primero fue Alberdi. *No hay pensador en América Latina que logre las dimensiones de Alberdi*. En su primera obra importante, escrita en 1837, una introducción al Derecho, dice que estamos viviendo dos dimensiones en el mundo moderno.

Una es la Revolución de la plebe, el desarrollo de la plebe en búsqueda de la igualdad y de sus libertades. Esto, interpreta él, es un resultado de la expansión del cristianismo que ha afirmado la igualdad en la dignidad de los hombres por el Evangelio. Alberdi lo plantea y espera que para el siglo XXI las plebes logren el objetivo democrático de la plena igualdad a escala mundial. Lo dice en su primer estudio: es una revolución que él ve que desde el centro europeo comenzaba a despegar en términos mundiales.

Y lo hacía en términos mundiales porque había una segunda revolución asociada que era –aunque él no usa ese término– la revolución industrial. El veía surgir esa revolución en Inglaterra y Francia, veía el surgimiento de un tipo de sociedad que convertía a esas dos potencias europeas en el nuevo centro mundial.

Alberdi señala –y es el primero en señalar– que *hay una diferencia naciente en el mundo entre el centro y la periferia*. O sea: en ese ensayo diferencia con nitidez absoluta lo que viene del nuevo centro emergente mundial, que son las sociedades industriales, y la periferia, formada por las sociedades anteriores agrarias o minero-exportadoras. De esa manera, Alberdi se diferencia de la generación de la Independencia, que no tuvo nunca conciencia de la diferencia entre centro y periferia, para ellos era el mismo mundo, porque la Revolución Industrial inglesa era un fenómeno tan nuevo que no había sido conceptualizado; no sabían que ya había emergido un nuevo centro mundial, que sigue hoy con nuevas características, en función de la revolución tecnológica y luego científica.

Entonces Alberdi es el primero en América Latina que ve la diferencia entre centro y periferia. Pero no solamente eso, va mucho más lejos. En 1870, la Liga Internacional y Permanente por la Paz llama a un concurso sobre "el crimen de la guerra" y el tucumano

hace un estudio intitulado así, en el que sostiene hacia el final que la era de los Estados medianos y pequeños se había terminado y que se venía, como una hipótesis de lógica histórica, el advenimiento de los Estados Continentales, usa esas mismas palabras. En el último capítulo dice que los Estados Continentales van a superar a todos los tipos de Estados pequeños y medianos que hay, y van a ser grandes asociaciones continentales. Para terminar, en un futuro más largo, digamos en 2100 o 2200, se refiere al "pueblo mundo", o sea que él imagina, de un modo semianarquista, una especie de asociación popular mundial, una asociación de confederaciones múltiples pero de un solo mundo, de una sola red mundial, no múltiples pueblos, sino que, a través de los Estados Continentales se iba a culminar en la unidad de un pueblo mundo.

Esa anticipación de Alberdi, verdaderamente sorprendente y de la que nadie se acuerda, se va ver objetivada a fines del siglo XIX y principios del XX por un alemán muy especial, notable, que es Federico Ratzel. Él es uno de los iniciadores de la geopolítica alemana.

Yo enseño hace años Historia de América Latina, Historia Mundial Contemporánea, del siglo XX hasta hoy, e Historia de la Iglesia también, y allí digo siempre que no se puede pensar en la historia como proceso temporal sin asociarla íntimamente a los espacios. Porque los hombres somos animales espacio-temporales, no hay tiempo sin espacio y no hay espacio sin tiempo.

Este libro de Cabral que van a leer es un ejemplo brillante de cómo un hombre que nació, se crió y vivió en la frontera nordeste argentina aporta desde allí y desde la historia, en la que se mueve muy cómodamente, los elementos que esa historia brinda para ser entendida y vislumbrar desde allí nuestro porvenir. Esto es clave en este libro, pero volvamos a Ratzel.

Federico Ratzel, decía, es uno de los iniciadores de la geopolítica alemana. Tuvo una de las conciencias lúcidas, también, de entender su tiempo y señalar el camino. Es uno de los primeros que incorpora como elemento activo de la historia el concepto del espacio.

Coincidente con esta concepción, siempre digo que para ser político se debe ser necesariamente geopolítico. Si se está y se actúa en una provincia determinada se debe saber que allí se producen determinadas cosas, y fundamentalmente, que hay otras que no se producen y se podrían producir. Es decir, buscar el camino para cada desarrollo provincial. Esa es la vitalidad plástica que tiene que tener cada político de provincia y de la nación si es serio, y si en serio está

trabajando para el desarrollo de su país. En cada zona hay temas diferentes, conflictos distintos, perspectivas dispares, etcétera.

Digo todo esto porque existe en América Latina, especialmente en las universidades que fueron y son influenciadas por el liberalismo, una tendencia mortífera a pensar la historia como una exclusiva temporalidad desligada de su intrínseco vínculo con los espacios. Es una concepción de la historia verdaderamente a-histórica, ya que se relatan las cosas como si pudiesen ocurrir en cualquier lado. Repetimos: ni el tiempo sin el espacio ni el espacio sin el tiempo.

Ratzel unifica la cuestión planteando en forma clara el problema: no se puede pensar nunca nada en política sin los espacios. Con esa concepción escribe una obra, allá por 1898, donde dice que la era de los Estados-Nación ha terminado, y que ha llegado la hora del protagonismo de los Estados-Continentales.

¿Pero qué entiende por Estados-Nación? Entiende a los Estados europeos, o sea Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, y se le puede agregar la aparición protagónica contemporánea en el Asia de Japón, que cumplía las reglas de la emergencia de un nuevo tipo de Estado-Nación, más o menos equivalente en proporciones y dimensiones a los otros.

Entonces, él dice: "Eso ha terminado". Y llega a los Estados Unidos en la década de 1870 a 1880. A su vuelta publica un libro sobre EE.UU.; había sido enviado por la Alemania de Bismark como reportero, en plena explosión de la industrialización y unificación alemana y la modernización acelerada en función a una unión aduanera anterior muy honda, que le había servido a Alberdi para reflexionar sobre la necesidad de un Pacto Latinoamericano, en 1845, cuando él volvía de un viaje de Europa.

En ese regreso no se queda en Montevideo, donde vivía antes, sigue hasta Valparaíso, y allí, para revalidar el título de doctor, toma como tema de su tesis la inminencia de un encuentro latinoamericano en Chile (que no se realizó nunca) y pone explícitamente como ejemplo la unión aduanera alemana, o sea que él va a Europa y aprende todo lo fundamental y hace, diríamos así, la primera reflexión precepaliana; cuestiones, puntos de vista y propuestas que la CEPAL va a pensar más sistemáticamente e institucionalmente desde el inicio de los años cincuenta.

Decíamos que Ratzel publica un libro a la vuelta de los Estados Unidos. Y así como Alberdi fue influenciado por Alemania, Ratzel fue impactado por Norteamérica. No podría ser de otra manera. Llega allí

en pleno despegue industrial, después de la liquidación de los terratenientes del sur, librecambistas, vinculados a los ingleses; esa derrota del sur terrateniente y esclavista lanza a EE.UU. al gran despegue industrial del último tercio del siglo XIX, en la misma época que Alemania hacía eso en otras dimensiones en Europa. Cuando él llega a EE.UU. ya había cuatro líneas transcontinentales que atravesaban el país de un océano a otro, y para que esos viajes dejaran ganancias tenían que tener una cantidad enorme de vagones, y para lograr eso, las locomotoras tenían que ser tres o cuatro veces más grandes que en Europa, donde debían recorrer espacios mucho menores. Ratzel queda perplejo. Él, que estaba sintiendo orgullo con los trenes alemanes. En sus relatos dice, al describir la Revolución Industrial norteamericana: "Me sentía un liliputiense", haciendo mención al tamaño descomunal de la revolución emergente. Lo repite en varios artículos antes de morir, en 1904.

Entre tantos mensajes inteligentes que nos deja, hay uno que tiene tono de desesperación. Es cuando dice: "Si la Europa logra unir sus naciones quizás consiga ser el nuevo Estado-Continental". Y agrega: "Si Rusia sabe acelerar su industrialización quizá sea la única potencia continental que pueda enfrentar a los EE.UU. en el siglo XX", y con eso canta la lógica que tuvo todo el siglo XX. Europa fue tan burra que necesitó auto-asesinarse durante dos guerras mundiales *para entender que tenía que unificarse y todavía no lo entiende completamente*.

Un proceso de integración nunca es fácil. Requiere siempre una transformación, una revolución en la cultura. Y es difícil la transición entre formas de vida asentada y las nuevas formas a las que estamos convocados, porque estamos, diríamos, en un interregno entre el Estado nacional micro, que componen la América del Sur contemporánea y separada, y un Estado Continental macro, como lo planteaba Perón, generado por la trascendencia mutua y concorde de los Estados que lo componemos y cuyo primer síntoma es la Comunidad Sudamericana de Naciones.

Todavía no es nada, pero que los jefes de todos los Estados de América del Sur hayan logrado firmar eso es porque *el soplido de la época los está empujando,* con una semiinconsciencia, todos con grandes reservas, producto de dos siglos de divisiones absurdas; más peruanos que integracionistas, más argentinos que integracionistas; todos, hasta los uruguayos, también somos más uruguayistas que integracionistas, aunque seamos los enanos máximos. Uno sufre mucho por eso, pero es así.

Estamos envueltos en una época que llamaría *de interregno*. Y para entender bien vamos a ubicar sintéticamente las tres épocas fundamentales de América Latina, hasta ahora.

El origen, o sea el nacimiento de América Latina, es desde el siglo XVI, cuando se inicia la conquista continental del imperio azteca y luego el inca, y se asientan allí las bases de la América Latina hispano parlante, con una división básica: en el norte el Virreinato de México y en el sur el de Perú con Lima como centro. Son los dos focos básicos del imperio castellano emergente. Nosotros, los uruguayos, paraguayos, argentinos, bolivianos, etcétera, fuimos durante dos siglos y medio peruanos. Por supuesto nuestra historia no toma ni usa esa palabra, no nos inculca que fuimos peruanos hasta 1776. Se informa lo menos posible porque es una herida para la Argentina, que es un invento muy posterior.

En esos años de fines de 1500 se funda Buenos Aires y queda, de alguna manera, todo el mapa actual de América Latina con las grandes capitales, México, Santiago, Río, Caracas, etcétera.

Quiero destacar hechos significativos en esos momentos fundacionales de América Latina. En 1580 se funda por segunda vez Buenos Aires. Esta vez es definitiva y la realizan los asunceños capitaneados por Juan de Garay. Pero en ese mismo año se logra por fin la unidad de Castilla y Portugal. Es un hecho clave para entender la dinámica del origen del Mercosur. Esta situación es señalada y reiterada por Cabral en el presente trabajo.

Esa unidad ibérica como Estado que se logra a partir de 1580 era un objetivo buscado desde hacía mucho por ambas coronas, tanto la de Portugal como la de Castilla. Se lo perseguía desde el Pacto de Alcazobas de 1479, a través del cual Portugal y Castilla buscaban su unificación. En esa búsqueda permanente por aquellos años hacían casar a la hija de los reyes católicos con el heredero de la corona de Portugal, y así sucesivamente. Hasta que al final, después de un siglo, esa política de los casamientos para fortalecer la unidad da sus frutos, ya que la herencia que le cabe a Felipe II es el resultado de ser hijo de una portuguesa heredera del trono. Nace así y se consolida el imperio más grande del mundo. Y sin embargo no hay un estudio serio de toda esta etapa. ¿Por qué se debilitó este inmenso y poderoso imperio ibérico, ya no más español? ¿Por qué no pudo seguir adelante, proyectarse y crecer este poder gigantesco? Nadie habla de ese tema. Nadie ha investigado a fondo esta cuestión.

Todo esto lo enseño en la Historia de América Latina y empiezo la Edad Media nuestra como la Edad Media castellana y portuguesa. Porque si el Mercosur nos importa en serio y entendemos que es el único destino que tenemos, entonces nos tiene que importar el origen, que está en el siglo XI cuando nace Portugal.

Hacemos entonces la pregunta: ¿cómo nace Portugal? Era una parte de Castilla. Una partecita pequeña, donde dos caballeros de Borgoña ayudan al rey Alfonzo VI de Castilla en su lucha contra los moros. Y entonces, en agradecimiento a la participación en esa eterna guerra contra el moro, casa a uno de ellos con su hija y le entrega como dote a esta hija el condado de Portugal. Años después, este mismo Alfonzo ya no se contentaba con ser rey y pretende ser emperador. Pero para ser emperador de acuerdo a la escala feudal, tenía que tener como vasallo a un rey. Es allí que el hijo del primer caballero de Borgoña se nombra rey de Portugal, cosa que le encanta a Alfonzo, porque al fin va a poder usar el título de emperador. Ese es el nacimiento de Portugal como reino después de haber sido un condado en donación como dote.

Esta es una historia que tenemos que repensarla entera porque no es la que nos enseñan. Y según la actualidad histórica yo tengo que repensar todo el pasado en función a la eficacia que me exige el pueblo al que pertenezco y encontrar, así, las respuestas acertadas a la realidad histórica.

Todo esto de Portugal que aparece como anécdota muestra sin embargo una intención. Porque desde 1580 se unen ambos reinos bajo los tres Felipe de Hamburgo y se entrecruzan muchas cosas que pasan a ser producto común. El padre Del Barco Centenera, por ejemplo, que en su famoso libro de poemas había inventado el nombre de Argentina para toda esta región, incluido el Paraguay, pasa a ser secretario del Concilio provincial de Lima, que es el que estructura las bases fundamentales de la evangelización del conjunto de América hispana (el Concilio III de México va a retomar las líneas de lo aprobado en Lima). Por ejemplo, la hispanoamericanización del Concilio de Trento, que es modelo sobre el cual se van a edificar las misiones jesuíticas, es decir todo un nuevo modelo de evangelización, se estipula en Lima estando Del Barco Centenera como secretario. Y simbólicamente, su libro citado, *La Argentina*, va a ser editado por primera vez en Lisboa. Todo empezaba a ser tarea común y producto común. A partir de allí Centenera va de capellán del virrey de Portugal en el año 1602.

Se fundan las principales capitales que existen hasta ahora, se inician y se expanden las misiones jesuíticas, se trata de poner en

práctica la primera legislación laboral en la historia de la humanidad, todo en el nuevo unificado imperio mundial. La América hispana y la América portuguesa, todo unificado.

La segunda etapa constitutiva de América Latina es la emancipación. Allí cambian por primera vez los mapas. La revolución hispanoamericana se extiende como un reguero de México a Buenos Aires. Las tres gestas más importantes de la América del Sur fueron las de Bolívar, San Martín y Artigas, años después se los llamó a ellos los unificadores. Todo el poder unificado que tenía Bolívar se transformó en seis repúblicas divididas; con San Martín y Artigas pasó algo igual, el virreinato terminó en cuatro republiquetas distintas.

Bolívar había dicho: "Hemos perdido todo salvo la independencia". Pero en ese "todo" también perdimos las condiciones materiales para ser independientes. Ni hablemos de Centro América, que se transformó en un mapa de Estados pequeñitos, inviables desde el inicio; pero así actuamos, a los tumbos, nos negamos a morir durante el largo y sangrante siglo XX.

También durante esta etapa hubo marchas y contramarchas que, de alguna manera, nos explican el hoy. Porque el hoy ya es parte de la tercera etapa.

Si bien tuvimos antecedentes con el Barón de Río Branco y Roque Sáenz Peña a principios de siglo, con Hipólito Yrigoyen, apoyando siempre a los países más débiles o atacados en América Latina, el APRA en el Perú, expresamente latinoamericanista e hijo de nuestra Reforma Universitaria del 18, es Perón, sin duda alguna, el que expone de una forma orgánica, coherente, geopolíticamente profunda, la cuestión de América Latina unificada como Estado Continente. No solamente lo expone, sino que impulsa una intensa acción política para concretarla.

Pero corresponde que nos hagamos algunas preguntas para entender el antecedente máximo, el de Perón, para entrar a la oleada actual de Latinoamérica. Lo primero es: ¿de dónde le vino a Perón el asunto de los Estados Continentales? Algunos decían que leía alemán pero que no lo escribía. Pero tenemos algunos datos que se entrecruzan.

José Vasconcelos, aquél que fuera ministro de Educación de la Revolución Mexicana y tuvo luego que irse de México después de ser candidato a la presidencia, estaba exiliado en la Argentina, por el año 29; enseñaba en la Universidad de La Plata y en el año 34 escribe un libro que se publica titulado *Bolivarismo y Monroismo*. En

su publicación dice haber consultado las obras completas de Ratzel. Otros de los libros referidos al tema son los del alemán Hasbeiger, que cuando Hitler sube al poder se exilia en los EE.UU. Y cuando ocurre el ataque a Pearl Harbor (1941), decide explicar a la opinión pública la historia de la geopolítica de Alemania y su participación en esa historia. Este conjunto de conferencias es publicada por el Fondo de Cultura Económica en junio de 1943, o sea, al mismo tiempo que se produce el golpe militar argentino contra el gobierno de Castillo. Yo lo conocí, más o menos por el año 47, no solamente por la edición del Fondo de Cultura sino también ediciones hechas en La Plata entre el 48 y el 54. Posiblemente leyó ahí Perón sobre los Estados Continentales.

Perón tenía una visión de los Estados Continentales como sucesores de los Estados Nación; él, antes de plantear el proyecto del ABC, hace primero (1950) una inmensa propaganda por el año del centenario de la muerte de San Martín. Y en 1951 le propone a Vargas y a Ibáñez una política de unificación sudamericana con miras a Latinoamérica, pero entendiendo que todo empezaba por acá, por la América del Sur.

Primero había que lograr la unidad de un centro de aglutinación. Ese centro de aglutinación era, como él lo explica a Joáo Batista Luzardo, embajador de Brasil en Buenos Aires y de confianza política de Vargas. Lo hace para profundizar el entendimiento mutuo sobre el sentido de la propuesta política que América del Sur necesitaba.

El título de la propuesta decía: "Las Confederaciones Continentales". Y su primera fase era: "En el siglo pasado se hablaba de las naciones, ahora hay que hablar de las unidades continentales". En la conciencia de Perón sobre la situación y el futuro de Argentina, a ésta le faltaban las condiciones de mercado interno suficiente para un gran desarrollo industrial, que era a lo que él aspiraba. Era necesario, por ello, el ensamble con un país mucho más poblado, aunque tuviera una parte inmensa de pobres e indigentes, *para generar una dinámica interna común que desplegara las industrias de Brasil y Argentina*.

Entonces él le titula a Vargas e Ibáñez su propuesta del nuevo ABC, recogiendo la herencia del Barón de Río Branco, buscando la solución pacífica junto con Sáenz Peña, de los problemas de América del Sur. Río Branco y Sáenz Peña pertenecían al mundo agroexportador, el café de Brasil para los EE.UU. y las carnes de Argentina para los ingleses y Europa en general. La propuesta novedosa de Perón demuestra que es necesario construir las nuevas bases de la

sociedad industrial en América del Sur, y éste será el nuevo eje básico de aglutinación, mencionando como una perspectiva hacia el futuro "los Estados Unidos de Latinoamérica".

Esta propuesta que hacía Perón a Chile y Brasil trajo en el Uruguay una profunda conmoción. No era para menos. Con otros amigos de la época vivimos el final del Uruguay bajo la poderosa participación del poder inglés. Ellos eran los que nos compraban toda la carne, absolutamente toda, y a un muy buen precio. Esa muy buena venta dejaba un gran excedente pecuario en el Uruguay y con eso se hacía una redistribución entre los oligarcas, los ciudadanos burocráticos y la clase media, que alcanzó un poder adquisitivo importante, pero siempre sin afectar las bases de la renta pecuaria que había hecho la democratización más eficaz de América del Sur, a tal punto que el Uruguay se sentía un balcón hacia Londres, que era nuestra tienda central.

Entonces, en la misma época de la propuesta de Perón, el poder y el capital inglés en general comenzaba a retirarse del Río de la Plata. Era la devaluación de la libra allá por el 49. Era la retirada del ferrocarril en el Uruguay, del agua corriente manejada por los ingleses, y a decir verdad, de todos los focos de inversión básica. Nosotros sentimos todo eso como un nuevo giro histórico, sentimos que era la vuelta del Uruguay hacia América Latina.

Y todos nos preguntamos: ¿El que nos inventó, se nos va? No lo echamos, simplemente nos abandona, ¿y ahora qué? Entonces comenzamos a pensar el regreso a esa frontera americana que significaba el entendimiento con Argentina y Brasil. En ese cuadro histórico, la propuesta de Perón fue un verdadero impacto, porque era la propuesta que hasta ese momento nadie era capaz de resolver. Así es que con Reyes Abadie y Ares Pons fundamos en 1955 la revista *Nexo,* que tenía un objetivo político estratégico.

Hasta esa época habíamos sido una cuña inglesa entre Argentina y Brasil; el invento de Lord Stranford tenía como objetivo que el Uruguay no fuese ni provincia oriental argentina, ni provincia cisplatina brasileña. Y al no ser ni argentina ni brasileña, en aquellas condiciones estructurales e internacionales, era implícitamente inglesa.

Antes que eso funcionara perfectamente hubo muchas luchas que no es el caso contar aquí, pero que nos indican que no era tan fácil hacer funcionar una directa y sencilla dependencia inglesa. Pero a partir de la finalización de la Guerra de la Triple Alianza, Inglaterra logra tranquilizar el Río de la Plata: Argentina queda en

su casa vinculada a través del océano a Londres y el Brasil queda un poco más vinculado a los yanquis por el café. Llega allí el momento de las soledades separadas. Argentina sola, orgullosa de su riqueza y mirando únicamente a Europa; el Brasil solo, como administrador de inmensos cafetales para los Estados Unidos; y Uruguay -que es el más dramático de todos- aparece mostrando su soledad como un gran triunfo, como un éxito bárbaro, éxito que existió hasta que los ingleses se fueron.

Esa situación que se esfumaba, más la propuesta de Perón que nos sorprendía y despertaba a todos, me fue haciendo comprender la necesidad de una alianza argentino-brasileña, con respuestas unificadoras, como la fundación de una política sudamericana orgánica, con un centro de poder industrial, articulante y fundamental, como fueron en Europa, Francia y Alemania, que aglutinaron, atrajeron y le dieron equilibrio y perspectiva de futuro a toda la Europa occidental. Uruguay tenía que hacer de nexo.

Antes de esta situación, según hemos mencionado, hubo muchos pensamientos sobre la unidad latinoamericana, pero fue Haya de la Torre el que planteó la cuestión más nítidamente en los componentes de su estructuración. En las consignas del APRA intenta conjugar siempre los tres elementos fundamentales para una nueva independencia: democracia, industrialización e integración. No hay democracia sin industrialización, ni industrialización sin integración. Esa es la única lógica que nos permite pensar seriamente en la construcción de un futuro. En esa concepción de Haya de la Torre, en su continuación que era la propuesta nueva de Perón a Brasil y Chile, a los uruguayos nos tocaba hacer que el destino inmediato fuera hacer de nexo, de nexo activo, conciente, articulante, entre Argentina y Brasil. Tal cual lo planteaba Perón pero desde Uruguay.

Este latinoamericanismo moderno, que prepara la tercera etapa en la que irrumpe el Mercosur, nace como inter-época y está expresada por dos hombres esforzados, y al mismo tiempo enemigos: Prebisch y Perón. Dos rutas de luchas por la industrialización y la modernización de la Argentina. Uno tuvo que hacerla en el exilio, en una institución de la ONU, la CEPAL; el otro lo hizo desde la difícil época en que le tocó gobernar la Argentina. No se estimaron nunca, pero a decir la verdad, en la esencia representaron lo mismo. Digo esto porque hace falta ver, con mirada amplia y generosa, a los que han abierto este camino, sin exclusiones que hoy resultan arcaicas.

Entonces el Mercosur es el que retoma la tercera y más profunda expresión de esa línea. Porque esa, diría yo, fue la fundación de la política latinoamericana. Entendamos que sólo hay política en serio cuando se señala el camino principal.

Así ocurrió en Europa y así ocurre y ocurrirá en Latinoamérica. Por ejemplo: si yo junto a España, Italia, Suecia y Holanda, y pretendo con ello hacer una unidad, no surge, sin embargo, ninguna unión europea. Pero si logramos unificar Alemania con Francia el resultado es la Unión Europea.

De la misma manera si yo junto Uruguay, Chile, Paraguay, Bolivia y Venezuela, no surge ni se consolida ninguna unión sudamericana. *Pero si logro juntar Argentina y Brasil pongo en marcha, nos guste o no, la dinámica de la unidad de América Latina*. Le guste o no a cualquier habitante de América Latina esa es la verdad objetiva. Y los argentinos mismos no terminan de entender la importancia que tiene su país para la unidad de todo el conjunto. El libro de Cabral al que nos introducimos es una excepción conceptuosa y profunda a toda esa especie de indiferencia que continúa en Argentina hacia América Latina.

Hace poco se hizo una reunión en Chile en la que estuvimos bolivianos, uruguayos, paraguayos y peruanos. Y llegamos a esa conclusión: la Argentina, ¿cuándo se nos pondrá al frente? Porque sin ella no podemos marchar adelante. Si la Argentina no quiere andar, allá ella; pero si ella no anda no andamos nosotros. No tenemos más remedio que desear y hacer lo imposible para que camine. Porque si no, no caminamos. Todos los países chicos del resto no pueden caminar. Ese es el asunto que la Argentina no ha terminado de entender: cuál es la función que tiene que cumplir ya, ahora mismo; la función que tiene que cumplir para Latinoamérica, para el mundo y para la historia.

Por eso este libro que hoy presentamos es tan importante. Porque inicia el debate, desde los orígenes, de todo lo que estamos planteando acá. Porque digamos también una verdad dolorosa pero necesaria: *sin una conciencia de la época que vivimos, del papel de Argentina en el mundo, tampoco habrá Mercosur*. Y eso sería quedarnos al margen de la historia y quedarnos como África está hasta ahora.

La cuestión es preocupante, porque Argentina no muestra un verdadero interés en América Latina. Toda la América del Sur hispano parlante la espera. Ella tiene necesariamente que acaudillar a la América hispana, ya que ahora, de nuevo, es la hermana mayor.

Es el único medio en que la Argentina podrá representar el poder del conjunto para tener un diálogo verdaderamente igualitario con nuestros hermanos brasileños, y eso la Argentina no ha terminado de entenderlo.

No ha terminado de entender que ella será fuerte en su diálogo con Brasil si sabe interpretar, si sabe tener una política con Uruguay, con Bolivia, con Paraguay, con Chile, con Perú. No tienen política para ninguno de los otros. Estamos esperándola hace décadas; entones les pido que se interesen un poquito en los países más chicos. Desde allí podremos partir hacia el futuro. No hay otro camino. Ni para la Argentina ni para nosotros. Después de leer el libro de Cabral, que sin duda va a sorprender a más de uno, piensen en todo lo que les digo.

PRIMERA PARTE

LA REVOLUCIÓN CULTURAL DEL MERCOSUR

PALABRAS PRELIMINARES
(de la primera edición, 1995)

Salvador Cabral

El presente trabajo aparece en un momento muy especial de la vida argentina.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta las primeras décadas del presente, la Argentina se había ido remodelando en un proyecto que la separaba de su origen latinoamericano y la trataba de integrar –y la integró por un largo tiempo– al Imperio Británico, integración ésta que empezó lentamente a desarticularse a medida que se fue conformando el Mercado Común Europeo. Inglaterra regresó a Europa y se desvinculó silenciosamente de los países de América Latina, que eran verdaderas semicolonias.

De esa manera, tanto la Argentina como el Uruguay quedaron abandonados a sus propios destinos, solitarios en el mundo sin poder exactamente integrarse económicamente con nadie.

Es así que Argentina anduvo probando suerte con clientes alternativos, comprando y vendiendo cuando podía y a quien se le presentase, sin lograr establecer una relación duradera y estable con ninguno.

Esta situación le traía una crónica inestabilidad, como si anduviese a la deriva en un mundo que se preparaba a producir profundos cambios.

Desde la batalla de Pavón, que significa la victoria del poder inglés en el Plata después de años de luchas nacionales, hasta el golpe de 1930, funcionó perfectamente, y de tal manera que a nadie se le iba a ocurrir, por aquel entonces, cuestionar el engranaje dentro del cual se movía el país, ya que con el funcionamiento de ese engranaje se beneficiaban caudalosamente importantes sectores sociales, vinculados todos a la producción agropecuaria y al comercio de exportación e importación.

Históricamente, cada vez que una crisis internacional rompía el equilibrio de los intercambios logrados, se formaban en el país verdaderos movimientos nacionales, y compuestos socialmente por sectores económicos marginalizados que no participaban del sistema integrado. Así nacieron en nuestro país el yrigoyenismo y el peronismo.

Las clases medias a principios del siglo y la clase obrera, el ejército y la industria naciente a mediados de la década del cuarenta, jugaron ese papel en nuestra historia.

Desde el fondo mismo de esos movimientos nacionales, como si estuviese conservado por el pueblo como un tesoro antiguo, emergían periódicamente planteos y reivindicaciones de una conciencia latinoamericana, cuyos postulados y propuestas la mayoría de las veces no se podían concretar, porque nos encontrábamos siempre supeditados a la relación de fuerzas que existía en el mundo y que, en última instancia, condicionaba la aparición de Latinoamérica como un bloque con fuerza propia y voluntad de independencia.

Yrigoyen fue latinoamericanista y Perón estuvo a punto de concretar la integración de Argentina, Brasil y Chile, pero fuerzas internacionales poderosas se lo impidieron. Así y todo, dejó para nuestros pueblos aquel concepto sentencioso, que el año 2000 nos iba a encontrar unidos o dominados.

Pero en el mundo actual se han operado cambios profundos y una nueva situación se nos plantea.

La caída de la Unión Soviética puso fin a la *Guerra Fría* y un nuevo panorama va emergiendo en el ámbito mundial.

Y la cuestión está lejos de carecer de importancia.

Tan inédita es la situación que podríamos decir que por primera vez, desde hace muchos siglos, el Occidente ya no actúa como el único sujeto excluyente de la historia.

El descubrimiento del nuevo mundo y la lucha posterior por el dominio del mar, la pugna por la hegemonía inglesa en los mercados internacionales, el nacimiento de las nacionalidades europeas, la primera Guerra Mundial, la segunda Guerra Mundial, la posterior guerra fría con la Unión Soviética, todos esos procesos que duraron varios siglos, tuvieron a Occidente como el único y principal protagonista de la historia. Los otros pueblos eran sujetos pasivos, soportaban la historia.

Todo esto ha terminado, después de la caída de la Unión Soviética.

Ahora tienen la palabra los grandes bloques culturales. Esos bloques entraron a la modernidad a partir de sí mismos. Se modernizaron, afirmándose en sus raíces culturales. No se diluyeron como culturas, sino que incorporaron al seno de su historia a la revolución tecnológica que se había iniciado en Occidente. De esta manera, lo que pase en el mundo de ahora en más, de importancia para el futuro de los pueblos, tendrá siempre como eje central la relación entre Occidente y las culturas no occidentales.

Nuevos bloques se han constituido y otros más están todavía en formación.

Estados Unidos dejó de conducir la guerra que ya no existe.

En aquellas zonas de influencia aparecieron nuevos líderes, como el Japón, el Mercado Común Europeo, China, el Mundo Árabe, que lideran ahora importantes mercados que antes estaban bajo la influencia de la geopolítica nacida con la guerra fría.

Esto trajo para Estados Unidos una nueva consecuencia: se retrajo. Achicó su campo de influencia y se redujo ahora a preocuparse de nuevo por América Latina, que hasta 1989 jugaba sólo el papel de territorio de reserva.

Producto de esa retracción nace el Nafta, que es una propuesta para los países de América y dentro del cual ya se encuentra México.

Pero acá en nuestro Sur las cosas también han cambiado. Un nuevo reagrupamiento, esperado y requerido desde hacía mucho tiempo por los pueblos del Plata, el Mercosur, se puso en marcha. Y esta situación brinda por primera vez a gran parte de América Latina la posibilidad de emerger definitivamente hacia la modernidad, de industrializarse y crecer, de asimilar la revolución tecnológica y científica a partir de sí misma, fortificando y no diluyendo su ser cultural. De eso se trata.

El Mercosur nace en medio de este reagrupamiento de nuevos bloques en el mundo, producto también de la soledad inestable, endeudada y sin destino en que se encontraban tanto Argentina como Brasil. Y por supuesto Paraguay y Uruguay.

El Mercosur se puso en marcha y grandes fuerzas entraron en movimiento. Las noticias a veces son verdaderamente sorprendentes.

Diarios de Buenos Aires nos hacen saber que casi el 40% del comercio exterior argentino ahora lo absorbe el Mercosur. El mismo día se publica otra noticia, donde dice que la comunidad europea desea entrar en tratativas económicas con el Mercosur porque, según sus analistas, este nuevo bloque económico está considerado como más integrado y con más perspectivas de crecimiento que el Nafta.

Un cable de la agencia Telam informa que el vicepresidente de Colombia, Humberto de la Calle Lombana, afirmó en Argentina que es factible la Integración del Mercado Común del Sur con el Pacto Andino. El balance de las conversaciones es excelente. El Pacto Andino está formado por Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela.

Todo lo que ocurre nos va demostrando que estamos ingresando a una nueva era histórica.

Desde la época de la emancipación, a principios del siglo XIX, América Latina no había vivido tiempos tan importantes como los presentes.

Tenemos, así, en Latinoamérica, dos realidades a través de las cuales se desarrollará su historia futura: el Nafta y el Mercosur.

Las relaciones entre ambos bloques pueden tomar mil formas inimaginables, pero si se impone una u otra como proyecto y perspectiva, habrá una Latinoamérica distinta, en uno y otro caso. En el desarrollo de los hechos de esa futura historia, una parte también dependerá de lo que hagamos los latinoamericanos.

El Mercosur es un Mercado Común, pero hasta ahora tan solo un mercado. Pero al constituirse como un nuevo bloque compuesto por países que tuvieron una raíz cultural común, el propio movimiento de la historia hará aflorar, desde el fondo de nuestras sociedades, eso de común que tenemos los que estamos renaciendo ahora detrás de esta nueva perspectiva.

Para que esta posibilidad se transforme en realidad, es necesario impulsar y participar de la Revolución Cultural que completará y consolidará nuestra Integración, que hasta ahora es sólo económica. De esa manera, reafirmando y recreándonos en la identidad cultural desde nuestras raíces, poniéndonos en movimiento por nosotros mismos, podremos también ingresar al futuro siglo como un bloque cultural moderno y poderoso.

Esta tarea, que la historia nos pone adelante como un desafío, requiere, entre otras cosas, la solución de dos problemas importantes.

La primera es la redefinición cultural de los latinoamericanos. La necesidad de redescubrirnos como seres culturales.

El hecho, aparentemente sin importancia, que tomemos conciencia de que somos los mestizos del mundo, es un requisito imprescindible para cualquier proyección política que pueda hacerse. No habrá integración política de ningún tipo, si no hay una racionalidad sobre el sujeto histórico que quiere integrarse.

Presentado así el problema, puede aparecer como si se tratara de un concepto sabido, pero sin embargo la cuestión está lejos de ser sencilla.

Todos los días escuchamos que somos un mecánico trasplante de Occidente. Que simplemente somos una prolongación de Europa y que por lo tanto no tenemos ninguna diferencia cultural con los Estados Unidos. De ser así, nuestra identidad cultural sería simplemente ésa y en nada nos diferenciaríamos. Numerosos escritores creen que es así y no a pocos les gusta entenderse como representantes en América del hombre blanco.

Siguiendo la lógica de ese concepto, América Latina estaría habitada por innumerables culturas, distintas entre sí, y el indigenismo sería una de las variantes ideológicas. Las páginas del presente trabajo cuestionan esa concepción y si el lector comienza a interrogarse sobre el origen y las características de nuestra cultura, estarían satisfechas las aspiraciones del autor.

Tratando de no quedar prisionero de ninguna rigidez ideológica, hemos suplantado términos muy utilizados cuando se trata de analizar el resultado producido por el encuentro de culturas. Normalmente se llegan a rápidas conclusiones diciendo que en un caso o en otro hubo *aculturación o inculturación* y así sucesivamente. Hay palabras que están cargadas de previa ideología y son, por lo tanto, una manera de juzgar al mundo desde una óptica preconcebida. Nos pareció que nos íbamos a acercar más frescamente al fenómeno social haciendo un análisis histórico concreto de lo que ocurrió en Latinoamérica, convencidos también de que una de las formas en que se manifiesta la dependencia cultural es verse obligado a recurrir a palabras que, para el caso nuestro, no nos dicen nada. La historia es así más rica y viviente que todos los esquemas.

El tema del mestizaje latinoamericano fue tratado por distintos autores de América Latina a los que he recurrido ahora y, al comentarlos, pensaba lo mucho que cuesta lograr el redescubrimiento de Latinoamérica en su ser cultural. Pero es una tarea imprescindible para que nuestra cultura pueda sobrevivir en los conflictivos tiempos que se acercan.

La segunda cuestión es el contexto político donde nuestra cultura va a reafirmarse, desarrollarse y vivir. Y ese contexto no es otro que la Integración de América Latina. Dijimos ya que el Mercosur inicia una nueva era en nuestra historia y es nuestro deber participar. Ése es el objetivo principal del presente trabajo.

CAPÍTULO I

LA IMPORTANCIA DE LA CULTURA

Las últimas transformaciones institucionales y políticas, ocurridas en el panorama internacional, han colocado, a lo mejor sin proponérselo, en un primer plano y como tema imposible de esquivar el problema de la cultura.

No es para menos. Nadie esperaba que los acontecimientos fueran a ocurrir como ocurrieron. Los cambios que se han producido en el mapa político del mundo en los últimos tres años, y que preparan –reacomodándolos– al conjunto de países para ingresar al siglo XXI, nos deben hacer reflexionar sobre nuestros propios conceptos, ya que hay muchas situaciones nuevas que debemos tener en cuenta y que nos pondrán a prueba sobre nuestra capacidad para convivir en el tercer milenio cristiano.

En efecto. La desaparición de la Unión Soviética del panorama político del mundo dejó confundido y perplejo a un importante sector de la población de los distintos países. Sobre todo a los que creían en esa sociedad, como posibilidad. Para otros, fue como un alivio. Pero la rapidez de los acontecimientos les dejó a todos una rara sensación de interrogante. Es que no podía ser de otra manera. Que una potencia mundial, del tamaño y poder de destrucción que representaba la Unión Soviética, que no sólo disputaba un liderazgo en el mundo, sino un primer lugar en la carrera del espacio, en los descubrimientos químicos y el conocimiento atómico, haya desaparecido en poco tiempo de la escena, ha dejado a muchos analistas sin palabras, y a más de uno sin ningún argumento. Pero si a esa situación le agregamos que desde el fondo mismo de ese ex Estado surgieron realidades nuevas, que en realidad eran viejas, antiguas culturas que sorprendieron con su reaparición, que habían estado

latentes, soterradas, pero con la misma fuerza que hace mil años, el panorama se complica aún más, salvo que nuestro análisis comience por este antiguo y nuevo problema de las culturas.

Así es. La Unión Soviética como Estado era, formal y extremadamente, la imagen misma del poder mundial. Un gigante asiático que se asomaba sobre Europa.

No sólo contenía pueblos y culturas sometidos dentro de sí misma, sino que, por momentos, encabezó la carrera armamentista en el mundo, lanzó el primer satélite al espacio, arrojó en el polo la primera gran bomba de 50 megatones, y muchas cosas más. Pero sin embargo, aquel Estado, la historia iba a demostrar, estaba herido de muerte.

Porque, entre otras cosas, en el gigantesco aparato estatal, no estaba representada la numerosa y especial sociedad, de la que ese Estado se nutría.

El Estado aparecía, así, como un cuerpo autónomo, con mecanismos e intereses propios, que se encontraba muy por encima de la sociedad común. Estaba por arriba de ella y, hasta cierto punto, se le oponía. Cuando la compleja y antigua sociedad que existía debajo de la Unión Soviética quiso estar representada en el Estado, era tan grande la contradicción, tan asfixiante el vacío existente entre uno y otro, que ese Estado desapareció. Al menos el Estado Soviético. No representaba nada más, ni a nadie. El propio Estado se transformó en vacío y dejó de existir.

Esfumada la Unión Soviética, resurgían de su antigua entraña culturas milenarias reclamando de nuevo un lugar bajo el sol.

Allí emergían, intactas, a pesar del tiempo que estuvieron calladas y prohibidas.

Esos pueblos habían ido siendo anexados desde hacía mil años por la dinastía de los Romanof, que expresaban la gran y absorbente Rusia, conquistadora de pueblos, anexadora de culturas. Los bolcheviques se apoderaron de ese Estado y no cambiaron ese rumbo de la historia. El gobierno de Stalin continuó objetivamente la política de los antiguos zares y allí quedaron las distintas culturas sometidas que, por silenciadas, parecían desaparecidas para siempre en el fondo del pasado. Pero no era así, sin embargo.

Al emerger ahora esas culturas con la misma fuerza de hace mil cien años, cualquier análisis se llena naturalmente de interrogantes.

Y si a esta situación sumamos la realidad que nos muestra la ex Yugoslavia, descuartizada en sus partes componentes, reclamando

también cada una de ellas, a través de la violencia, la soberanía de su identidad, los interrogantes se multiplican.

Vivimos ahora un mundo sin rostro. Inédito. Con una Europa próspera, pero sin ideales. Es como si esa sociedad ya hubiese cumplido su destino. Y toda sociedad que entiende haber cumplido su destino sólo puede producir el tedio y el hastío, el vicio y el aburrimiento.

Desaparecida la Unión Soviética y congelada espiritualmente la Europa próspera, los Estados Unidos se transformaron en el mayor país deudor en el mundo. Toda una gigantesca bomba de tiempo. ¿Hacia dónde vamos?

La realidad mundial llena de interrogantes nuestro futuro, sobre todo para nosotros los latinoamericanos, porque nuestro destino como pueblo y, por lo tanto, como cultura, tiene también un inquietante signo de interrogación, en el sentido de nuestra posibilidad de supervivencia en el siglo venidero.

En efecto. ¿Qué significa en realidad una cultura? ¿Qué importancia tiene para que podamos existir? ¿Qué es una Nación? ¿Todas las Naciones tenemos viabilidad histórica? ¿Los latinoamericanos somos al fin y al cabo una cultura o, por el contrario, conformamos ochocientas o más culturas distintas? ¿Somos una Nación? ¿Quiénes la integramos? ¿Formamos parte o no de una o más culturas condenadas? ¿La revolución tecnológica en el mundo unificará definitivamente las culturas? ¿Debemos necesariamente soportar, o podríamos resolver los problemas del siglo venidero? ¿Cuáles serán éstos? ¿Qué debemos hacer los latinoamericanos?

De la lucha que el hombre lleva por apoderarse, racionalizar y dominar la naturaleza, nace la Cultura. Es el resultado de la síntesis milenaria entre la naturaleza y el hombre. Al existir y para existir, el hombre necesita relacionarse con tres niveles que abarcan el conjunto de su comportamiento: la relación entre los hombres, la que mantenemos con el mundo concreto de los objetos, y la que el hombre tiene y mantiene con la intangible realidad del universo de las creencias. La forma típica en que el hombre se relaciona y se comporta, en función de esas relaciones, constituye la expresión de una cultura.

Se manifiesta, en tanto, en todo lo que el hombre produce en esa lucha milenaria; desde las instituciones, en un sentido sociológico, hasta las más diversas y variadas formas de pensamiento. La manera típica en que todo eso se expresa constituye la identidad de una cultura.

En el milenario y complementario camino del mito a la ciencia, y fundamentalmente, en todos los aspectos materiales –del más rústico al más delicado– que el hombre logra de la naturaleza en la lucha mencionada, se expresa la tipicidad de la cultura. Implica, por lo tanto, todas las conductas socialmente aprendidas y no heredadas que en ese interactuar van siendo la característica de cada comunidad. Por eso, y hasta cierto punto, la naturaleza puede ser opuesta a la cultura, en la medida en que la cultura pertenece a la esfera de la creatividad y el designio humano: *la naturaleza es inhumana, en la medida en que ser humano implica establecer objetivos y estándares ideales; la naturaleza no tiene significado, en la medida en que otorgar significado es un acto de la voluntad y de la constitución de la Libertad; la naturaleza es determinada en la medida en que la libertad consiste en superar la determinación*.

Pero la naturaleza es también, aunque pasivo, un concepto cultural. Porque designa un componente imposible de eliminar de la experiencia humana en su totalidad, desafiando permanentemente la voluntad y el poder de racionalidad del hombre por vencerla y dominarla. Por eso mismo, el primer carácter de cualquier cultura, que ya no sea considerada muerta, es su dinamismo permanente. No está de más, para seguir adelante, y dado el carácter del presente trabajo, dejar aclarada la total diferencia del concepto cultura que empleamos en el presente análisis, con el vocablo común de la palabra culto. Más, para los no familiarizados con un sentido antropológico, la aplicación del concepto cultura a una azada o a una receta de cocina, necesita algún reajuste de pensamiento.

Es que la idea común o vulgar que poseemos del concepto cultura, responde más a la antigua concepción de la culturización escolar de nosotros mismos. Por mucho tiempo ese fue el concepto que primó, refiriéndose siempre al manejo de algunos aspectos elevados o específicos de la civilización en que estamos insertos. Nada de eso, sin embargo, tiene que ver con el concepto moderno, científico y fundamental para el futuro de los pueblos, que ahora se entiende por cultura. Teniendo en cuenta esta aclaración, una persona denominada culta, en un sentido común, no es más que una expresión particular, un fragmento acumulado, de toda una cultura. En efecto, antiguamente –y en algunos casos todavía se hace referencia a ese concepto–, la cultura hacía mención en forma exclusiva a las actividades fundamentalmente artísticas; es decir, cultura era únicamente todo lo relacionado a la literatura o a la música, a la historia

o al teatro. Como decíamos más arriba, ese concepto expresaba una forma universalista de ser culto. Porque el concepto era también un producto de la historia. Un producto concreto de un contexto histórico determinado. Ya que era la historia de Europa la que nos habían transmitido los productos culturales que habían definido y dado nacimiento a la palabra. Hija de esa historia, la palabra cultura hacía referencia sin duda a la Grecia antigua o al Renacimiento. Era Europa y sólo Europa la madre de lo culto.

Pero la historia ha ampliado ahora su escenario; ingresaron a ella los pueblos olvidados, y en muchos casos, países y continentes marginales se transformaron en el centro de los acontecimientos del mundo. El siglo XX es rico en estos ejemplos, donde la periferia se convirtió en centro y donde la palabra universal se despedazaba y a la vez se enriquecía.

El concepto y la palabra cultura, dejó de venir de Europa hacia los pueblos, y comenzó a partir desde los pueblos hacia las principales universidades del mundo. Se hacía trizas el eurocentrismo y se abría paso el relativismo cultural. El concepto de identidad emergía de entre el humo de las revoluciones coloniales.

Hija también de la historia, la transformación del concepto que encerraba la palabra cultura hizo que, con el tiempo, esa palabra no quisiera decir más que lo que quería decir antes.

Y con las sociedades, se transformaron las ciencias que estudiaban esas sociedades. Así fue que la Antropología o la Sociología, por nombrar unas pocas, no sólo han enriquecido el término clásico sino que, al ubicarlo en cada nuevo contexto, lo pusieron de pie en el suelo, lo hicieron de carne y hueso, y, desprovisto de todo enciclopedismo, tomaba dimensión social y nueva vida.

De esa manera, por aproximaciones sucesivas, las ciencias se acercaban a la verdad del concepto que les brindaba la historia. Se entendía ahora, por cultura, todo lo que era producido por el hombre, sentido y pensado, todo lo que el hombre cree o construye en una sociedad determinada.

Muchos estudiosos han tomado esta posición, casi unánime ya, en las ciencias sociales.

Mario Margulis, por ejemplo, en su trabajo sobre la Cultura Popular, nos deja una definición ilustrativa: La cultura es un conjunto de respuestas colectivas a las necesidades vitales, nos dice. Son las soluciones acumuladas de un grupo humano, que tienen una estructuración interna frente a las condiciones del ambiente natural

y social: al medio geográfico, al clima, a la historia y a las tradiciones. Todas las sociedades desarrollan cultura, y ésta supone uno entre los diversos sistemas de respuestas posibles. La cultura implica un lenguaje, una escala de valores que lleva implícita una conducta colectiva; sistemas por percepción y organización del mundo de la conciencia de los hombres, que hacen posible la comunicación.

Paul Schafer, en su trabajo sobre la Función de la Cultura, también aporta su interesante concepto. La cultura es todo aquello que creemos específicamente, nos dice, pasado, presente y futuro, mental, espiritual o material. Es el todo que comprende, no sólo la totalidad de las ideas, las invenciones, los artefactos, los símbolos, los valores, las creencias y las obras de arte, los sistemas económicos, las estructuras y convenciones sociales, las convicciones morales, de hecho, todo lo que la mente humana ha creado o creará, cuanto la mano humana ha fabricado o fabricará.

Pero es Juan Pablo II el que señala un concepto nuevo, emergiendo del mismo, el aspecto espiritual –no visible– que vive y también define la cultura. "La Cultura es un modo específico de existir y del ser del hombre", nos recuerda.

El hombre siempre vive según una cultura que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un lazo que le es peculiar, determinando el carácter personal interpersonal de la existencia humana[1].

Esta opinión del Papa apunta a la existencia de la sociedad como una totalidad y como un *modo propio*, y por lo tanto, insustituible, dentro del cual el hombre solamente se siente libre. Y allí, como ya lo veremos, radica su tremenda importancia. Ya que el hombre solamente puede ser libre dentro de su cultura. Fundamentalmente, porque *es forma de vida*.

Es, por lo tanto, cultura, todo, absolutamente todo lo que es creado por el hombre; desde la economía antigua más simple al rito religioso más sangriento; de la aplicación medicinal de un simple arbusto, a la forma específica de un canto; también la música y la leyenda; la flecha y el fuego; el dominio precario del agua y el concepto del tiempo; la caza y el descubrimiento atómico; el sembrado y la pesca; la lengua y el ritmo; la fe y la revolución tecnológica. Todos esos conceptos son expresiones y partes de la cultura.

1. Discurso del Papa Juan Pablo II en la UNESCO, 1981. En: Farrell, G. *La Iglesia Latinoamericana*. Patria Grande. Buenos Aires, 1993. Pág. 13.

Pero también dijimos que una cultura expresaba una realidad totalizadora, abarcativa y completa. Es decir, una entidad vital, que no se comprende total y únicamente a nivel consciente, porque abarca también un gran porcentaje de irracionalidad.

Y para terminar de conceptualizar nuestro tema central no queríamos dejarnos en el tintero la concepción de Julio De Zan, porque contiene a las otras, las totaliza, les pone vida y movimiento, y se transforma en una herramienta de trabajo insustituible para los trabajadores de la cultura.

Los elementos que componen una cultura, nos dice, son, en un nivel descriptivo, los sistemas de *símbolos* que expresan y transmiten las experiencias, el saber acumulado, las creencias y valores de una comunidad históricamente determinada; el sistema de útiles que mediatizan la actividad de los hombres sobre el mundo objetivo; y las estructuras sociales que encuadran y normatizan las relaciones de los individuos y los grupos. El conjunto de estos elementos constituye una estructura que tiene el carácter de totalidad dialéctica.

Finalmente, la cultura no es una totalidad cerrada, sino abierta, en primer lugar hacia adentro, es decir hacia el hombre mismo, que por mediación se objetiva y se realiza históricamente, en ella se vive y se expresa, pero a la vez la trasciende siempre y es fuente de constante innovación, transformación y autosuperación; en segundo lugar, la cultura es una totalidad abierta a la exterioridad de otras culturas a través de la comprensión y el diálogo que los hombres entablan con el pasado y el presente, pero también a través de las relaciones de alienación y dominación cultural.

¿Qué implica, por lo tanto, una cultura?

Implica, en primer término, Identidad. Porque cada cultura es igual a sí misma. Única. Insustituible. Por la sencilla razón de que ningún pueblo siente, valora, cree y se comporta igual que otro; salvo que se trate de la misma cultura. Las características comunes, pero típicas, se inscriben en el inconsciente colectivo; tienen una existencia íntima, pero también pública. Esa identidad se expresa en el conjunto de características que hacen que se defina y ubique a una persona como proveniente de un lugar, es decir, una cultura.

Implica, también, siempre y en todos los casos, una existencia armónica, ya que una cultura vive, se expresa y surge naturalmente del conjunto de una sociedad.

Implica, por supuesto, dinamismo y creatividad, y de esto depende la capacidad de sobrevivencia de una cultura. El siglo XXI

pondrá a prueba esa característica y veremos si somos capaces de sobrevivir.

Aunque idéntica y típica, implica también diversidad. Porque una cultura no es un círculo cerrado, sino el producto vivo y dinámico de interacciones constantes. La forma casi secreta de cómo una cultura se apropia y desecha elementos de otra, es un tema no develado todavía del todo. Pero está allí, constante y activa, silenciosa y creativa, haciéndose pública cuando una cultura adquiere identidad.

Si Latinoamérica es una cultura, o si ella está habitada por ochocientas o mil culturas diferentes; si somos una nación inconclusa o veinte Estados viables, culturalmente distintos; si la conciencia, defensa y difusión de nuestra cultura es parte de la lucha por la sobrevivencia, es lo que emergerá de la lectura de las páginas del presente trabajo. Y si todo eso puede expresarse en un marco nuevo de integración latinoamericana, que es la única posibilidad geopolítica de sobrevivencia cultural.

CAPÍTULO II

EL ORIGEN DE NUESTRA CULTURA

América Criolla se constituye como entidad histórica a partir de un hecho central y básico que es el descubrimiento.

No se trata de un hecho geográfico, descubrir un continente, sino histórico, ya que a partir de ese momento comienza a nacer un pueblo que antes no existía. O si no, América, como puro concepto geográfico, es una abstracción para la historia. Partiendo de ese concepto podemos decir que existen dos Américas: la América Sajona (EE.UU. y Canadá) y la América Latina, ya que se trata de saber si conforma o no una cultura; si estos 500 años fueron amalgamas de riquísimos elementos culturales que adquirieron personalidad en el tiempo. Vemos, entonces, qué es esto de la América Criolla.

Así como sin entender la historia anterior de España no puede entenderse la España del siglo XV, con sus instituciones democráticas, sus costumbres y sus valores forjados y heredados a lo largo de siete siglos de guerra contra el moro, también es imposible entender ni la historia ni el presente de América Latina, si no tenemos una comprensión real de cómo era, social y culturalmente, es decir, cómo se vivía y se pensaba en la España del descubrimiento. Que era en verdad lo que aquí se trasladó y cómo prendió y se enriqueció el pueblo que nacía.

Por eso digo que ese hecho es la partida de nacimiento de nuestra América Criolla. Su sociedad y su cultura, su discutida identidad, diversa y rica, en su unidad, son el producto histórico de esta explosiva y prolongada fusión de iberia (España y Portugal), que no eran culturalmente Europa, y la rica y variada base sociocultural que aquí existía.

Tengamos presente esta otra cuestión sumamente importante: la característica del hecho histórico en cuestión es único en el mundo.

Los espacios geográficos ocupados por Europa en los continentes recibieron otras experiencias, sencillas, aunque más sangrientas que las que vivimos nosotros.

El Asia y el África por ejemplo, ocupados por sucesivas potencias a lo largo de la historia, mantuvieron sin embargo su cultura incólume, su fisonomía inmodificada, sus tradiciones definidas. Y si bien fueron militarmente dominadas y económicamente saqueadas, cuando estallaron revoluciones nacionales en cada uno de esos países, éstas contenían un componente étnico que le daba un perfil propio a la cuestión nacional y social, manteniendo así, a través de la lucha política, su definida identidad histórica.

La América del Norte, y sus conquistas, nos presentó un espectáculo más simple aunque más cruel y sangriento. Allí el Imperio Británico, al mismo tiempo en que echaba a volar una de las versiones de la leyenda sobre las crueldades castellanas en estas tierras, exterminaba a sangre y fuego a toda expresión de vida y cultura que perteneciere a la tierra americana. El resultado fue que nada quedó de lo que fueron las viejas culturas que habitaban el suelo de lo que después fueron los Estados Unidos de América.

Entre nosotros, por el contrario, fue el único caso en el mundo, donde *la fusión fue el aspecto principal del proceso histórico* que dio nacimiento a un nuevo pueblo, y por tanto, a una nueva cultura.

América Latina es, así, producto de cinco siglos de interacciones y confluencias, de choques y conjunciones, donde castellanos y portugueses, etnias antiguas y culturas milenarias, conocimientos científicos y dioses dispares, fueron amalgamando un gradual y singular proceso en la historia que fue logrando como resultado la constitución del pueblo latinoamericano con los elementos culturales que configuraban una Nación latente.

Este concepto, sin embargo, requiere más de una precisión. En efecto, América Latina se forma en el devenir de tres elementos fundamentales. En primer lugar, la cultura ibérica, que justo es remarcarlo, no quiere decir exactamente lo mismo que cultura europea. Europa era, entonces, el Renacimiento, la formación de la burguesía, el humanismo, el nacimiento de los primeros talleres industriales, el socialismo utópico y luego el positivismo. El mundo ibérico presentaba culturalmente otra fisonomía.

La península era, en primer lugar, siete siglos de guerra contra el árabe. Este hecho histórico colectivo, que durará tanto tiempo, trae como resultado el nacimiento de la Nación Ibérica.

Antes de la invasión islámica, la península era apenas un conglomerado de distintas etnias de orígenes diversos que tenían en común, en primer lugar, el asentamiento geográfico y, en segundo lugar, lo más importante que la pertenencia al Imperio Romano le había dejado: el común cristianismo. Pero así y todo, la península ibérica era, antes de la invasión islámica, un concepto más geográfico que histórico.

Común territorio y etnias dispares, pertenencia conjunta a un lejano y caído imperio, eran sin embargo insuficientes elementos históricos para formar una Nación viviente. Faltaba la cultura. Es decir, la conciencia viva que permite que un pueblo tenga personalidad, perfil y futuro; el conjunto de creencias, valores, pautas y hechos colectivos que definen e identifican el quehacer cotidiano e histórico de un pueblo. El estar siendo de una comunidad que, a través de esos actos, se identifica y vive, natural y libremente.

Esa cultura, que sin duda alguna España contenía para la época del descubrimiento, fue naciendo, perfilando y definiéndose en los siete siglos de guerra contra el árabe. La península es, por lo tanto, como cultura definida, hija de una larga guerra de liberación. Y esa cultura y sus valores que surgen con su personalidad propia en esos siglos de reconquista, no tiene mucho que ver con lo que económica, social y políticamente se entiende por Europa, es decir, con el humanismo, el mercantilismo y la enciclopedia. Esa fue la cultura que llegó a América recién descubierta y al fusionarse con las que aquí existían, dio nacimiento a la cultura criolla. Pero no nos adelantemos.

El segundo elemento era lo que aquí existía: la América Indiana.

América no era homogénea, ni tenía una autoconciencia americana. Las llamadas altas culturas eran los puntos de referencia más importantes, no por la extensión de sus dominios, sino por la profundidad riquísima de sus conocimientos, es decir por el dominio de la naturaleza que teníamos. De todas ellas, el conjunto de culturas que coronaron el triunfo azteca en el valle de México y el otro conjunto de culturas y subculturas que fueron la base de sustentación del Imperio Inca por el otro, con su centro en el Cuzco, fueron las más importantes.

En el mundo selvático, del Amazonas al Plata, durante milenios fueron dispersándose los caribes-tupí-guaraní, principales culturas amazónicas, que abarcaban el ancho mapa selvático de América. No es el objetivo de este trabajo, sino señalar nada más que el aspecto principal y nada más que principal del panorama.

El tercer elemento es la presencia del negro, que aporta su simbiosis al nacimiento cultural de América Latina. También con ellos llegan sus voces y sus creencias, y se amalgaman a la fusión que se estaba produciendo.

La presencia de Europa propiamente dicha es posterior, a fines del siglo XIX y principios del XX. Pero esa ya es otra parte de la historia.

Vulgarmente se caracteriza este período histórico que se inicia con el descubrimiento, como un tiempo cruel y oscuro, como si ese fuese el aspecto principal del proceso.

Como todo hecho histórico grandioso, el descubrimiento fue sin duda seguido de errores y pasiones desatadas, pero la grandiosidad del hecho permitió que en el mismo proceso se dieran, cotidianamente, encuentros profundos donde se ligaron desde las raíces las culturas de América con estos hijos de la guerra contra el árabe que recién llegaban.

Los hijos de la península, que a su vez resumían una simbiosis de etnias dispersas, moros, judíos, castellanos viejos y vascos, galaicos portugueses, etcétera, con siete siglos de influencia cultural arábiga, van a desequilibrar sin duda hasta el orden ecológico, si se quiere, y por supuesto el cultural preexistente, influyendo, es cierto, en un momentáneo despoblamiento, producto de la guerra, las pestes, los suicidios y hasta el desgano vital de la derrota.

Pero, ¿cuál había sido la historia anterior de América Indiana sino la permanente sucesión de guerras y dominios, el hecho central de que una cultura se encarne sobre los descubrimientos de otra, ocupe sus territorios e imponga un gobierno extraño?

¿No habían los incas ido sometiendo a las distintas culturas, que les brindaron sus adelantos científicos, sus sistemas de riego, sus edificaciones milenarias en piedra, sus metales preciosos y sus armas?

¿No había pasado lo mismo, acaso, con los aztecas, respecto a los mayas, toltecas, zapotecas y demás culturas de centro y meso América?

¿Cuál era la diferencia con esta nueva ocupación del territorio por la nueva cultura ibérica que llegaba?

¿El arcabuz y el caballo, la rueda y el arado, solamente?

No. La diferencia estaba en el segundo aspecto del encuentro.

Además de los excesos y las injusticias, los ibéricos volcarían su sangre, sus creencias, su lengua y su culto al coraje, en la concreción de ese mestizaje que, por lo rico del proceso histórico, trasciende sin

dudas el plano biológico y se inter penetra en la visión del mundo y del espíritu, y va creciendo una nueva forma de vivir, es decir, una nueva identidad cultural.

La lenta unificación que la presencia ibérica trae aparejada, va encontrando moldes con pequeñas diferencias en los paisajes étnicos a comunidades originarias, lo que con el tiempo fue llamándose regiones culturales, realidad, viva y presente a través de los siglos, ya que, si bien no varía la esencia de la conjunción mestiza, le da a cada comarca su matiz, a cada región su tonada, enriqueciendo la nueva unidad que nacía en un plano nuevo.

Los ibéricos unifican el continente no sólo con la rueda y el arado, el arcabuz y el caballo, es decir, con sus conquistas técnicas, sino también con la lengua, sus valores y la religión cristiana.

La América Indiana resolvía en forma distinta su relación con la naturaleza de acuerdo a la característica de cada cultura, bastaría solamente comparar a los incas con los guayakíes. Tenían, sin embargo, en común un difuso parentesco plástico, la visión sagrada de lo cósmico y el concepto comunitario de la tierra.

Violenta o pacíficamente, los ibéricos integran y universalizan el continente enriquecido con la presencia negra, que se extiende en el tiempo y se manifiesta nítidamente en dos niveles. La integración impuesta militar e institucionalmente desde arriba hacia abajo, de la corona a los súbditos, aparato administrativo de por medio. De allí nace el Estado Indiano como hecho nuevo, pero centralizado, que va de la corona hasta el municipio, pasando por las capitanías y los virreyes.

Y en ese municipio, es donde se da la otra integración, la humana, con toda la complejidad de la palabra, día tras día, cotidianamente, naciendo de aquí un nuevo pueblo que es la cultura viviente.

Los dos niveles no están separados, pero es el segundo el que, al dar nacimiento a una nueva cultura, termina por imponerse. Y no están separados, porque la integración impuesta tiene una filosofía que permite objetivamente la integración cotidiana. En efecto, España en Indias no sólo permite y practica el mestizaje, sino que, ante la sorpresa del mundo, reflexiona y abre un debate mundial sobre la justicia o injusticia de sus actos. Si a esto sumamos la inmensidad del continente y la distancia de la corona, veremos la definitiva importancia de la integración cotidiana.

Lo cotidiano se da en el *término humano* que decía: allí están las cosas cercanas y concretas; el amor y lo épico, lo sagrado y la

supervivencia, y por lo tanto, las nuevas relaciones humanas, en un plano de riquísima creación cotidiana. Son las páginas incomparables de Natalicio González, relatando detalladamente el nacimiento de la cultura de Asunción antigua.

Resurge así, en una nueva comunidad de sangre, el común, como entidad soberana que decide y vive, delibera y construye su mundo, muy alejado del Rey, en un nuevo espacio de obligada convivencia solidaria, y en este largo proceso de siglos va naciendo la cultura criolla como una integración cultural plena y anónima, vivificante y colectiva. De allí nace un nuevo tipo cultural, el criollo, como sujeto histórico y social, hijo también de la tierra. Y la tierra era el rezo pero también la fiesta; la lucha y el milagro, la caridad y el combate, los valores morales y la sabiduría de los pueblos.

Por eso creo fundamental la rememoración del V Centenario. Negar este hecho es negarnos como pueblo, avergonzarnos de lo que somos; en una palabra, impedir que seamos en serio.

El descubrimiento es nuestro punto de partida en la historia.

Quería dejar para el final las palabras de Santillán Güemes, refiriéndose al nacimiento de la nueva cultura, hija de la simbiosis de cinco siglos:

> Emerge un lenguaje total, común gestual, verbal, simbólico.
> Un lenguaje verbal enriquecido por las lenguas indígenas preexistentes y sus modismos regionales.
> También se va modelando un sistema de creencias, danzas y cantos.
> Múltiples manifestaciones estéticas: artesanías, imaginería y la síntesis hispano-indígena, fundamentalmente: el arte monumental barroco.
> Junto a todo lo enunciado, los elementos claves: la construcción colectiva del templo y las fiestas religiosas y paganas como el carnaval, despliegue integral de la nueva conformación cultural en expansión.
> En muchos casos se comparte el hambre, la pobreza y la injusticia.
> Pero ese hambre ya no es sólo hambre de pan, es un hambre más profundo que encierra también la necesidad de organizar la libertad.

Y más abajo agrega, escuchémoslo:

Entendemos que estamos en el ámbito de la gran historia, el gran tiempo y el gran espacio. Y ese ámbito fue, y es y seguirá siendo el suelo de nuestros pies y el punto de apoyo espiritual de nuestra existencia.

Y la cita al final que nos dice:

Los tipos fundamentales que aporta España y que actúan en gran medida en este nivel son, cronológicamente: el descubridor fascinado por lo real maravilloso del paisaje natural y humano; el conquistador, que camina en el filo de lo medieval renacentista; y fundamentalmente el poblador.
Ese que proviene, que es pueblo llano español y se mezcla con la tierra y su gente en la sangre y el trabajo.
El que trata de reproducir entre rezos y cantos, su hábitat originario en la construcción de su nueva morada, su nueva casa con su antiguo vino, su pan y su aceite. El que trae arados que todavía superviven. Su medicina que se conjuga con la indígena y aprende la nueva farmacopea.
La nueva casa. La nuestra.[1]

1. Santillán Güemes, R. *Cultura y creación del pueblo*. Guadalupe. Buenos Aires, 1985. Págs. 35-36.

CAPÍTULO III

POR QUÉ SE DIVIDIÓ AMÉRICA LATINA

Cualquiera que conozca las causas históricas y mire hoy el mapa de América Latina, tendrá en verdad serios problemas para entender las razones de sus características. Un Brasil gigantesco y, salvo el caso de Argentina, una cantidad de estados medianos y pequeños, no fácilmente recordables, de lo que un día fue, unificadamente, el Reino de Indias.

La cuestión es vieja, y comienza con el nacimiento de la Nación Ibérica.

Habíamos dicho que esa Nación nace y se constituye como tal, como cultura y como Estado, tras el resultado de siete siglos de guerra con el árabe.

Y que esa guerra da nacimiento a una específica escala de valores, transformándose así, el pueblo ibérico, en cultura viviente y definida.

Pero mientras esa guerra se desarrollaba, en las islas británicas se vivía un proceso completamente diferente. La propia condición de isla –que, por otra parte, no tuvo necesidad de ser reconquistada– no sólo le daba seguridad y conciencia de sí misma, sino que incorporaba a sus valores otra manera de ver el mundo.

Para los isleños británicos, el mar era un elemento activo, cotidiano, incorporado a la lucha por la vida, sin el cual era imposible pensar en el comercio y el progreso, en el intercambio y la posibilidad de su dominio.

No en balde allí nació la piratería.

Vigilar las costas y apoderarse de las riquezas que pasaban, fue uno de los orígenes del poderío histórico de la Noble Inglaterra.

No iban a tener la misma escala de valores, que constituía la esencia de cada cultura, quien guerreó como pueblo durante siete

siglos para reconquistar la tierra invadida, y el otro, que acumula riquezas de las acechanzas costeras y abordajes, de la apropiación de riquezas conseguidas y transportadas por otros.

Una gran conciencia de la geografía marítima fue el resultado de todo ese largo proceso.

El practicismo inglés de sus filósofos es también el hijo privilegiado de esa historia.

Inglaterra llegó a ocupar así, con el tiempo, todos los lugares de paso importantes que hacían al comercio del mundo, durante varios siglos.

Sin ir más lejos y al solo efecto de señalar una parte del planeta, el Imperio Británico ocupaba –sin contar sus colonias– el estrecho de Gibraltar, Trinidad y Tobago, la isla de Ascención y las Malvinas. Es decir, custodiaba la totalidad del comercio en el Atlántico.

Siguiendo esa historia asentó el poder de su Estado con el desarrollo de dos aspectos importantes del ejercicio de ese poder a través de los océanos: su flota y su diplomacia.

Fue ésta, su diplomacia, la que tuvo mucho que ver con la trágica historia de la división de América Latina.

No fue así el caso de su flota. Triunfante en muchos lugares del mundo, no tuvo sin embargo la misma suerte cuando se enfrentó a los criollos del Río de la Plata. Fue vencida en 1806 y 1807 en las luchas memorables que dieron nacimiento al ejército argentino.

Fue vencida nuevamente por la Confederación Argentina, a cuya cabeza se encontraba don Juan Manuel de Rosas.

Y si no fuera por el activo apoyo de los Estados Unidos, estuvo a punto de ser vencida por los argentinos en la memorable guerra de las Malvinas, en 1982. Pero ésta ya es otra parte de la historia.

Fue su diplomacia, decíamos, la que tuvo activamente que ver con el drama de América Latina.

España, la guerrera, era económicamente débil e invertebrada. El propio hecho de haberse constituido así, guerreando, le había impedido el desarrollo de una estructura económica y de una ideología que acompañe y dirija un proceso de desarrollo económico independiente. Producto de esa historia, España tendrá esa debilidad, que más tarde operará como campo de la política divisionista de los británicos.

Picón Salas señala esa circunstancia, sin la cual es imposible entender la historia de la división de América Latina.

> Contra la conciencia capitalista, *nos dice*, que ya comenzaba a formarse en el norte de Europa, actúan en el alma española una serie de restricciones medioevales: la prédica contra el dinero y el préstamo a interés de la teología escolástica, el desdén por el comercio, que en la vieja España había sido ocupación de los humildes judíos. Toda la literatura hispánica de la edad clásica respira el más orgulloso desdén contra las empresas capitalistas. Las injurias al genovés, al ligur, al lombardo, al flamenco, a todos los pueblos europeos donde habían alcanzado el mayor desarrollo de las operaciones de crédito, pueblan los discursos morales de la época. El pícaro llegará a ser en el siglo XVII un seudohéroe popular, precisamente por esa actitud de desafío a lo que hoy denominamos el orden burgués, la organización capitalista.
> La economía del pícaro es fundamentalmente una economía de aventura que no difiere, en sustancia, de la economía del conquistador. Y en ninguna página literaria de otro país, se vierte esa actitud tan antimoderna del alma española: enemiga de la riqueza corruptora y diabólica y enemiga del confort que le quite virilidad a los hombres...
>
> Y agrega más abajo:
>
> Hay, pues, en nuestros orígenes, y contra la otra corriente pragmática y utilitaria que ya ha comenzado a formarse en el norte de Europa y que llegaría a su apogeo en el industrialismo y la civilización maquinista del siglo XIX, cierto desdén e inferioridad económica que nos retrasaría en la gran aventura técnica y utilitaria del mundo moderno. Acaso la orgullosa y a veces envanecida conciencia de su hombría hizo al español tan rebelde a lo mecánico. Su medievalismo le hacía preferir el guerrero al comerciante, el alma al cuerpo. Hasta hoy los pueblos hispánicos no han conocido plenamente el estilo de la economía capitalista.[1]

Sobre esta estructura, la diplomacia británica actuó una y otra vez, para ir descomponiendo en partes el Gran Imperio Iberoamericano que se concretará durante el reinado de Felipe II.

1. Picón Salas, M. *De la Conquista a la Independencia*. Colección Popular. Fondo de Cultura Económica. México, 1980. Pág. 59.

La debilidad estructural de la península se expresaba, entre otras cosas, en el acrecentamiento de los poderes regionales de las distintas noblezas. La oposición a la unificación de Isabel y Fernando ya había sido un antecedente importante.

Antes aún, Portugal había tratado de independizarse varias veces. Pero es recién a mediados de 1600 cuando Portugal se independiza de España, finalmente logrando Inglaterra su primera gran victoria contra el Imperio Ibérico en formación, haciendo de Portugal su aliado inconmovible, un verdadero sub-imperio, al cual cuidará y del cual se valdrá siempre para extender y defender sus propios intereses.

A partir de la independencia de Portugal comienza otra historia para España y las Indias. Éste es el primer capítulo de la historia de la división de América Latina, que espera todavía el latinoamericano que la investigue y la difunda.

La primera división trágica ocurrió en la península.

El triunfo, por supuesto, fue para Inglaterra.

Porque este hecho histórico –la independencia de Portugal– trae consigo preguntas elementales que quedan sin respuestas.

¿Puede una región pobre de la península ibérica, productora nada más que de vinos, transformarse en imperio?

¿Cuáles eran las mercancías que exportaban? ¿Existía allí una revolución industrial que transformaba su estructura interna? ¿Necesitaba nuevos mercados para colocar sus mercaderías? ¿Estaba Portugal saturada de su propia producción?

Algunas preguntas suenan a sarcasmo. Ni revolución industrial ni mercancías propias tenía Portugal por aquel entonces. Sólo producía vinos, de buena calidad y en gran cantidad, es cierto, pero sólo vinos y fundamentalmente de Oporto.

Portugal fue el primer gran invento inglés que lograría la diplomacia británica.

La historia posterior confirma esta afirmación.

Ya desde el Tratado de Methuen, Inglaterra había establecido un sólido y estructural lazo con Portugal, a través del cual Inglaterra se comprometía a comprar *para siempre jamás* los vinos portugueses. Y por el otro lado, Portugal se comprometía *para siempre jamás* a consumir todos los productos industriales que Inglaterra produjese, como ser tejidos, herramientas, armas, pólvora, barcos, etcétera.

La alianza duró años y no se rompió hasta el siglo XX, cuando Inglaterra, en silencio y tratando de que nadie lo perciba, se retiró de América Latina. Allí quedó el Brasil, ahora, abandonado a sí mismo.

Esta alianza fue la que hizo que Portugal desembarcara en las costas del Río Uruguay en su desembocadura con el Plata, y fundara la Colonia del Sacramento. A partir de allí, y a través de dicha colonia, Inglaterra introducía sus mercaderías en el litoral –hoy Argentina– y en las provincias del interior mediterráneo, llegando hasta el Alto Perú.

A través de la Colonia del Sacramento se llevaban los ingleses la plata acuñada en Potosí y nos dejaban sus productos, los más variados, imitación de todo lo que la sociedad criolla de entonces consumía: estribos, espuelas, facones, lo de siempre: la industria del tejido, que en el siglo XIX estaba produciendo la Revolución Industrial en Inglaterra.

La Colonia del Sacramento fue la moneda de negociación de todas las batallas que se daban en el mundo y en la que participaban España, Inglaterra o Portugal, lo mismo daba.

La historia de las luchas por reconquistar la Colonia del Sacramento ocuparía un capítulo aparte en los acontecimientos en la Cuenca del Plata. Pero lo importante –la alianza de Inglaterra y Portugal– es que allí se hizo la primera cabeza de playa en los dominios de la corona de España.

La alianza continuó, firme, en el transcurso de los siglos. Cuando Napoleón invadió la península, la flota inglesa ancló en Lisboa y salvó a la corte entera, trasladándola a Río de Janeiro y poniéndola a salvo de los peligros de las guerras napoleónicas, como se hace con una verdadera aliada.

Ni bien comienza el movimiento de emancipación en las colonias de España –donde la presencia inglesa fue decisiva– Inglaterra encarga de los negocios y asuntos del Río de la Plata a Lord Strangford, y se radica éste en Río de Janeiro, para desde allí participar en los requerimientos y urgencias que el tumultuoso siglo XIX presentaba al mundo.

Y así sucesivamente. Primero Portugal, luego el Brasil lusitano, más tarde el Brasil independiente, Inglaterra dirigió desde allí los intereses internacionales que sola y únicamente beneficiaban a su imperio.

Ni la segregación de la Banda Oriental, ni la posterior independencia del Uruguay, ni la sangrienta guerra del Paraguay, fueron hechos ajenos a la política británica en el Río de la Plata.

El profesor Ferns –que escribe la Historia Argentina desde el punto de vista de los ingleses– decía que era muy importante para

el Imperio Británico apoyar en todo lo que fuera posible la extensión de los límites del Brasil lusitano, porque era como ampliar su propio mercado.

Canning dijo antes, en la cámara de los Comunes, que era necesario apoyar la independencia de las coronas españolas y reconocer cuantas independencias fueran posibles en los territorios que pertenecían a la América española.

Quien observe ahora el mapa de América Latina y razone sobre la dimensión del Brasil por un lado, y la cantidad de republiquetas que emergieron del seno de la América española, por el otro, tendrá que llegar necesariamente a la conclusión de que el Imperio Británico pudo cumplir la misión a fondo en la historia de la división de América Latina.

Pero la acción de la diplomacia inglesa, por sí sola, no habría sido suficiente para obtener esos resultados. Si no se hubiese contado con otra realidad tangible y no menos dramática que debilitará también el conjunto del Imperio Hispano en Indias: la equivocada política de la corona respecto a la economía de Hispanoamérica.

No vamos a hacer acá ni un debate, ni un análisis ideológico. Vamos a señalar situaciones concretas.

En los primeros tiempos, durante más de medio siglo, el único puerto habilitado para comerciar legalmente con las indias españolas era el puerto de Portobello, actual Panamá.

Allí llegaban las mercaderías mandadas desde España y selladas por la Casa de Contratación de Sevilla, donde desembarcaban, entrando a la América Española. Ingresadas las mercaderías, entonces empezaba un largo, lento, costoso e irracional peregrinaje.

Tenían –a lomo de mula y caravanas de carretas en los tramos que se podía– que subir la cordillera de los Andes, atravesar el territorio de varios de los actuales países, todo Colombia, Ecuador, parte del Perú, hasta llegar a Lima. De allí, volver a cruzar la cordillera, el altiplano, hasta llegar a La Paz. De allí nuevamente por Potosí, hasta Villazón. Pasar a La Quiaca y comenzar a bajar hasta Jujuy. Luego Salta y Tucumán. Si las mercaderías iban para Cuyo, se tomaba el camino de Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis.

Si el destino era Asunción o Buenos Aires, el camino era Córdoba, Santa Fe y de allí hacia arriba o hacia abajo.

Lo absurdo del sistema estaba permanentemente cuestionado por el conjunto de ciudades. Y era lógico que así fuera. ¿Cuánto costaba una mercadería cuando a lomo de mula había entrado por

Portobello, recorrido todos los pasos señalados, y ofrecida luego de cruzar dos gigantes ríos en Asunción de Paraguay? ¿Cuántas mulas y hombres se ocupaban para ser consumida en el punto de llegada?

Esta situación creó una preocupación en los gobernantes de Asunción desde los primeros tiempos de la conquista.

> En 1564 el Cabildo hablaba al soberano de Pilcomayo, que desciende de los Reinos del Perú y que constituye el más derecho y más cercano camino a los mismos, donde se podrá llegar navegando y realizando la última etapa del viaje con caballos y pardaje.
> Sería cosa muy importante, decían los cabildantes, abrir este camino y asentar un pueblo en el medio. De esta manera mercaderes y mercaderías y pasajeros podrán, a muy poca costa y con gran alivio y descanso, caminar desde la ciudad de la Plata hasta ésta y de aquí hasta el muelle de Sevilla. Pero en todos los tiempos y coyunturas que estas cosas se han intentado y comenzado a poner por obra, se han alzado y rebelado ciertas provincias comarcanas a esta ciudad. También se malograron las tentativas de fundar un pueblo en las costas del Atlántico, que sirviese de puerto marítimo para las comunicaciones con España. A la vista de tales fracasos, se comenzó a dirigir la vista hacia regiones inhóspitas del sur. [2]

Como Asunción, muchas ciudades protestaron contra el irracional sistema.

La voz más fuerte alzó Lima, solicitando una y otra vez su habilitación como puerto para terminar con ese sistema que a cada mercadería le hacía recorrer el continente entero, de punta a punta. A la protesta se sumó Buenos Aires.

Porque había algo clave y fundamental, como el talón de Aquiles de todo este sistema. En cada uno de los nacientes puertos de la América española se encontraba siempre anclado un barco de permiso. Era un barco inglés que, con el pretexto del autorizado comercio de negros, bajaba en las ciudades en forma permanente las mercaderías venidas desde las principales ciudades inglesas. Era el contrabando.

2. González, N. *Proceso y formación de la cultura paraguaya*. Cuadernos Republicanos. Asunción, 1988. Págs. 116/117.

Había un detalle que ponía en evidencia lo frágil del sistema absurdo. La misma, exactamente la misma mercadería que venía de lejos encarecida por la distancia y el esfuerzo, la ofrecía el barco inglés, sin el sello de la Casa de Contratación de Sevilla, pero casi cinco veces más barata. Porque España, si bien sellaba todas las mercaderías, no las producía, porque con los metales llegados de América simplemente los adquiría a Inglaterra u Holanda, aniquilando su propia industria y creando las bases materiales para que el contrabando causase estragos a través de cada uno de los puertos en toda la extensión de Hispanoamérica.

Y así ocurría. El contrabando fue creando sectores sociales vinculados a su actividad desde los primeros momentos. Estos sectores, al poco tiempo, no sólo constituían grupos de poder económico, sino que tenían destacados representantes en los principales cargos en el Cabildo.

Era tan rentable la actividad que resultaba la tarea más sencilla y redituable.

La vida de Hernandarias fue un ejemplo de derrota de quienes pretendían luchar contra los contrabandistas. Fue el único americano que logró tener su cuadro colgado en la Casa de Contratación de Sevilla pero fue, en realidad, vencido por los cabildantes de Buenos Aires.

Estos sectores nacidos del contrabando fueron el origen de las burguesías comerciales de cada uno de los puertos de la América Hispana.

Con el tiempo, una América estructurada de esa manera se iba a hacer trizas levantando la bandera del comercio libre. Ese fue el segundo capítulo en la historia de la división de América Latina.

La necesidad de la emancipación de España iba a ser el resultado natural de ese proceso. Cuando estalló la revolución emancipadora cada puerto fue imponiendo la visión que tenía a partir de sí mismo.

El puerto, como actividad principal de la intermediación vinculada con Inglaterra, y el espacio necesario, como complemento de esa intermediación, fue la base geográfica que cada burguesía comercial incorporó a su planteo de independencia. Ni más extenso, ni más pequeño. El necesario como para que la actividad intermediaria siga enriqueciendo al originario sector del contrabando.

Pero en todo este conjunto de relaciones que iba naciendo durante los primeros siglos de la América hispana, había otro detalle muy importante para nosotros y que será específico en América

Latina en el problema de la cultura: las mercaderías no llegaban solas. Estaban siempre acompañadas de libros, que llegaban en los mismos barcos y que tenían como misión explicarnos, entre otras cosas, lo beneficioso e importante que significaba para nuestros pueblos el consumo de esas mercaderías.

Pero no sólo de eso hablaban los libros que llegaban. Explicaban también las modas literarias, los proyectos sociales, el valor indiscutible del hecho consumado, la consolidación inglesa y las bellezas de Francia. En suma, llegaba también una cultura.

Una concepción de la vida y una visión de la sociedad. Un conjunto de valores tácitos de los cuales se desprendía una conducta colectiva ejemplar para una sociedad futura. Un concepto, en fin, distinto, de cultura.

Estos nuevos valores llegados sirvieron para consolidar las independencias de los distintos Estados. *Para enseñarnos una economía que no genere un poder propio para los latinoamericanos y para desconocernos entre nosotros culturalmente*.

Las distintas independencias materializaron esta realidad por más de un siglo y medio. La nueva situación de Latinoamérica, fundamentalmente desde el nacimiento del Mercosur, pone sobre la mesa la necesidad de saber por qué estamos como estamos. De reconocernos hacia atrás, para proyectarnos hacia delante.

Si lo hacemos con la conciencia clara de todas las frustraciones, nuestro ingreso a estos nuevos tiempos será irreversible.

CAPÍTULO IV

EL CARÁCTER FUNDACIONAL DEL CRISTIANISMO

Sin duda alguna es el cristianismo el principal fundamento y basamento en el nacimiento de nuestra cultura latinoamericana. Este hecho histórico está lejos de ser sencillo. Requiere, por lo tanto, el análisis de todos los componentes y circunstancias históricas que estuvieron presentes cuando el cristianismo, al ir interpenetrándose con los habitantes de América, participaba del nacimiento del pueblo latinoamericano. Un pueblo que, antes del descubrimiento, no existía como cultura.

En primer lugar, debemos aclarar que no se trata aquí de la religión, como exclusivo acto de fe, íntimo y trascendente; como fenómeno guardado en el convencimiento recóndito de todo ser humano. No. No hacemos referencia solamente a esa circunstancia.

Porque si así fuera, el grandioso espectáculo del descubrimiento y la conquista aparecería, en el plano de las creencias, como un simple acto de sustitución violenta, donde una religión reemplaza a otra, imponiéndolo, en el plano del convencimiento religioso, al nuevo Dios como complemento espiritual de la espada, el arcabuz, el caballo y la rueda. No se trata de eso, sin embargo. *Se trata de ver, precisamente, por qué razones y recorriendo qué caminos, el cristianismo se encuentra con el corazón de América y qué encuentran los habitantes de la América antigua en el cristianismo que llegaba*.

Por otra parte, si así no hubiese sido, el cristianismo no habría durado tanto tiempo en América Latina, ya que ninguna religión impuesta ha podido perdurar artificialmente en la historia.

Además, somos respetuosos de todas, absolutamente de todas las creencias, por eso no podríamos defender un acto de sustitución violenta.

El cristianismo que llega, decíamos anteriormente, es el que sirvió de fundamento político a la varias veces centenaria guerra de liberación de los ibéricos contra el árabe.

Se enriqueció con la participativa solidaridad que necesitó ejercer el pueblo que lo practicaba, haciendo del semejante –del otro y no del yo– el eje del accionar social y, por lo tanto, histórico. Este concepto, al ser aplicado en América, traería innumerables y profundas consecuencias prácticas.

En primer lugar, permitió naturalmente el mestizaje. Sería impensable la América mestiza de nuestros días, de no haber estado en el origen del proceso histórico, el cristianismo igualitario y solidario como fundamento.

El ejemplo inverso lo tenemos en los EE.UU. No fue allí el mismo cristianismo, católico, antiguo y apostólico, el que llegaba, y tampoco tuvimos allí los mismos resultados.

Los ibéricos obraron con absoluta naturalidad al encontrarse con la mujer india, sin pensar en ningún momento que se trataba de un ser inferior. Irala contrajo nupcias con Leonor Móquírasé, una princesa guaraní, hija de un famoso cacique, cuya genealogía se pierde en las profundidades de la selva y la historia. Y con él, la mayoría de los conquistadores que llegaron a Asunción. La inmediata generación fueron los hijos de la tierra, mestizos todos, a los que debemos importantes fundaciones como la de Santa Fe, San Juan de Vera de las Siete Corrientes y la propia Buenos Aires. El mestizaje se dio activa y profundamente en toda la dimensión de la actual América Latina. Y ese proceso tuvo mucho que ver con el fundamento cristiano del semejante.

Pero hay otros fenómenos que ocurrieron en el mundo cósmico e infinito de las creencias del indio. En toda la amplia extensión de América ocurrió lo mismo. Pero citamos como ejemplo histórico los casos más representativos.

Los guaraníes creían en Tenodeté, el hacedor, el creador de todo, el principio de la primera causa. De él derivaban los dioses menores y los héroes culturales que habitaban el universo mítico de los guaraníes.

No le fue difícil explicar al jesuita el concepto del Creador y del nuevo mundo religioso que permitía perfectamente ciertas semejanzas. Todavía hoy aparecen en las menciones indias dioses entremezclados, como Tumé, o Santo Tomás, sin poderse saber con exactitud en qué momento de la historia se produjo la simbiosis.

Las rebeliones religiosas fueron muy pocas; algunas de consideración como la de Guirá Verá, la de Oberá o la de Nezú, pero comparadas con las decenas de miles de guaraníes que integraron las misiones, vemos que esas rebeliones no fueron la regla, sino la excepción.

Los guaraníes no sólo entendieron la idea del creador en la que creían, sino que les parecía familiar y hasta propio el sentido solidario que debía tener la sociedad y la vida, la reciprocidad como fundamento en las relaciones humanas. El predicamento que llegaron a tener los jesuitas en el extenso mapa habitado por los guaraníes no era ajeno al mestizaje lascasista que traían, al que los guaraníes entendían y sentían como suyo.

Fray Bartolomé de Las Casas había hecho escuela a lo largo y a lo ancho de América Latina.

> Escuchemos, a la distancia, el vigor de la doctrina victoriosa: Las leyes y las reglas naturales del derecho de Gentes son comunes a todas las naciones cristianas y gentiles, de cualquier secta, ley, estado, color y condición que sean, sin ninguna diferencia.

Y luego aquella vibrante frase que fue recogida por la historia, y que ganó para Las Casas un seguro lugar entre los grandes del humanismo.

> Todos los pueblos del mundo son hombres.

¡Qué diferencia entre Las Casas, ideólogo de la igualdad, con los doctrinarios de la predestinación! Éstos no tardaron en pasar de la concepción de los hombres elegidos al de las razas y naciones elegidas. James Madison, uno de los principales autores de la Constitución de EE.UU., fue un firme vocero de esa doctrina. En el discurso que pronunció ante la Convención de Filadelfia dijo, con inocultable claridad, que "el gobierno debe constituirse de manera que proteja la minoría opulenta contra las mayorías".[1]

Las Casas fue un ejemplo, y como él, otros muchos. Y estos ejemplos también formaron parte imprescindible del engranaje sociohistórico que permitió y facilitó la aceptación natural del cristianismo.

1. González, N. *El milagro americano*. Universo. Asunción, 1983. Pág. 7.

Otras regiones culturales observaron la nueva religión a través de la óptica cósmica de las culturas de antaño. Octavio Paz nos recuerda al respecto:

> Mientras nosotros vivimos bajo el signo de la libertad y todo –aun la fatalidad griega y la gracia de los tecnólogos– es elección y lucha, para los aztecas el problema se reducía a investigar la no siempre clara voluntad de los dioses. De ahí la importancia de las prácticas adivinatorias. Los únicos libres eran los dioses. La religión azteca está llena de grandes dioses pecadores, dioses que desfallecen y pueden abandonar a sus creyentes del mismo modo que los cristianos reniegan a veces de su Dios. La conquista de México sería inexplicable sin la traición de los dioses, que reniegan de su pueblo.
> El advenimiento del catolicismo modifica radicalmente esta situación.
> La derrota de estos dioses –pues eso fue la conquista para el mundo indio: el fin de un ciclo cósmico y el advenimiento de un reinado divino– produjo entre los fieles una suerte de regreso hacia las antiguas divinidades femeninas. Este fenómeno de vuelta a la entraña materna, es sin duda una de las causas determinantes de la rápida popularidad del Culto a la Virgen. Ahora bien, las deidades indias eran diosas de la fecundidad, ligadas a los ritmos cósmicos, los procesos de vegetación y los ritos agrarios. La Virgen católica es también una madre (Guadalupe-Tonantzin la llaman aún algunos peregrinos indios) pero su atributo principal no es velar por la fertilidad de la tierra sino ser el refugio de los desamparados. La situación ha cambiado: no se trata ya de asegurar las cosechas sino de encontrar un regazo. La Virgen es el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos. En suma, es la madre de los huérfanos.
> Todos los hombres nacimos desheredados y nuestra condición verdadera es la orfandad, pero esto es particularmente cierto para los indios y los pobres de México.[2]

Y agrega más adelante:

2. Paz, O. *El laberinto de la soledad*. Pág. 50

> ¿Por qué cede Moctezuma?... Los dioses lo han abandonado. La gran tradición con que comienza la historia de México no es la de los tlaxcaltecas, ni de Moctezuma y su grupo, sino la de los dioses. Ningún otro pueblo se ha sentido tan totalmente desamparado como se sintió la nación azteca ante los avisos, profecías, signos que anunciaron su caída. Se corre el riesgo de no comprender el sentido que tenían esos signos y profecías para los indios si se olvida de su concepción cíclica del tiempo. Según ocurre con muchos otros pueblos y civilizaciones, para los aztecas el tiempo no era una medida abstracta y vacía de su contenido, sino algo concreto, una fuerza, sustancia o fluido que se gasta o consume. De ahí la necesidad de los ritos y sacrificios destinados a revigorizar el año. Pero el tiempo, además de constituir algo vivo que nace, crece, decae, renace, era una sucesión que regresa. Un tiempo se acaba, otro vuelve. La llegada de los españoles fue interpretada por Moctezuma –al menos al principio– no tanto como un peligro exterior sino como el acabamiento interno de una era cósmica y el principio de otra. Los dioses se van porque su tiempo se ha acabado; pero regresa otro tiempo y con él, otros dioses, otra era.

Y nos sigue diciendo respecto a cómo y por qué el cristianismo fue abrazado por el conjunto del pueblo mexicano:

> Gracias a la religión el orden colonial no es una nueva superposición de nuevas formas históricas, sino un organismo viviente. Con la llave del bautismo el catolicismo abre las puertas de la sociedad y la convierte en un orden universal, abierto a todos los pobladores. Y al hablar de la Iglesia católica, no me refiero nada más que a la obra apostólica de los misioneros, sino a su cuerpo entero, con sus santos, sus prelados rapaces, sus eclesiásticos pedantes, sus juristas apasionados, sus obras de caridad y sus atesoramientos de riquezas.
>
> Pero sin la iglesia el destino de los indios habría sido muy diverso.
>
> Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. Esa posibilidad de pertenecer a un orden vivo, así fuese en la base de la pirámide social, les fue despiadadamente negado a los nativos por los protestantes de Nueva Inglaterra. Se olvida con frecuencia

que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos. La huida de los dioses y la muerte de los jefes habían dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para un hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y muerte.
Resulta innecesario añadir que la religión de los indios, como la de casi todo el pueblo mexicano, era una mezcla de las nuevas y antiguas creencias. No podía ser de otro modo, pues el catolicismo fue una religión impuesta. Esta circunstancia, de la más alta trascendencia desde otro punto de vista, carecía de interés inmediato para los nuevos creyentes. Lo esencial era que sus relaciones sociales, humanas y religiosas con el mundo circundante y con lo sagrado se habían restablecido. Su existencia particular se insertaba en un orden más vasto, no por simple devoción o servilismo los indios llamaban tatas a los misioneros y madre a la Virgen de Guadalupe.
La diferencia con las colonias sajonas es radical. Nueva España conoció muchos errores, pero por lo menos ignoró el más grande de todos: negarle un sitio, así fuere el último en la escala social, a los hombres que la componían.

Y para terminar nos reafirma*:*

Debido al carácter universal de la religión católica, que era, aunque lo olviden con frecuencia fieles y adversarios, una religión para todos y especialmente para los desheredados y los huérfanos, la sociedad colonial logra convertirse por un momento en un orden.
El hombre, por más humilde que sea su condición, no está solo. Ni tampoco lo está la sociedad. Mundo y trasmundo, vida y muerte, acción y contemplación, son experiencias totales y no actos y conceptos aislados. Cada fragmento participa de la totalidad y ésta vive en cada una de las partes.
El catolicismo se ofrece a la inmensa masa indígena como un refugio.[3]

3. Paz, O. *Op. cit*. Pág. 149.

Aunque extensa, la cita es brillante, profunda e ilustrativa. Derriba mitos y antiguos enfrentamientos que, aunque relativamente vigentes todavía, no resisten el análisis serio de los hechos tal cual fueron en la historia. Y nos muestra, en toda su riqueza, los caminos, no descubiertos por ninguna ciencia, que recorrió el pensamiento y el sentimiento indígena para guardar en su corazón el mensaje de Cristo y de su Iglesia.

Toda la extensa región hasta donde llegaba la influencia inca adoraba al Sol, como creador de todo lo que existe, pero para el caso de nuestro análisis del cristianismo, es importante el concepto divino que se tenía de la Tierra, como diosa, pero sobre todo como madre.

La tierra, como la mujer, germina y procrea. La tierra, como la mujer, no sólo permite la vida sino que es, al procrear, la verdadera conexión del hombre y de la vida con la eternidad. Cumpliendo todas esas funciones solamente podía ser explicada a través de la divinidad.

La diosa madre tierra fue adorada por gran parte del antiguo pueblo americano e ingresó, después de la llegada del cristianismo, a la nueva historia, ejemplificando esos casos de simbiosis entre las antiguas y las nuevas creencias que llegaban.

Quien recorra Bolivia o Perú podrá observar que el miércoles de ceniza o de entierro del carnaval, que llegara con Jesucristo a estas tierras, se rinde culto a la *Pachamama*, a la tierra que le permite vivir durante lo que resta del año. La visión mítica de la diosa madre permitió que los habitantes de América precolombina recibieran con naturalidad y hasta con amor la figura de la Virgen, madre y protectora, y la guardaron en su corazón.

Así fue que en todos los rincones de América Latina hay una virgen venerada. La Virgen del Valle de Catamarca; la Virgen de Guadalupe de México; de Caá Cupé en el Paraguay; la Virgencita de Itatí en la provincia de Corrientes y así sucesivamente.

Graciela Maturo tiene una visión explicativa y profunda sobre este fenómeno de simbiosis cultural, básico para entender la cultura de América Latina.

> Es llamativa la fuerza con que la creación hispanoamericana de nuestro siglo recobra, en gesto afirmativo, su propia tradición. Sólo quien ignore el sentido libremente creador de este gesto podrá adjudicar a la tradición el valor de mero pasado. Una verdadera tradición es siempre histórica y se halla expuesta al doble juego de sedimentación e innovación. En tal transfor-

mación dinámica es comprensible la recreación interpretativa de imágenes y mitos fundamentales de la cultura, proceso ocurrido paulatinamente durante los siglos coloniales, que amansan lentamente el imaginario simbólico de la comunidad americana. Los mitos indígenas de origen y creación del mundo fueron reinterpretados a la luz del mensaje evangélico. América ofrecía la seducción imaginaria del Paraíso, síntesis del tiempo originario y el tiempo final, historificación mítica confusa pero al mismo tiempo irradiante sobre la expresión creadora. De la imagen al símbolo, del símbolo al mito, el creador de pasos irreversibles en la fundamentación y desarrollo de su tradición cultural. Acrecienta y a la vez reconoce un imaginario simbólico que vincula profundamente a su comunidad haciendo vivas y actuantes las figuras del rito, la creación imaginaria y la historia. Sociólogos y semiólogos hablan en los últimos años del Imaginario Social, pero a menudo se niegan a admitir su carácter simbólico y en el fondo religioso. En América Latina el imaginario artístico y social reposa en un fondo de santos, ángeles y demonios, sobre los cuales se presenta con fuerza la imagen arquetípica del héroe Dios Jesucristo, el que simbólicamente ha sincretizado a otras figuras anteriores: Quetzalcoatl, Inkarri, los dioses mediadores.

Y continúa, respecto al recibimiento de María:

Por otra parte es evidente que la figura de María, omnipresente en los cultos religiosos de este continente, abarca las significaciones de Madre telúrica propias de Pachamama, la engendradora de vida nueva o conductora hacia el más allá.
El estudio de la literatura americana nos pone en presencia de un imaginario múltiple en cierto modo unificado sobre la simbólica cristiana. La mujer es su centro más persistente, y aunque la imaginación dinámica percibe su polaridad arquetípica vemos prevalecer de modo ostensible la imagen de la mujer cristiana, María, redimida por su triunfo sobre el mal.[4]

Y agrega Pedro Morandé:

4. Maturo, G. *La imaginación creadora*. García Cambeiro. Buenos Aires, 1986. Pág. 30.

En todo el mundo indígena americano, y de modo particular entre los pueblos agricultores, la tierra fue venerada como madre que da a luz y alimenta a sus hijos y también como madre que acoge a los muertos y mantiene la continuidad de la existencia de los pueblos.

Y termina diciendo sobre el tema que estamos tratando:

La expresión religiosa privilegiada del mestizaje iberoamericano es el culto Mariano. En él se contiene la verdadera clave de interpretación del barroco. No existiendo una historia común que compartir entre los pueblos indígenas y europeos que se encontraron, la pregunta acerca de la universalidad de la condición humana se orientó, más que a la búsqueda de hechos históricos de común referencia –que en este caso no existían–, al origen mismo del hombre. Así, la imagen de la Pachamama o Madre tierra y de Tonantzin o madre de todos los hombres, por mencionar sólo los ejemplos de la tradición cultural de los mayores centros cúlticos amerindios, encontraron en María la posibilidad de comprenderse, de integrarse y valorizar la experiencia real de encuentro que estaba aconteciendo entre los pueblos que comenzaban a conocerse.
El mestizaje encontró también en el culto Mariano su punto de inserción en la historia de Iberoamérica y de la ecúmene mundial que comenzaba a constituirse, puesto que la imagen venerada de María no representaba una limitación jurisdiccional, un principio de diferenciación étnica o estamental, sino la posibilidad de reconocer y expresar la unicidad de la condición humana, más allá de sus particulares circunstancias históricas. En María se venera y se descubre el significado global entre personas y pueblos, entre hijos de distintas historias que reconocen un mismo origen, y entre peregrinos que, a pesar de la diversidad de sus caminos, descubren un idéntico destino. En ella se venera también el encuentro entre Dios y el hombre, se descubre en sus brazos la palabra encarnada que hace pan, que congrega a todos sin exclusión y satisface las necesidades de los hombres. El rostro mestizo de María de Guadalupe ha sido uno de los pocos símbolos de los pueblos iberoamericanos, que junto con representarles la esperanza de la mujer vestida de sol que está a punto de dar a luz a quien ha hecho cercano el reino de Dios, les ha representado

> también la dignidad de su origen y de su condición que no se remonta a hazañas históricas de héroes legendarios, sino a la experiencia de encuentro entre pueblos y personas diversos, que viviendo profundamente la dramaticidad de la condición humana, lograron valorizar su propia particularidad en el horizonte de un destino común. Algunos de estos aspectos tuvieron también en Europa su expresión correspondiente. Sin embargo, allí se vieron transformados, contextualizados o reinterpretados por efecto de la Reforma y la Contrarreforma, de las guerras de religión, y del barroco, de reconocer la pluriformidad del mundo y de la naturaleza como elementos determinantes de la experiencia Social y Cultural del hombre, que logró consolidarse y conservarse culturalmente hasta nuestros días.[5]

Después de las citas y reflexiones, podemos decir que el cristianismo, en un largo proceso vivo y cotidiano, logra y con el tiempo expresa, la unidad religiosa de América Latina.

Y unidad religiosa quiere decir, en lo que estamos analizando respecto a la cultura, unidad en la escala de valores que la fe lleva implícita. Y una escala de valores unificada se traduce siempre en conducta colectiva; conducta que define, caracteriza, tipifica, es decir, le da identidad a la cultura viviente y colectiva del pueblo latinoamericano.

Junto a la lengua castellana que transmite y explica su mensaje, el cristianismo le da existencia como pueblo a los habitantes de América Latina. Es, por lo tanto, además de religiosa, una realidad política de primera importancia.

Por eso la cultura latinoamericana tiene como fundamento primero el cristianismo. Porque a través de él se amalgamó y se fue abriendo un lugar en la historia y en el mundo.

Esa es *la América nuestra, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español*.

La misma fe y la misma lengua unificaron, expresaron y expresan una cultura en un mismo territorio.

¿Qué habría sido de nosotros, los latinoamericanos, si hubiéramos hablado tantas lenguas como culturas y subculturas existían en

5. AA.VV. *Identidad cultural y modernización*. Ediciones Paulinas. Buenos Aires, 1992. Págs. 119-120.

la América antigua? ¿Hubiéramos existido como latinoamericanos, con posibilidad de unificarnos como nación poderosa y solidaria, de haber tenido cada región un Dios distinto, una religión diferente, una escala de valores diferenciada y conductas colectivas enfrentadas?

El ejemplo del África habría sido un pálido reflejo de lo que hubiéramos sido.

Es imprescindible citar a Picón Salas en este punto tan importante para el proceso que vivimos de autoconciencia de la cultura latinoamericana. Nos dice así:

> Hasta en los territorios más excluidos del continente, como el alto Orinoco y los bosques del norte paraguayo, había penetrado a fines de la colonia el impulso cultural.
> Es necesario aclarar este tema, no por ese hispanismo académico que han exaltado las clases conservadoras en Sudamérica, ni por espíritu colonialista, sino porque es a través de las formas españolas como nosotros hemos penetrado en la civilización occidental; y aún el justo reclamo de reformas sociales, de un mejor nivel de vida que surge de las masas mestizas de Hispanoamérica, tiene que formularse en español para que alcance toda su validez y eficacia. Por la ruptura de los imperios indígenas y la adquisición de una nueva lengua en común, la América Hispana existe como unidad histórica y no se fragmentó en porciones recelosas y ferozmente cerradas entre sí. En nuestro proceso histórico, la lengua española es un admirable signo de independencia política, lo que impidió por la acción de Bolívar y San Martín, por el fondo de historia común que movilizara las guerras contra Fernando VII, que fuésemos para los imperialismos del siglo XIX una nueva África a repartirse. Dentro de la geografía actual del mundo, ningún grupo de pueblos (ni el Báltico de Europa ni el Common Wealth británico esparcido en tantos continentes) tiene, entre sí, esa poderosa afinidad familiar. Aunque empleen pabellones distintos, un chileno está más cerca de un mexicano que un habitante de Australia de otro de Canadá. Este hondo parentesco es lo que permite la mutua historia cultural, aunque desde el siglo XIX se haya roto la anterior cohesión política.[6]

6. Picón Salas, M. *Op. cit*. Págs. 55-56.

Lengua y creencia común, historia conjunta y territorio, sufrimiento y destino, hicieron en cinco siglos la cultura y la Nación Latinoamericana viviente. Ingresar al siglo XXI es nuestro desafío. El Mercosur, las puertas que se abren ahora para que las transitemos.

CAPÍTULO V

EL EJEMPLO CASTELLANO GUARANÍ

Pero el nacimiento de una cultura definida, criolla y mestiza, típicamente americana, no sólo se dio en la arquitectura y la música, la poesía o la pintura.

Los hechos cotidianos de la sociedad, riquísimos en matices y significados, a través de los cuales se va dando la simbiosis y que conforman en realidad la caldera permanente de la historia, dan vida a los ricos ejemplos que nos ayudan a comprender nuestro específico desarrollo cultural.

En páginas memorables describe esa conjunción Natalicio González, iluminando el fondo de una época. Aunque extensa, la cita es profunda y, por lo tanto, imprescindible. "La alianza hispano-guaraní –nos dice– hizo enfrentar en tierra paraguaya, la cultura autóctona con la cultura europea, originando *un proceso de adaptación y reajuste de valores disímiles y contradictorios*". Se produce una serie de conflictos entre el ímpetu avasallador de lo europeo y la resistencia absorbente de lo nativo.

> La historia de la conquista y de la colonia se nutre de esta lucha sorda, enconada, que se oculta en la raíz de todos los acaeceres cotidianos, grandes y pequeños. Las armonías en que se resolvieron con frecuencia el choque de las fuerzas antípodas, dieron origen a los elementos originarios de una cultura netamente paraguaya.
>
> El conquistador contaba, para su predominio, con la técnica industrial más avanzada y con una estructuración política y

económica de mayor madurez, y sobre todo más eficaz para la agresión. Las bases materiales de su cultura, con el predominio del metal, eran más nobles, variados y fecundos en sus posibilidades. La flecha quedaba vencida por la ballesta y el arcabuz, la lanza de piedra por la lanza de hierro, el ybaga por el bergantín. En el campo opuesto, la cultura guaraní contaba para defenderse, con el dominio del ambiente y, sobre todo, con este aliado casi decisivo, el aislamiento del invasor de su hábitat originario.
El primer empeño, más instintivo que racional, de los conquistadores fue la transformación del medio para adecuarlo a sus hábitos importados. El cambio se produjo en el mismo grado y profundidad en que el propio agente transformador variaba, ganado a su vez por el nuevo teatro en que se representaba el drama de su vida.
La mayor fuerza revolucionaria que trajo consigo la irrupción del blanco, venía concentrada, como un explosivo, en los varios oficios característicos de la civilización europea, que se trasplantaron, junto con los sujetos que lo ejercen, al mundo americano.
Un don del espíritu de las viejas razas del Mediterráneo se desenvuelve en un ambiente nuevo, y esta experiencia, que aún no ha terminado, constituye el hecho más considerable de los tiempos modernos. La técnica cultural europea, con su aparición brusca, valoriza automáticamente y coloca en primer plano, materias anteriormente despreciadas por no despertar las apetencias del indígena.
A su vez, el hombre de la tierra se apropia de la experiencia importada, la asimila, la utiliza para sus fines, y se restablece el equilibrio.
Este proceso podrá seguirse, objetivamente, a través de la historia del trasplante y adaptación de los oficios predominantes en la Europa de la época, en las tierras que se abrían a las audacias de los conquistadores.[1]

Dos observaciones queríamos hacer a esta brillante exposición de Natalicio.

1. González, N. *Proceso y formación de la cultura paraguaya*. Guaraníes. Asunción, 1948. Pág. 125-126.

En primer lugar, él nos habla simplemente de trasplante. Pero de su propia argumentación y del relato mismo de las circunstancias históricas, surge algo mucho más profundo que el simple trasplante.

No se trata de una repetición mecánica de la experiencia europea. Se trata de una adaptación, de tanta profundidad, por el sello y el carácter que el medio le impone, que el producto social que allí se logra es algo distinto, nuevo, inédito, ni americano puro, ni europeo. Es la cultura mestiza que va apareciendo en la historia. El propio Natalicio lo señala y es la esencia de su pensamiento.

Los productos culturales que la sociedad crea son una mezcla con personalidad propia, que no expresa exactamente la repetición de los elementos que provocaron la simbiosis. Así ocurre con la agricultura, con la música, con las costumbres, con la alfarería, con los hilados y hasta con las creencias religiosas. Esa simbiosis cultural dará nacimiento a un nuevo cristianismo (continuación enriquecida y renovada del que llegara con el descubrimiento).

En esta tierra y en ese proceso de conjunción de culturas, aparecerán nuevos santos, originales interpretaciones de la religión que el pueblo asumía; nuevas versiones de la Virgen en las distintas comarcas de nuestra Latinoamérica y algo indiscutiblemente inédito: la religiosidad popular de las distintas regiones de la América antigua, llenará de leyendas, mitos y nuevos duendes el universo cultural de la región guaranítica.

En el caso del Paraguay, la cuestión es más evidente y, por lo tanto, de más difícil cuestionamiento. ¿Quién podría negar el origen mestizo de esa sociedad?

Como allí el mestizaje fue el punto de partida de la sociedad paraguaya, a muchos no les queda otro camino que asumirlo.

Lo dice también Justo Pastor Benítez haciendo referencia a esa simbiosis que se produjo en la historia paraguaya: "Esa tradición forjada por cuatro siglos brotada de la tierra y que le da carácter, color, estilo, como Nación, es su cauce natural, el derrotero de su historia. Cautivarla para enriquecerla. Volver al surco profundo, escuchar la voz de la tierra, estudiar en español y hablar en guaraní, orgullosos de los padres, pero esperanzados en los hijos".[2]

Pero señala en forma magistral y más concretamente el nacimiento de nuestra nueva cultura, tan discutida y no asumida actualmente. Escuchémoslo:

2. Pastor Benítez, J. *El solar guaraní*. Ayacucho. Buenos Aires, 1947. Pág. 21.

Las tradiciones paraguayas tienen un fondo español y cristiano. Quedan en ellas vestigios de la mitología guaraní, de las costumbres indígenas que se oscurecieron en gran parte, ante la cultura cristiana.

La mitología guaraní tiene como fuente y marco la naturaleza tropical, los fenómenos de la selva y una vaga teogonia que se refiere al sol (Cuarajhí) y a la luna (Yacy) y a fenómenos siderales. El guaraní ha corporizado en Yacy Yateré, en Mboiyaguá, en Curupí, los fenómenos de su fauna y de su flora. Es una fuente de poesía, y subsiste en el sustrato del alma campesina. Hay pájaros agoreros, como los que anuncian la buena nueva, los acontecimientos agradables. Los animales son portadores del espíritu malo o bueno. Es difícil desentrañar totalmente la tradición española, pues los jesuitas buscaron identificar las figuras mitológicas guaraníticas con las cristianas, para catequizar al indio. Entre esas identificaciones figura el Paí-Tumé, peregrino predicador que cruzó estas tierras derramando luz, antes de la venida de los conquistadores con Santo Tomás... El Tupa de los guaraníes se identificó con Dios espiritual y supremo, y la virgen es Tupá-Siy. Esa mitología guaraní vive en los nervios del pueblo; es un venero de poesía, una fuente copiosa de folklore. Pero la tradición viviente es predominantemente española: carreras de sortijas, corridas de toros, riña de gallos, galopas, bandera-yeré, romerías a los oratorios, pesebres, el día de la Cruz, calvario, fiestas patronales, los bailes y la peregrinación a Caá Cupé, verdadera fiesta nacional, son de procedencia española, nacionalizadas por el medio poroso y transformador. La galopa, las danzas, el vestido y los adornos de las mujeres, tienen un fondo español; así como el cielito Santa Fe, el Chopí, el zapateado, recuerdan a la danza peninsular transportada a América y modificada en la composición. La polka es de procedencia europea, tiene algo de "cantejondo" pero se ha incorporado a la tierra guaraní cuyas vibraciones traduce con lírico acento. El peinetón de la morena paraguaya es oriundo de España.

En materia de arte y de costumbre lo esencial no es la procedencia, sino el estilo, el carácter, el color, que se adquieren del medio telúrico y social, y por acción creadora. El medio social paraguayo es poroso, absorbente; logra transformar en poco tiempo lo foráneo que asimila y nacionaliza dándole su cuño. Es ésta la verdadera garantía de la subsistencia de la nacionalidad.

> La polka, como la naranja y la rosa, han tomado el sabor de la tierra. El ñandutí es la adaptación del encaje de Flandes, con diseños sacados de la flora paraguaya y trabajada por las delicadas manos de la criolla. Los indios que no conocían el tejido de esa urdimbre, dieron para la civilización paraguaya su sangre y su fina sensibilidad agudizada por la selva. El guaraní no fue ahogado por la avalancha de la cultura española, se incorporó a la corriente. Así se originó el primer rasgo de originalidad del solar guaraní: fusión y no absorción. Ese proceso se inició con la política de Domingo Martínez de Irala y tuvo su culminación en el período de aislamiento del Paraguay de 1816 a 1840, y aún en la primera época del Gobierno de Carlos Antonio López, quien incorporó a los indios de las Reducciones a la ciudadanía. El proceso de "miscegenación" ha dado un pueblo característico, cuyas calidades fueron ya apreciadas por Don Félix de Azara. Así es que para estudiar la sociología paraguaya deben tenerse en cuenta además de los factores mesológicos, la raza resultante de la mezcla, que fue su fondo social y humano, la tradición, los acontecimientos determinantes de su historia, y los factores intelectuales, morales y económicos de la comunidad. No se trata de una mera reproducción europea en América y tampoco de una manifestación exclusivamente autóctona, sino de la combinación de ambas. [3]

Benítez describe vivamente el ser mestizo del paraguayo, producto histórico y social del mismo proceso en que nació la América criolla en su conjunto y termina diciéndonos:

> El Paraguay tiene un profundo sentido americano; ni es totalmente autóctono, ni una mera fundación europea, sino la aleación de varios elementos; es un reservatorio espiritual del americanismo; tiene por eso individualidad, es una nación americana, una de las primeras en alcanzar esa categoría. Toda actividad que no se dirija a fortalecer esa individualidad resultará artificial, contraproducente. Se pueden incorporar al Paraguay las conquistas espirituales y mecánicas europeas, razas europeas, pero difícilmente europeizarlo.

3. Pastor Benítez, J. *El solar guaraní... Op. cit*. Pág. 24-25.

> Tampoco podría volver a tener la facción totalmente indígena porque ha superado este estadio, ha absorbido al guaraní como absorbió al español.[4]

Si alguna misión fundamental tiene el presente trabajo es mostrar, en cada caso, nuestro nacimiento como pueblo latinoamericano, es decir, como cultura definida.

Porque para lograr desarrollarnos en la historia, dos condiciones debemos lograr y concretar: unidad latinoamericana y autoconciencia de nuestra existencia cultural, con identidad propia y diferente. Así, y sólo así, nos podemos plantear la supervivencia como cultura.

Latinoamérica puede integrarse de muchas maneras. Es más: es imposible que continúe como hasta ahora, débil, desarmada y dividida. Pero una cosa es que nos integren desde afuera para incrustarnos a otros ejes históricos, como ocurrió cuando nos dividieron para integrarnos a Inglaterra, y otra muy distinta es integrarnos a partir de nuestras necesidades y nuestras planificaciones, como ocurre con el Mercosur, hecho que será irreversible en la historia porque se da a través y desde nuestra cultura común. Pero esa cultura común sólo tendrá fuerza histórica si es asumida y sólo podrá ser asumida en la medida en que exista autoconciencia de su existencia.

Por eso, señalar el mestizaje como punto de nacimiento de nuestra cultura es fundamental, y dentro de ese mestizaje, el ejemplo del Paraguay es elocuente, ya que allí es, sin lugar a dudas, uno de los lugares donde vemos nacer una nueva cultura, producto del encuentro de dos mundos.

Pero el Paraguay no es una excepción. Lo hemos visto y lo veremos, cómo se fue dando el acoplamiento de los elementos culturales, los llegados con los ya existentes, y las nuevas expresiones que nacieron de esa conjunción y que en cada región latinoamericana fue teniendo un matiz propio y regional, pero que ese mismo matiz no lo hacía distinto del conjunto donde se gestaba y producía la simbiosis histórica.

Bolivia, México, Brasil y Argentina tuvieron su propio personal proceso de mestizaje. Pero sin duda que lo tuvieron. Por eso debemos partir de nuestra identidad. Nosotros no somos ni indios ni europeos. Somos otra cosa. Y somos los únicos en el mundo que nos

4. *Ibídem*. Pág. 44.

incorporamos a la historia naciendo como una cultura. Alguna vez habrá en cada país latinoamericano algún patriota estudioso que escriba la historia necesaria para reconocernos y triunfar: "Historia de nuestro mestizaje cultural". "Latinoamérica mestiza y unida". Y así sucesivamente. Entonces la causa latinoamericana será invencible.

Pero siguiendo con el ejemplo que tomamos para ver con evidencia cómo se producía en cada hecho concreto el nacimiento de la nueva cultura, o el acoplamiento de los elementos culturales, nos preguntamos ¿qué ejemplo nos puede dejar al respecto el caso castellano guaraní?, ¿qué ocurrió y cómo se produjo ese proceso social en el caso del antiguo Paraguay?

Volvamos por un momento a Natalicio González. Él vio claramente lo que había ocurrido en su sociedad. Luego de los conceptos de fondo que vimos al comienzo, González nos va contando en detalle, oficio por oficio, cómo se fue ensamblando en el Paraguay una cultura con otra. Nombra, por ejemplo, con detalles de lugares y fechas a los primeros carpinteros. A los que llegaron con Mendoza y a los que vinieron después con Alvar Núñez. Escuchémoslo:

> Por lo dicho, se ve que el carpintero de la conquista era de múltiples habilidades. Era tallista, aserrador, fabricante de puertas y muebles y armador de casas, Iglesias y bergantines. Su función fue de considerable importancia en los días iniciales de la conquista. Poco a poco, mediante el concurso del indio, que proporcionó materia prima nativa con que suplir los elementos similares europeos, se fue superando todas las dificultades.

Señala más abajo que:

> En la naciente industria naval, se advierten ya las primeras señales de la colaboración efectiva de dos civilizaciones y de la asimilación de los valores culturales europeos. El guaraní se adiestra en los oficios de los blancos y ofrece la materia prima que hace falta para llevar adelante las construcciones.[5]

Y así una y otra vez. Los casos que va citando Natalicio González enriquecen y profundizan la visión que se puede tener del nacimiento

5. González, N. *Proceso y formación de la cultura paraguaya*. *Op. cit*. Págs. 127-128.

de la cultura criolla. Alterna los ejemplos, cuando hace mención a la cultura del tejido y el trenzado, en su encuentro con los ibéricos recién llegados.

> La cordonería guaraní, enriquecida con nuevos procedimientos técnicos, alcanza un desarrollo inusitado, para responder al consumo de la navegación. La fibra del caraguatá suple al cáñamo, y el algodón nativo da material para el velamen. Estos hechos provocan una verdadera revolución económica.
> Valoriza toda una categoría de frutos de la tierra, anteriormente poco apropiados, como consecuencia de consumo intensivo. En las propias ideas del indio se producen cambios fundamentales; el algodón, la piel, el hierro, repentinamente asumen a sus ojos, como símbolos de la riqueza, un valor superior al montón de plumas multicolores que antes constituía su tesoro.
> Otra industria creada por los carpinteros fue la fabricación de carretas. La introducción de la rueda fue de considerable importancia; ella desempeñó en la economía colonial en colaboración con el buey, el mismo papel que el automóvil y el petróleo en nuestros días.[6]

Señala también González que esa carreta que introduce el español, para la que se necesita el conocimiento de la selva y la madera que tenían los guaraníes, comenzó otro tiempo en las comunicaciones, los traslados de productos de la tierra, transformando los caminos guaraníes en los ahora llamados caminos reales.

Los guaraníes relacionados con el proceso de conquista incorporaban, así, a su existencia cotidiana, nuevos conocimientos y adoptaban nuevas técnicas en un largo proceso a través del cual se fue constituyendo una cultura.

Un caso especial es el de la cestería. González nos cuenta que

> ...otra profesión vinculada con la industria naval era la de los cordoneros. Los guaraníes se distinguieron como hábiles fabricantes de cuerdas, pero los europeos mejoraron la técnica indígena. Con Alvar Núñez llegaron los dos cesteros: Cristóbal López Pequeño y Felipe de Molines. Pero la cestería indígena siguió

6. *Ibídem*. Pág. 131.

> superando a la de estilo europeo, por su calidad, su gracia y su belleza. Y alcanzó un desarrollo no conocido hasta entonces.[7]

En todos los aspectos de la vida cotidiana, a través de cada una de las profesiones y actividades necesarias para la continuidad de la vida social, se va dando una interpenetración de conocimientos y valores que logran expresarse con el tiempo como una síntesis, al ser un producto nuevo que se iba diferenciando de sus anteriores componentes.

> La presencia de los artesanos entre los primeros conquistadores, fue casi providencial. Es difícil valorar en la justa medida a través de los siglos transcurridos, la extraordinaria importancia del papel que desempeñaron.
> La nueva colonia, aislada del mundo, tuvo que bastarse a sí misma. Las carabelas de España dejaron de llegar por largo tiempo. Las ropas traídas del viejo mundo se pudrieron bajo las lluvias y soles del trópico, y comenzó a sentirse una extraordinaria escasez de vestuarios. Los indios cultivaban el algodón, que en su variedad guaraní da una fibra larga y sedosa de excelente calidad, pero se limitaban a tejer mantos y alguna pequeña cantidad de telas para el typoi de sus mujeres.
> Los españoles introdujeron el telar europeo, que vino a perfeccionar el arte del tejido, ahorrando trabajo y perfeccionando las telas. Al propio tiempo se curtieron cueros de ciervo y de venados, animales que abundaban en la región asunceña, y con estos elementos se pudo proveer de vestido a la población. En esta tarea, el curtidor, el sastre y el tejedor aparecen como actores dignos de mayor encomio. La trama íntima de la historia se teje con los actos anónimos de los humildes, de los ignorados, y las hazañas de las figuras de primera magnitud no hubieran sido posibles sin la colaboración esforzada y cotidiana de estos gajos vivientes de la cultura española, que echaron raíces en la tierra nueva, hicieron escuela entre indios y mestizos, y contribuyeron, como pocos, a la asimilación de la técnica importada, en vista a la formación de una cultura autóctona.[8]

7. *Ibídem*.
8. *Ibídem*. Pág. 132

Imposible sustituir las palabras de Natalicio González para decir lo mismo sin mostrar la fuente. Mayor valor tiene su visión cuando señala la función del propio guaraní en el asentamiento de la nueva sociedad a lo largo del Plata.

> No hace falta proseguirnos para poner de resalto la función decisiva que desempeña el guaraní en la obra de España en el Río de la Plata. Apenas se escarba el pasado, su huella aparece por todos lados. Fija rumbos a la conquista y contribuye con su esfuerzo, con su sangre y con su genio a construir sobre cimientos indestructibles el destino futuro de los pueblos que surgían del mestizaje.
> El autóctono aliado era el alma de la selva. Sólo él conocía sus secretos, los recursos ignorados de su rumorosa soledad. Animada por su presencia, la intrincada espesura, impenetrable a la vista, aparecía como una valla temible ante las hordas enemigas. Los propios españoles vivieron largos años bajo la impresión considerable que causó en sus espíritus la obra de los guaraníes. Fueron los primeros en reconocer que la obra de la conquista jamás hubiera llegado a feliz término, en el aislamiento y sin recursos, de faltar la alianza y la colaboración tan decisiva de los guaraníes.

Y cierra su excelente capítulo señalando la tesis central de nuestro pensamiento, destacando el principal hecho histórico del mestizaje, *punto de partida para cualquier planteo que apunte hacia la construcción de una futura sociedad*, puesto que todo eso debe empezar por nuestro autodescubrimiento como pueblo y como cultura.

> De este modo el indio guaraní no aparece como un elemento extraño y contradictorio en la formación de la nacionalidad paraguaya. Actúa como un factor decisivo en la considerable empresa que realizó España en la vasta hoya hidrográfica del Plata. Desde el primer instante buscó aliarse a la civilización europea, pero dándole el sentido de la tierra materna.
> La alianza del indio y del europeo realizó la síntesis racial en el mestizo, primera expresión de una nueva humanidad, típicamente americana, que iba a irrumpir con ideales y caracteres propios en la agitada historia del mundo. El español y el guaraní desaparecieron en el abrazo fecundo de la primera hora, para revivir en el vástago.

> El hijo de la india guaraní y del aventurero castellano poseyó, desde sus orígenes, un intenso patriotismo americano. Dueño de las conquistas de la técnica europea, la utilizó para ensanchar los dominios de la cultura autóctona. Mediante este proceso, América comenzaba con conquistar al conquistador.[9]

El mestizaje se dio profundamente y en todos los órdenes. Lo que menos hubo fue trasplante puro y simple. Lo americano rebrotó en un nuevo contexto.

En la agricultura, por ejemplo, se entreveraron los métodos llegados con los rudimentarios de los guaraníes, y los nuevos mestizos, hijos también de la tierra americana, continuaron comiendo maíz y mandioca, batata y maní, porotos y andaí, productos todos de la antigua agricultura guaranítica.[10]

Ver esta simbiosis en cada acto de la vida cotidiana es fundamental para entendernos. El caso del Paraguay es más claro, pero a todos los latinoamericanos nos ocurrió lo mismo.

Sánchez Quell nos recuerda algo interesante cuando nos cuenta que

> Bastaría referirnos siquiera someramente al folklore paraguayo, para tener una idea de las costumbres y tradiciones que fueron surgiendo en el Paraguay colonial, como natural consecuencia de la aleación racial y consubstanciación espiritual de las razas indígena e hispana. Pues el conquistador español –al revés del inglés de Virginia, que despreciaba las razas inferiores– fue hacia la india. "Ocho siglos de convivencia con el árabe –dice Ricardo Rojas– le habían familiarizado, a pesar de la intolerancia oficial, con infieles de carne morena. Era hombre sin prejuicios de raza para el amor; mestizo acaso él mismo, de moro, de gitano, de judío". En el Paraguay, a la sombra amable de los azahares se unieron el español y la india, y nació el mestizo. Y de progenitores españoles residentes en estas tierras, nació el criollo. Así se fue formando la sociedad paraguaya.[11]

9. *Ibídem*. Pág. 109.
10. Sánchez Quell, Hipólito. *Estructura y función del Paraguay colonial*. Buenos Aires, 1967. Pág. 67.
11. *Ibídem*. Pág. 70.

La sociedad latinoamericana, diríamos. Ese fue nuestro punto de partida en la historia y sin el cual nada seremos, si no lo asumimos y defendemos. No queríamos cerrar el capítulo del ejemplo castellano guaraní sin escuchar al final una versión de Efraím Cardozo, que nos asevera lo que venimos sosteniendo:

> La mutua penetración de los dos mundos produjo una simbiosis inextricable en que era difícil establecer líneas de separación. El guaraní adquirió en su alianza eugenésica con el español, muchos de sus hábitos y formas culturales –el uso del metal, los utensilios, las armas de fuego, la forma de la vestimenta, la religión– pero también el español adoptó costumbres, modalidades indígenas, la vivienda, la hamaca, alimentos y bebidas, y lo que es principal, su lengua, que pronto se convirtió en el único modo de comunicación verbal en la campaña paraguaya.[12]

En la agricultura y en la música, en las costumbres y en el arte, en el dominio de la naturaleza y en el proceso mitológico que acompañó la conquista, fue naciendo una definida y nueva cultura, que será la que identifica y distingue al pueblo latinoamericano.

Pero hay algo que no queríamos dejar en el tintero. Distintos autores que tocaron este tema, si bien reconocen la experiencia paraguaya como la indiscutible experiencia mestiza de Latinoamérica, señalan la circunstancia de que todo lo allí ocurrido tenía como base de sustentación y asentamiento el cruzamiento biológico sobre el que se asentó aquella sociedad.

Planteado así el problema le da al Paraguay un carácter de excepción, comparado con el resto de América Latina.

Si bien lo antedicho es sumamente discutible, ya que no existe región en Latinoamérica que no sea hija del mestizaje, ese planteo no deja de ser una nueva traba en el camino hacia la autoconciencia de nuestro ser cultural.

Pero existe sin embargo en esta misma región una experiencia social de incalculable riqueza, donde el mestizaje biológico no se produjo, y el guaraní se mantuvo sanguíneamente puro, no habiendo ninguna mezcla en la descendencia durante casi dos siglos.

12. Cardozo, E. *El Paraguay colonial*. Nizza. Buenos Aires, 1958. Págs. 65-66.

Pero a pesar de esa pureza sanguínea, étnica y biológica, la cultura buscó caminos inéditos para expresarse en la sociedad, para ensamblarse y definirse, para lograr una síntesis y renacer, revivir y crecer en una nueva dimensión.

Esa sociedad fueron las misiones jesuíticas donde también nació una nueva cultura.

Donde el indio guaraní de mediados de 1700, físicamente igual al de comienzos de 1600, aparece en la historia de las guerras guaraníticas como un ser culturalmente distinto al guaraní de la conquista.

Ya era otro; pensaba y creía de una manera diferente y guerreaba con fundamentos y valores asumidos que poco tenían que ver con el guaraní precolombino.

Y ese proceso de simbiosis, en el seno mismo de las misiones guaraníes, nos alumbra el camino de nuestro autodescubrimiento, nos da la pista metodológica para separar la paja del trigo, lo principal de lo accesorio, la esencia de la forma.

En mirar adentro de esa sociedad, en recorrer aquella experiencia singular y apasionante, y en desentrañar los secretos de cómo los elementos parciales de distintas culturas se conjugaban en nuevas expresiones que las contenían y sintetizaban, pondremos ahora nuestro modesto esfuerzo. Entramos a las misiones jesuíticas.

CAPÍTULO VI

LAS MISIONES COMO EJEMPLO DE CONJUNCIÓN CULTURAL

La sociedad de las misiones ocupó un ancho espacio geográfico en la colonización de América y una tan singular forma de vida, que la discusión sobre su ejemplo todavía continúa. Y críticos y apologistas renuevan y repiten argumentos desde hace cuatro siglos.

Sólo bosquejamos aquí nada más que lo esencial de aquella sociedad, señalando los hechos a través de los cuales se expresa la conjunción cultural, que es lo que, en este trabajo y en este tiempo histórico, nos importa. Aquella conjunción, simbiosis o mestizaje cultural, o como quiera llamársele, fue el hecho sociológico que, fermentado durante siglos, tuvo una proyección histórica que tiene fuerte vigencia todavía. Y tan vigente, que nos pareció imposible excluir el tema en un trabajo sobre la cultura, porque lo vemos palpitar cotidianamente.

En líneas generales los autores que desarrollaron el tema tienen posiciones tomadas sobre el mismo. Para unos, fue una especie de "Imperio", cerrado bajo siete llaves, con una característica de autocrática explotación hacia los indios, y por eso llamadas "reducciones"; una especie de confesada prisión a la que se entraba, pero de la que no se podía volver. La disciplina obligada y el castigo corporal serían allí las bases del poder, frente a la permanente amenaza teológica y personal, lo que en ese caso da a las misiones una imagen de gigantesca cárcel, amparada por la soledad histórica y geográfica de aquel tiempo, organizada, pura y exclusivamente, para la satisfacción económica y hasta personal de los integrantes de la Compañía de Jesús.

La interpretación contraria suele ser más un alegato favorable que una investigación concreta de los distintos factores componentes

y vivificantes, que estuvieron presentes en aquellas organizaciones misioneras. Sus autores fueron casi siempre los mismos padres de la Compañía, que en su necesidad de hacer una defensa ante el mundo frente a los interesados y permanentes ataques, a veces exageraron algunas virtudes, y otras, omitieron virtudes aún mayores.

Dadas las características del presente trabajo, sólo queremos señalar las bases fundamentales e inéditas, la riqueza en formas y contenidos, sobre las que se produjo el grandioso encuentro cultural entre época y época, el verdadero diálogo histórico del descubrimiento. Porque adelantemos desde ya: a la altura actual de las investigaciones históricas, sólo pueden reinterpretarse o redescubrirse las sorprendentes formas en que la fusión se produjo, y ya no recaer en la vieja polémica que dividía las posiciones entre comunidad sojuzgada o sociedad ejemplar.

Entremos por lo tanto a los hechos, que a veces son más elocuentes que las palabras. Cuando leíamos por primera vez las preguntas que la Orden de San Ignacio se hacía para aceptar en su seno a un nuevo integrante, como las instrucciones que éstos recibían en el momento de partir a cumplir la misión que mística y personalmente habían asumido, no sin cierta admiración, nos fueron aclarando muchos de los interrogantes que el tema encerraba, y que trataremos de transmitir aquí.

> Si tuvo algunos cargos en el gobierno, preguntaba, con qué satisfacción lo desempeñó; si tiene fuerzas corporales y salud para los trabajos de la misión; qué lenguas sabe y qué facilidad tiene en aprender otras nuevas;... si se sabe acomodar fácilmente al humor de otras naciones; cuál es su firmeza de cabeza: si es tranquilo o por el contrario, de fantasía alborotada; si parece constante en vocación y tan adelantado en virtud, que puede ser expuesto con seguridad a las dificultades; si entregado a sí mismo, parece que cumplirá con las constituciones y reglas de la Compañía; si es mortificado amante de la pobreza y obediencia y cuidadoso de cuidar la paz y la caridad fraterna;... y si acaso es propenso a familiarizarse con seglares.[1]

1. Tissera, R. *De la civilización a la barbarie. La destrucción de las misiones guaraníes*. Peña Lillo. Buenos Aires, 1969. Pág. 81.

Cumplidos los requerimientos y graduado en la orden, el futuro misionero partía hacia las regiones desconocidas para cumplir allí el objetivo de conquistar el alma de los pueblos extraños que también se habían descubierto. El que se embarcaba hacia estas regiones traía consigo –leídas y releídas– aquellas no menos interesantes Instrucciones, que por sí mismas nos acercan hacia la comprensión del cómo y el porqué de los exitosos resultados de los trabajos misioneros.

> Fomente entre sí, gran celo, comenzaban las instrucciones, guárdese de murmurar de los superiores;... sea circunspecto en el hablar... ni alabe las cosas de su patria, si no las de entre quienes mora, o si no las puede alabar, no las vitupere por lo menos; ande solícito de la castidad: y sepa que con ser lascivos los indios, ellos mismos se escandalizan de las leves faltas de un religioso... adquiera alguna práctica de artes mecánicas, de medicina y de farmacia, que será de gran utilidad; ocúpese asiduamente en el estudio, que también allí hace mucha falta; sepa que en ninguna parte está más seguro que donde lo pone la obediencia; no se cargue de muchas cosas para el camino.[2]

Y con estas Instrucciones, grabadas jesuíticamente en la memoria, partían los misioneros rumbo a la región inédita y se encontraban con todos los interrogantes que la sociedad desconocida a la que llegaban les podía despertar: cómo eran en realidad los guaraníes; practicaban o no la antropofagia; cómo estaban organizados institucionalmente en cuanto a sus sistemas jerárquicos, su vida familiar, el régimen de propiedad y las escalas de valores...

Cuando los ibéricos llegaron a nuestra América, los guaraníes no estaban en completo estado de naturaleza. No se trataba de una etnia que vivía siempre ambulante de la caza y de la pesca; sin asentamiento físico y geográfico, carente de organización, sin ley ni costumbres. Tampoco se encontraban aislados históricamente por la muralla impenetrable de un dialecto primitivo y atrasado.

El idioma guaraní está considerado por muchos autores como uno de los más evolucionados que se conozca. Se encuentra, por ejemplo, mucho más alejado de la mímica como necesario

2. *Ibídem*. Pág. 85

complemento, que el inglés y el propio castellano. Tiene tal riqueza y fluidez que sólo comprendiendo su magnífico mecanismo íntimo, podemos apreciarlo en toda su dimensión, y entender entonces el grado de verdad que tiene el decir popular que hace referencia siempre a "el dulce idioma guaraní". No sólo es onomatopéyico, como algunos intérpretes sostienen, sino que además expresa a la naturaleza en movimiento, a una naturaleza exuberante, de ríos colosales y selvas inimaginables, pájaros y trinos, flores y silencios húmedos. No deja de ser cierto lo que dice Fariña Núñez al caracterizar al idioma guaraní, cuando señala: "Yo no sé si según el célebre paralelo del solitario Del Yuste, el italiano sirve para hablar con las damas, el francés con los hombres y el castellano con Dios; pero puedo afirmar que el guaraní sirve para dialogar con la naturaleza, en un tono íntimo, llano, casi familiar".

Esa fue la primera expresión viviente con la que se encontraron los jesuitas –el idioma– para poder comunicarse, entender y transmitir valores, captar el sentido de los actos, poder encontrar el vehículo para cualquier mensaje.

Los jesuitas no sólo lo escucharon respetuosamente, lo estudiaron, lo estructuraron y lo explicaron gramaticalmente, sino que imprimieron sus estudios y lo difundieron por el mundo.

Pero lo más importante aún, que hicieron con esta viviente forma de expresión de una cultura, es que lo respetaron como medio de comunicación cotidiano, y lo institucionalizaron como el idioma general de las Misiones Jesuíticas.

Si a esto le agregamos que el idioma guaraní era hablado o entendido desde el Caribe hasta el sur del Río de la Plata, podemos entender la extensa zona de comunicación que naturalmente sintetizaban las misiones. Y lo fundamental, desde el punto de vista cultural: respetar el idioma es respetar una visión del mundo y un sentido de la vida, y eso fue precisamente lo que hicieron los jesuitas en el encuentro con los guaraníes.

Pero no sólo el idioma, como forma fundamental de una cultura, fue respetado. *También la traza de los pueblos, como manera concreta de asentamiento de esa cultura*. Es muy importante lo que al respecto nos dice Cruz Rolla:

> El tronco étnico de la raza guaraní se asentó, en épocas remotas, entre el mar Caribe y el Río de la Plata, ocupando la cuenca del Amazonas y las márgenes de los ríos Paraná, Paraguay y

> Uruguay, en cuyas riberas levantó sus ciudades, siendo las más importantes, en la región del Caribe, Veraguá y Siguaré, y en la región de Lambaré, en las proximidades de la actual Asunción, Tava guazú. La Tava de los guaraníes era una ciudad fortaleza y estaba construida por cuatro, siete o más ogas, grandes casas comunes, edificadas alrededor de una plaza cuadrangular (ocará), en la que se desarrolla la vida religiosa y social. Pero existían también los tapiy, que eran habitaciones aisladas para cada familia.
> El oga, vivienda común, que albergaba de cincuenta a doscientas personas, estaba construido con troncos de árboles y techos de palmeras. Hamacas y catres eran sus camas. Vestían las mujeres el tipoy, y los hombres, la tanga; usaban diversos utensilios domésticos, tales como vasijas, jarros, fuentes y platos que fabricaban con frutos de calabaza amarga.[3]

Cuando Busaniche analiza el tema de la arquitectura durante las misiones y señala en su desarrollo tres etapas –la nutrida con los elementos naturales del medio, la misionera, donde predomina la piedra, y la europea injertada, naciente antes de la expulsión– nos confirma lo que antes describía y luego afirma Cruz Rolla: que las primeras ciudades jesuíticas fueron mejorando, pero no suplantando, a las ya existentes ciudades guaraníes.

Una empalizada hecha con troncos de palmeras circundaba la ciudad, y dentro de esta empalizada, se levantaba una muralla construida con gruesos troncos de árboles de madera dura. Sentaban las ciudades en las márgenes de los ríos, arroyos o lagunas, próximos a lugares boscosos, donde establecían sus chacras, procurando aunar las condiciones de paisajes, estrategia guerrera y práctica agrícola.

Los primeros cronistas españoles admiraron y elogiaron las magníficas ubicaciones de las ciudades guaraníes y tanto es así que los propios conquistadores las tomaron como asiento para sus fundaciones, adoptando la práctica de la empalizada para su defensa. Esto lo testimonia la crónica de la época y lo certifica el hecho de que las misiones jesuíticas hayan dispuesto sus reducciones en la misma forma que las tavas guaraníes.

3. Cruz Rolla, J. *Folklore, ritos y costumbres del pueblo guaraní*. Poseidón. Buenos Aires, 1964. Pág. 55.

Ésta es la segunda forma importante de la cultura guaranítica que los jesuitas respetaron. Porque ¿podían los guaraníes sentirse extraños o invadidos, viviendo entre sus mismas tribus, hablando su misma lengua, como forma oficial de comunicarse, y habitando los poblados distribuidos en igual forma como lo hacían hace centurias? ¿Era ésta la imposición brutal de otra cultura? Pero no nos adelantemos. Si bien es cierto que cada ciudad guaranítica carecía de una autoridad central que no residiese en el poblado mismo, no por eso dejaban de tener una organización política, respetada y permanente, ya sea en la paz como en la guerra, puesto que cada tribu contaba con un cacique, y ese cacique era elegido democráticamente en una asamblea.

Y lo que es más todavía: el cacique era solamente el depositario temporal del poder, pero no el propietario, ya que la misma asamblea que lo había investido con la jefatura, podía a su vez destituirlo. De esa manera, el poder latente, pero verdadero, residía en verdad en la asamblea, que tenía así las facultades amplísimas y fundamentales: tomaba decisiones sobre los bienes comunes y las producciones de los sembrados, las fechas de cosechas y las cacerías mayores, la amistad o enemistad con las tribus comarcanas y fundamentalmente, la guerra. En este caso, la asamblea era el órgano superior del Consejo de Ancianos. El cacique, por ser el más valiente y el que mejor hablaba, comandaba la ejecución de la guerra y era llamado el *Mburubichá*.

Y agrega Cruz Rolla sobre las instituciones guaraníes, algo muy importante:

> La elección de Mburubichá era un acto de carácter popular, y en el candidato se consideraban las condiciones de buen orador y gran conocedor de la región, sus cualidades de estratega, la ecuanimidad y justicia de sus determinaciones privadas, y su sagacidad y valentía.
> Constituían los amandayé (asamblea de la tribu) los jefes de cada familia, elegidos por los varones y mujeres adultos de la misma. Sus deliberaciones se realizaban todos los días a la caída de la tarde, tratándose en esas reuniones asuntos de interés general, tales como la creación y distribución de nuevos rosados, la falta de pesca o frutos silvestres, la conveniencia del traslado de la tribu, los convenios de paz, la elección o destitución de los mburubichá, la actuación del payé en caso de peste...

Y finaliza diciendo: "En caso de guerra se confederaban, y los mburubichá, previa deliberación de sus respectivos amandayé, se reunían en asambleas magnas, en las que se designaba un jefe común".[4]

De los aspectos más importantes que los guaraníes conservaban como expresiones fundamentales de su cultura, tres de ellos, el de la lengua, el institucional, y el de la organización edilicia de los poblados, fueron, hasta cierto punto, respetados por los jesuitas. El respeto al cacicazgo, como institución básica en la organización social guaranítica, fue la tercera expresión cultural que los jesuitas conservaron.

En efecto. Esto es muy importante. Porque sin analizar cómo se fueron manteniendo y transformando las expresiones guaraníes, sería inimaginable la experiencia de las misiones, su sobrevivencia de la soledad selvática, su crecimiento y desarrollo, y menos aún, la cultura viviente que se dispersó en las antiguas zonas misioneras y que late todavía.

Así fue como el trazado general de las poblaciones y su distribución funcional interna, la forma de organización de las tribus con sus cacicazgos, la lengua con su visión del mundo, las tradiciones y el basamento de las autoridades, sobrevivieron, con algunos cambios que ahora veremos, adentro de las ciudades construidas en las misiones jesuíticas. No está de más repetir que esto es fundamental. A pesar de incorporarse a un nuevo estado, sumamente lejano si se quiere, pero real y administrativamente organizado, había, en esta nueva sociedad, *una continuidad cultural en cuanto a la organización guaranítica se refiere*.

Ramón Tissera está de acuerdo con este concepto. Nos dice por ejemplo, que

> El sistema no era innovación pura. Había tomado mucho de la mentalidad guaraní. Y tal vez, esta particularidad explique gran parte de su éxito. Fue tarea de los jesuitas llevar a mayor tamaño y racionalizar lo que ya existía en los hábitos del pueblo. De allí, por ejemplo, el respeto a la agrupación tribal. Las tribus no se disolvían al ingresar a las organizaciones misioneras; mantenían su conformación, así como sus tradiciones y sus autoridades internas. Hasta la conformación de las viviendas

4. Cruz Rolla, J. *Op. Cit*. Pág. 70-71.

> respondía al modelo agreste, porque ya los guaraníes utilizaban el gran recinto de caña y cuero donde convivían las familias. La colonización mantuvo el carácter colectivo de la vivienda, aunque suprimió la promiscuidad con la instalación de compartimientos familiares e impuso la arquitectura de la piedra, el ladrillo y la teja.[5]

Lo de suprimir la promiscuidad no fue tan fácil, sin embargo. El querer transformar el tipo de familia en el indio guaraní fue uno de los objetivos de mayores costos para los misioneros jesuitas. Lo demás, es totalmente cierto y confirma lo que venimos señalando. Pero en cuanto a la familia se refiere, el problema se presentaba mucho más serio. Eso sí que fue difícil de cambiar. Es que los guaraníes defendían como uno de sus máximos valores culturales la firme creencia de que la extensa etnia americana debía ser prolífica y que esa era una de las principales razones de la extensión territorial, y por lo tanto de la guerra y la vida.

En ese concepto, la institución del cacicazgo implicaba siempre la práctica natural de la poligamia, y allí entraba en un punto de fricción peligrosa con los valores cristianos que los jesuitas predicaban, ya que los caciques tenían como suyas varias de las mujeres de la tribu, bajo el fundamento de que la etnia conquistadora de los guaraníes debía multiplicarse rápidamente en los territorios conquistados.

El problema no estuvo ausente del levantamiento de Guirá Verá, el valiente cacique de la región del Guayrá, que si bien veía con muy buenos ojos muchos preceptos predicados y hechos ejemplares que observaba en los jesuitas, no podía mirar de la misma manera esa verdadera renuncia a la multiplicación de su tribu que llevaba implícita la monogamia. Pensaba que por ese nuevo camino sólo podría llegarse a la extinción paulatina de su pueblo.

Tissera nos cuenta, por ejemplo, que la primera reducción de San Ignacio Guazú peligró su existencia por ese motivo, y en varias oportunidades, la negativa a aceptar el nuevo vínculo familiar logró desbaratar las incipientes reducciones.

Y Natalicio González nos señala al respecto que

> Se practicaba la poligamia, y este régimen matrimonial era la expresión de la más elevada moral en la creencia de todos los

5. Tissera, R. *Op. cit*. Pág. 60.

> indios, que miraron como una extraña observación la prédica de los primeros misioneros a favor de la monogamia. Es que el guaraní, sexualmente frío, no buscaba en la poligamia una satisfacción orgiástica de los apetitos carnales, sino la procreación de hijos sanos y numerosos. Por eso el gran cacique Guirá Verá, orador de grande elocuencia, convertido por gratitud al cristianismo y llamado el saulo Guaraní por el padre Techo, rechazó indignado la institución del matrimonio monogámico. Inculcó a los de su nación que semejante idea, realmente homicida, sólo podría ser predicada por hombres que buscaban la extinción de la valerosa raza guaraní, esterilizando el vientre de gran número de vírgenes que con este sistema no podrían salir nunca de la soltería.[6]

Fue en ese punto, sin duda, adonde quedó la evidencia de que los jesuitas fueron, antes que todo, grandes y flexibles políticos.

Rígidos en la disciplina del trabajo –tan rígidos con ellos mismos, que imponían al conjunto de la población los mismos hábitos con el ejemplo personal– fueron, sin embargo, sutilmente flexibles, cuando había necesidad de serlo.

Si el encuentro de culturas presentaba en algún punto la posibilidad de una confrontación, podía poner en peligro el logro del objetivo trazado; se daba, a veces, un paso atrás, aunque sea momentáneamente, para poder avanzar después y llegar al fin deseado y propuesto.

Así se condujeron frente al problema que planteaba el nuevo tipo de familia. Es por eso, y respondiendo a aquella lógica de la situación, que se permitió por todo un período a los caciques el ejercicio de la promiscuidad. Pero al mismo tiempo se avanzaba con el conjunto de la población sobre el mismo tema: si esa prerrogativa se le dejaba pasar a los caciques principales, se prohibía, sin embargo, con especial rigidez a los demás miembros de la tribu. Y de allí se pasaba a la ofensiva: se concedía a todas las familias monogámicas ventajas especiales, para que estas ventajas sirvan como ejemplo. Las facultades, derechos o privilegios, si así pueden llamarse, que hoy se adquieren con la mayoría de edad, por ejemplo, se les concedía a los miembros de la comunidad por el solo hecho de practicar el casamiento.

6. González, N. *Op.cit*. Pág. 68.

También a la mujer se la inducía inteligentemente, para que adquiera conciencia de la nueva situación: en caso de enviudar, por ejemplo, quedaba automática y nuevamente libre, lista para volver a casarse, haciéndose cargo en ese caso, el conjunto de la comunidad, de la patria potestad, quedando la mujer sin carga ni responsabilidad para con los hijos que pudieran haber nacido en el matrimonio.

Un conjunto de normas y de reglamentaciones internas legislaban la sutil estrategia: siguiendo la misma lógica conceptual del tema que tratamos, los hombres solteros no gozaban de ningún privilegio y tenían siempre menores derechos que los casados.

Agrega Tissera un interesante detalle sobre el tema:

> Es probable, por otra parte, *nos dice,* que la norma misionera de aconsejar el lazo conyugal a temprana edad –quince años para la mujer y diecisiete para el varón–, haya contribuido a desligar insensiblemente a las nuevas generaciones de su mentalidad ancestral.[7]

De esta manera, lenta, entrecruzada y paulatinamente, fueron tomando vida las nuevas pautas culturales. Poco a poco, año tras año, y década tras década, las organizaciones jesuíticas misioneras fueron entretejiendo con fina cautela las escalas de valores del cristianismo.

De esta manera se fue avanzando sobre las situaciones anteriores: los nuevos caciques que se iban incorporando a las reducciones –y que en los primeros tiempos eran objeto de especiales miramientos (eximidos de tributos reales y hasta consideradas sus tierras bajo su exclusivo mando y beneficio)–, con posterioridad "se incorporaban a las doctrinas conservando mucho de su rango y jerarquía, aunque renunciaban a ciertas licencias como la poligamia, habitual en ellos".

De esta manera trataron los jesuitas la conjunción matrimonio y poligamia, triunfando paulatinamente el matrimonio.

Pero existió además, una circunstancia aparentemente ajena al tema que tratamos, pero que, sin embargo, formaba parte del marco explicativo, del contexto histórico que contenía el cuadro del conjunto.

Porque la "Conquista Espiritual", al decir de Montoya, no se habría producido, al menos en la forma y de la manera en que se

7. Tissera, R. *Op.cit*. Pág. 65.

produjo, si no hubiera mediado una circunstancia o condición histórica en cuanto a la ubicación geográfica de las ciudades fundadas. En efecto. La experiencia misionera se desarrolló en un escenario muy especial, rodeada por dos peligros permanentes y reales que asediaban a las distintas tribus guaraníes.

Fracasadas las expediciones hacia el Alto Perú en busca de la ciudad de los metales, encabezada por Irala y Alvar Núñez, y volviendo ambos, una y otra vez, con esa sensación de desasosiego que produce la pérdida del destino final, que era la riqueza, los conquistadores pusieron entonces sus ojos en los naturales de estas tierras. Si el oro y la plata pertenecían a las tropas castellanas que habían conquistado el Cuzco y fundado Lima, quedaba acá, sin embargo, como posibilidad de riquezas, el trabajo forzado y gratuito del hijo y la hija de la selva, que hacía poco tiempo tan bien los habían recibido. Así nacieron las famosas encomiendas.

Además de los nuevos encomenderos, hacían sus correrías sangrantes los bandeirantes paulistas. Entre las encomiendas de Asunción y Corrientes, por un lado, y las bandeiras traficantes de hombres, por el otro, las reducciones misioneras emergían como *una zona de salvación y respeto, donde el indio no era vendido ni explotado; ni rematado como esclavo por el mundo, ni doblegado de sol a sol como en las encomiendas*.

En el medio de esas dos zonas, de verdadero terror para los guaraníes, estaban las misiones. Allí, en esa situación, de zona encerrada pero libre, se encuentra uno de los "secretos" no revelados sobre la facilidad con que los guaraníes aceptaban la doctrina que les brindaban los misioneros. Sobre todo para las primeras décadas de 1600, cuando estaban ya asentadas las encomiendas y recorriendo la selva las malocas paulistas.

Es en ese marco histórico adonde debemos interpretar el tema que tratamos, de la conjunción cultural y la aceptación de nuevas pautas. Para los hijos de la tierra no había más que tres alternativas: la encomienda, las malocas bandeirantes o las misiones jesuíticas. Y fueron éstas, las misiones, donde el guaraní encontró el respeto a muchas de las pautas de su cultura, el choque con algunos y el florecimiento de otros. Una conjunción, en fin, inédita, fraterna, novedosa y solidaria.

Don Aníbal Cambas nos dice, por ejemplo, respecto al encuentro de concepciones culturales de la organización familiar, ya en la etapa asentada de los jesuitas, lo siguiente:

> Los amancebados que no acataran la institución matrimonial, que tanto costara consagrar, en reemplazo de las prácticas irregulares y aún del sistema de la poligamia en boga entre los burubichá o caciques en su vida anterior, así como los hechiceros que con su influencia psíquica y artes secretas causaban daño en el orden social y religioso, eran condenados a destierro, eliminándose su participación o convivencia en los pueblos organizados.[8]

A quienes eran expulsados de las misiones, cuando éstas ya estaban sólidamente afirmadas en nuestros territorios, sólo les quedaban el peligro de la maloca o la posibilidad de la encomienda.

Lo que los jesuitas comenzaron negociando, terminaron imponiéndolo como absolutamente obligatorio. De esta manera, los guaraníes, de generación en generación –y no sin resistencia, según hemos visto–, terminaron acatando y asumiendo como propia la organización familiar explicada con paciencia y ardientemente defendida por los padres de la Compañía.

Pero las misiones jesuíticas iban a brindar una sorpresa más a la historia de nuestra cultura.

Una amplia gama de las producciones culturales vivió una etapa sorprendente de florecimiento y desarrollo.

Antes de la llegada de los jesuitas, cuando los guaraníes todavía vivían en sus tavas ejercitando sus antiguas y democráticas formas organizativas, las producciones artísticas de aquellos pueblos consistían fundamentalmente en la alfarería y la cerámica, el hilado y el tejido. En cada producción, había una conjunción expresiva que satisfacía necesidades objetivas y estéticas al mismo tiempo. La vasija y la urna cumplen funciones concretas, pero cada adorno que éstas contenían en sus grabados, pertenece ya a la esfera espiritual del gusto estético. Los colores son parte de estos primeros logros del incipiente arte.

"Hilaban y tejían amandiyú (algodón), las fibras del Caáporopí, del Karanday y del Caraguatá", nos dice Cruz Rolla.[9]

8. Cambas, A. *Las misiones del Paraná, Uruguay y el Tapé*. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires. Pág. 21.

9. Rolla, J.C. *Op. cit*. Pág. 38.

> Muchos y variados fueron los productos de aquella alfarería, rústica y trabajosa, de los guaraníes precolombinos: platos de la calabaza amarga y pipas para fumar; grandes tinajas, para proteger las mantas de los grillos, según nos cuenta Alvar Núñez; ollas de distintos tamaños y urnas funerarias. Grandes recipientes destinados a la preparación de bebidas fermentadas; vasos y vasijas; utensilios que decoraban con líneas de color rojo o negro sobre un fondo blanco, recubiertos, total o parcialmente, de relieves producidos por presión rítmica de las yemas de los dedos pulgares.[10]

Hermosos cestos, tejidos con tiras sacadas de las hojas de las palmeras o de tallos flexibles de diferentes lianas. Producto del tejido se obtenía la hamaca, expresión clásica, portátil y cómoda de los desplazamientos militares.

Etnias conquistadoras como pocas, los guaraníes habían hecho de la guerra la razón principal de su existencia. El trazado de sus poblados, el motivo emocionado de sus cantos, la figura simbólica de sus danzas, el valor más alto en la escala de valores de sus hombres, todo expresaba como motivo primordial de la vida el hecho guerrero, el concepto de la guerra, como momento clave donde se juega el destino de la etnia en la vida del hombre.

Su propio nombre, guaraní, significa guerrero, y su capacidad bélica, que sorprendió al propio Alvar Núñez, es una situación documentada y aceptada por todos los cronistas. Su extendida área de influencia idiomática y de su cultura en general, no era más que la expresión semántica de extensos dominios que el guaraní había conquistado por medios guerreros. Y como toda cultura guerrera, uno de los primeros aspectos que se trata es de los tipos de armas que se empleaban en la lucha.

Nos dice González al respecto:

> El guaraní jhara, o sea el combatiente, se destaca por su destreza en el manejo de ciertas armas, destreza que se debe a un entrenamiento que comienza con la niñez y termina con la muerte. En primer lugar, el arco y la flecha. A los modelos clásicos habrá que agregar otros, que sólo hallan empleo en la batalla. Habrá

10. *Ibídem*. Pág. 39.

> muchos untados de un veneno misterioso, más mortal que el de las serpientes, extraído de ciertas plantas. Y otros revestidos de materia inflamable y que describía sus elípticas como fantásticas antorchas, para ir a caer sobre el pajizo techo del tapuí de la choza, incendiando la aldea asediada para reducirlas a cenizas. El propulsor, especie de honda, tuvo un uso generalizado para arrojar piedras sobre el enemigo, con extraordinaria fuerza impulsora.
> Las masas figuran entre las armas más usuales de los guerreros guaraníes. Las había de dos clases: La una, el Tucá, es cilíndrico y termina en una gran bola. La otra, el Tucapé, de pesada madera roja o negra, larga de cinco pies, tiene la empuñadura y la hoja semejante a la de una espada, y resulta de un terrible efecto en los combates cuerpo a cuerpo. La lanza guaraní, tiene punta de piedra afilada. Y el escudo que defiende al guerrero en las batallas, está hecho de cuero de tapir, algunas veces de la corteza de ciertos árboles y otros de madera liviana.[11]

Pero allí no terminaba su cultura. Fueron los guaraníes grandes conocedores de todos los ríos que cruzaban sus dominios, los grandes y los chicos, ya que en innumerables circunstancias, las antiguas migraciones hacia la "tierra sin mal" habían sido hechas siguiendo el cauce de los ríos mayores. Conocían misteriosas lagunas y esteros, que sorprendieron al conquistador por su tamaño. Allí el guaraní no sólo había encontrado lo más parecido al "paraíso húmedo", sino que, a través de los años, había ido conociendo los misterios y secretos de su fauna y su flora. Los ríos y grandes lagunas fueron también para ellos, caminos de comunicación sobre los que navegaban permanentemente. Para lograr eso, construyeron con troncos de árboles diversas embarcaciones de distintos tipos, para trasladarse de uno a otro extremo por ellos conquistado.

Hacían del respeto a la tradición uno de los fundamentos de su existencia practicando cotidianamente las costumbres del pueblo. Sus Dioses y su Dios principal, Tonondeté, implicaba el principio de la primera causa, concepto que –en el caso de las tribus que no entraron a las reducciones– fue conservado por centurias. Investigaciones modernas con actuales tribus de Misiones, Argentina, nos dicen

11. González, N. *Op. cit*. Pág. 80.

que hasta ahora, aquellas culturas guardaron bajo siete llaves la fe en su Dios y el concepto de la Creación como primera causa de la existencia.

Pero su cultura había avanzado en el mundo del conocimiento. Llegaron a tener una verdadera medicina natural, producto, sin duda, de una milenaria observación de la naturaleza que, aunque empírica, no por eso dejaba de ser una forma científica del conocimiento del mundo escondido en la flora. La lógica de su agricultura –a la que hicimos mención anteriormente– sorprende cada vez que se la estudia, por el grado de racionalidad que lleva implícita y por el grado de sabiduría acumulada que contiene.

Y todas estas expresiones culturales guaraníticas, de la guerra a la agricultura, de la botánica elemental a la fabricación de armas, de los cantos indios a la construcción de embarcaciones, del tejido a las creencias, *encontraron un nuevo punto de partida, enriquecidos por elementos desconocidos hasta entonces, cuando hallaron esa posibilidad en el nuevo contexto de las misiones jesuíticas*.

El cuadro histórico de respeto, organización del trabajo y promoción de valores e inquietudes, lejos de adormecer, despertó, puso en movimiento y multiplicó, las actitudes latentes que existían. *Y en esa simbiosis, el indio estampó su tono y su perfil a todo lo que creaba y aprendía*.

Las nuevas actividades, que por nuevas no podían ser repetidas, si bien aparecían como una prolongación de la sabiduría y la cultura europea, *llevaban el signo americano en la expresión y el detalle, en la perspectiva y el conjunto*. La América antigua hablaba en el nuevo momento del encuentro histórico a través de la mano o el canto del indio. De esa manera se fue dando la simbiosis y fue naciendo una nueva y definida cultura.

Porque luego de la llegada de los jesuitas, la actividad artística de los guaraníes en las ciudades misioneras, nos muestra un verdadero florecimiento en obras de arte, muestras pictóricas, esculturas y música, poesía, dibujos y artesanía superiores. Todo nos indica y prueba que, en el mundo de las creaciones culturales, los pueblos guaraníes emergieron como de un salto histórico.

En ese marco de encuentro de dos culturas, *la de menor desarrollo hasta entonces, adquiere ritmos más rápidos, inéditos y sorprendentes. Se revoluciona a sí misma, emergen de adentro de ella facetas desconocidas hasta entonces, y como resultado del encuentro, nacen obras inesperadas para ambas culturas anteriores*.

En muchos aspectos estas expresiones misioneras llegaron a maravillar al mundo, como en el caso de la música. Se creaban y se ejecutaban aquí, en las misiones, las más delicadas sinfonías. Ritmos antiguos se mezclaban con los nuevos y algo no escuchado aparecía en el corazón mismo de Misiones. Famosa fue la época del padre Sepp, que desde Yapeyú adquirieron fama internacional sus coros y músicos. *Era como si en el nuevo contacto de la vida misionera se desenvolviera, en un plano más alto, un talento latente o aparentemente oculto en lo profundo de la cultura guaranítica.*

Los nuevos conocimientos, en los distintos planos de la educación recibida, *no atrofiaban la individualidad del indio, sino que la desenvolvían, adquiriendo cada producción la personalidad propia de la simbiosis cultural que producía.*

"El conocimiento –nos dice González– no extingue la individualidad: la desenvuelve".[12] Y ese proceso fue el que dio nacimiento al mestizaje cultural de Misiones.

Profesiones hasta ayer desconocidas se fueron transformando en actividades comunes. Herreros y carpinteros, torneros y albañiles, plateros e instrumenteros, nuevos tejedores y rosarieros.

Así fue surgiendo el arte en las misiones. Como si hubiese estado escondido pero latente y multifacético en cada miembro de la comunidad; como si hubiese estado soterrado en la selva, esa capacidad tomaba cuerpo ahora en la fragua y la piedra, en los tejidos y en las maderas talladas. A estos objetos que expresaban la cultura material se agrega el hierro, trabajado y vencido por la voluntad del hombre, logrado en las fraguas misioneras, extraído del "Itá curú" metálica y abundante piedra de Misiones. En todo eso y hasta en las expresiones musicales, asomaba lo propio, rítmica y metódicamente, aspecto este que nos dejó una sonora y honda herencia a través de los siglos.

Fueron tantas las bellas expresiones logradas por los indígenas artistas que bastaría con observar en detalle y con detenimiento las ruinas de San Ignacio Miní, por ejemplo, por ser una de las más visitadas y comunes, para retener y conservar en la memoria las huellas de aquel arte que, al observarlo grabado en las piedras, uno siente que forma parte de la vigorosa armonía del conjunto. Pájaros y ángeles tallados en la antigua piedra, con cierta sensación de movimiento y vida; puntos de alas que dejan en la piedra la instantánea de un

12. González, N. *Op. cit*. Pág. 85.

vuelo. Rostros indianos con expresiones místicas. Escudos lujuriosos entremezclando víboras y perros, aves de presa en actitud de rapto y signos de liturgia. Sí, es exacto lo que dice Tissera: "La mente indígena encontró en sí misma una solución estética: elevó la naturaleza al misterio y le dio al misterio un trazo concreto".[13]

Largo sería, en verdad, enumerar todos los logros culturales que tomaron expresión en las misiones guaraníes, ya que su producción fue completa y compleja. Desde las primeras imprentas del Río de la Plata, hasta la publicación de libros en varios idiomas; desde la fabricación perfecta de instrumentos musicales, a grandes poetas indios y coros famosos.

Pero el análisis de cada una de esas expresiones escapa ya a la posibilidad y naturaleza del presente trabajo.

Este pequeño bosquejo sobre la conjunción cultural ocurrida en las misiones, tiene como principal objetivo señalar principalmente el aspecto más importante del hecho histórico: *el carácter fusionante, en toda la dimensión de su riqueza; y el nacimiento, producto de ese proceso, de una expresión cultural mestiza, como cultura definida.*

Pero no queríamos terminar sin hacer mención a otra situación de respeto, por parte de los jesuitas, de las tradiciones culturales guaraníes que, en este caso, su omisión haría muy difícil la comprensión del mecanismo y funcionamiento de aquella sociedad. Me refiero al régimen social de las misiones.

Como en toda organización solidaria, las misiones tenían como base la igualdad de posibilidades de sus habitantes. Aquellas instituciones que rigieron la vida económica y social durante más de un siglo y medio en las misiones fueron típicamente americanas, por lo tanto, nacidas aquí mismo, expresión básica de la historia antigua de América. Mejoradas en algunos aspectos por los jesuitas, pero nacidas en las antiguas comunidades precolombinas de Latinoamérica. Estas instituciones, que también fueron adoptadas, incorporadas y defendidas por la Compañía en el seno de la nueva organización social, tienen una importancia cardinal –ya que sin su análisis no se puede entender– para el nacimiento, crecimiento y posterior decadencia de las misiones. Es decir para la Historia. Veamos un poco.

Don Aníbal Cambas nos dice sobre el régimen social de las misiones lo siguiente:

13. Tissera, R. *Op. cit*. Pág. 48.

> Desde el instante en que contraían enlace y constituían familia, todos los nativos tenían su chacra.
> El maíz y la mandioca eran los cultivos más comunes.
> Al principio sólo se utilizaban palos de punta, los vira cuá, luego palas, azadas, picos y otras herramientas fabricadas en rústicos hornos con hierro obtenido de la piedra itá curú, tan frecuente en la zona; y posteriormente, arados también de ese material que reemplazaba a los de madera y otros instrumentos.
> Vinculados con el trabajo y la producción surgieron las expresiones más genuinas de esta etapa; el Abá mbaé, el Tupá mbaé y el Taba mbaé, o sea respectivamente, la "propiedad individual", o propiedad del indio; la "propiedad de Dios"; y la "propiedad del Pueblo".[14]

Y vinculado a la aceptación e incorporación de este sistema tan original que rigió el trabajo y los bienes durante toda la historia de las misiones guaraníes, los jesuitas introducen un nuevo instrumento para el manejo de la "cosa pública", y que, por eso mismo, tendrá en el futuro una gran relación con el sistema de propiedad que estamos viendo: me refiero a los cabildos. Éstos llegaron a funcionar dentro de cada reducción organizando y delimitando los sistemas de propiedad. El taba mbaé era directa y democráticamente administrado por los cabildantes, porque éstos representaban los intereses de la comunidad. Es de imaginar la importancia que adquirirían nuestros cabildos, una vez que los sacerdotes de la Compañía tuvieron que ausentarse en cumplimiento de la Orden Real de Carlos III.

El régimen de propiedad mencionado estaba directamente vinculado a la organización y división del trabajo. Tomemos un ejemplo. Cinco días se trabajaba en el abá mbaé. Y todo lo que allí se producía estaba destinado en su totalidad al consumo del hogar del indio. Pero si bien esto era así, no por eso el concepto de utilización particular era absoluto e ilimitado.

Ya que cada familia –así lo establecieron las disciplinas directivas– sólo podía reservarse para el consumo de dos o tres meses.

Si después de hacer el primer reparto llegaba a existir algún sobrante, ese sobrante no podía ser tomado por ningún particular.

14. Cambas, A. *Op. cit*. Pág. 26.

Por el contrario, era rigurosamente guardado "en los almacenes, bajo el rótulo y envase, de donde se lo iba retirando conforme a los requerimientos de los particulares".

Pero existían otros predios que no eran propiedad particular, donde también trabajaban agricultores para el beneficio de la comunidad: era el Tupá Mbaé, o "propiedad de Dios". Pero ¿cuál era la característica fundamental de este tipo de propiedad, que a su vez coexistía con las otras dos mencionadas?

La principal característica estaba en el destino que se le daba a los bienes que eran producto de esa actividad. Eran destinados generalmente para beneficios de la Iglesia, gastos de obras religiosas y en todo lo que se refería a beneficios espirituales: sacramentos y misas, procesiones y bautismos, etcétera. En general, en todos los elementos del culto que pudiesen ser necesarios.

La otra forma de propiedad era el Taba Mbaé, "la propiedad del pueblo", siendo ésta, en nuestra opinión, la más importante, ya que entre ellas se contaban las principales producciones que rodeaban a los pueblos.

Como resultado del concepto mismo de este sistema productivo, lo que producía en el Tabá Mbaé, o "cosa del pueblo", estaba destinado al sostén de las instituciones civiles, a las necesidades generales de la población, al mantenimiento de todo tipo de servicio asistencial "y demás cuestiones vinculadas con la vida, el mantenimiento y el desarrollo de la comunidad".

Los predios y estancias se ubicaban alrededor de los pueblos. Pero existían también puestos y estancias alejados de las poblaciones. En la provincia de Corrientes, al oeste del Iberá, en las Misiones Orientales y en la Banda Oriental, estaban asentadas muchas de esas estancias administradas por los cabildos de las misiones.

> En esos predios, los mboyá labraban, cultivaban y cosechaban bajo la dirección de alcaldes menores que, en caso de desobediencia, incumplimiento o falta, como el ocio, hurto, abandono, etcétera, aplicaban sanciones consistentes habitualmente en azotes.

Don Aníbal Cambas nos deja una precisión de importancia:

> El trabajo en los yerbales, y en los campos de ganado, estaban comprendidos en el Tabá Mbaé.

> Sobre la base de esta triple fórmula de regulación del trabajo y de la producción y destino de sus frutos, en cuyo contralor nunca estuvo ausente la celosa y hábil directiva jesuítica, se obtuvieron resultados que permitieron alcanzar progresos y experiencias notorios, señalándose como exitosa la faz funcional del régimen comunal implantado al punto que, al cabo de siglos, constituye la base informativa de importantes explotaciones actuales.[15]

Es que la organización económica de las misiones trajo resultados sorprendentes, sobre todo si se compara con la encomienda y la mita. La participación de los mismos guaraníes en muchos de los aspectos fundamentales de la construcción de esta nueva sociedad, les hacía sentir como propio el resultado benefactor que obtenían. Y si bien el comercio con otros lugares alejados, como Córdoba o Buenos Aires, estaba a cargo del Paí Tuyá y del Paí Miní, verdaderos gobernadores espirituales de cada reducción, el Cabildo, sin embargo, compuesto por naturales, tenía entre sus importantes atribuciones toda la vigilancia sobre el trabajo comunitario, es decir, sobre el Tupá Mbaé y Tabá Mbaé.

Y si bien a esas reuniones del cabildo podía asistir el Paí Tuyá, no por eso se puede afirmar que los indios guaraníes nada tenían que ver con el gobierno de los pueblos y el destino de sus bienes y familias. Con sólo recordar –a quien haya asumido como propio ese concepto– que en cada ciudad misionera, habitada a veces por dos, tres y hasta cinco millares de indígenas, solamente vivían dos sacerdotes, y nada más que dos, ya no resulta necesario insistir sobre el tema.

Después de la expulsión ordenada por Carlos III en 1767, las misiones comenzaron una marcada decadencia. Ninguna de las medidas que se tomaron con posterioridad pudieron siquiera asemejarse a la organización, progreso y orden que existía en aquellas ciudades laboriosas, que no habían conocido ni la pobreza, ni la riqueza personal, puesto que nadie podía atesorar ganancias individualmente. Ni siquiera los caciques, que según hemos visto, pudieron tener algunas prebendas, podían llegar a ser socialmente ricos.

15. Cambas, A. *Op. cit*. Págs. 35-36.

Y toda aquella sociedad, que quedará en la historia como un ejemplo de organización humanista y solidaria, se fue desintegrando paulatinamente. Algunos indios, ante las invasiones portuguesas que volvían, se escondían nuevamente en la selva, ya que la necesidad de la defensa de la propia vida los hacía saltar hacia atrás. Sin embargo, los otros casos registrados en el proceso de dispersión de las misiones, algunos símbolos culturales, fundamentalmente instrumentos musicales, que representaban el nivel cultural que se había logrado en las misiones, fueron llevados por los guaraníes hacia los poblados mestizos.

Así fue que cuando comienza el siglo XIX, las antiguas reducciones estaban más que en franca decadencia. Parecía –y hasta cierto punto lo era– una sociedad abandonada, sobrevivida a sí misma en el tiempo. Pero al irrumpir el movimiento artiguista en la segunda década de ese siglo, con las masas rurales del Plata siendo su principal protagonista, detrás de Artigas, y expresando el ala más plebeya y radicalizada, cabalgarán los indios misioneros.

Y cuando el Protector de los pueblos libres comienza a dar forma orgánica a la Confederación paisana de sus gauchos, Andrés Guacurarí, el caudillo misionero, Comandante General y Gobernador de las misiones ahora, volverá a recomponer y vivificar, por el papel protagónico que en su gobierno jugaba su pueblo, dentro de la nueva posibilidad histórica que significaba el artiguismo, las formas organizativas de las viejas misiones guaraníes.

Ausentes ya los sacerdotes de la Compañía, el Tupá Mbaé pasará a estar incluido dentro del Tavá Mbaé, y por lo tanto, administrados todos esos bienes por los cabildos integrados por naturales, que durante el gobierno de Andresito, vuelven a funcionar normal y regularmente.

Éste es un aspecto central y poco mencionado. En efecto: Andresito, al revivir el sistema social y político de las misiones, incorporadas ahora a la Confederación artiguista, organiza los yerbales y las estancias de "La Patria". La antigua "cosa del pueblo" o Tabá Mbaé, pasa a ser, en este momento histórico, el sistema generalizado como tipo de propiedad y como forma de producción.

Y en ese orden social de la nueva provincia federal de las misiones, hundía sus raíces en algo muy lejano y profundo. No sólo en la histórica organización jesuítica, que fuera una de las formas de conquista de América, sino que, *a través de ella, renacía la vieja, la muy antigua organización guaraní propiamente indígena, existente antes de la llegada de los conquistadores.*

De esta manera, se produce el grandioso proceso en el cual una organización social en formación, como era la guaranítica precolombina, se sobrevive a sí misma en el tiempo, a través de determinadas circunstancias históricas que se lo permiten. Primero, con la organización de la orden misionera, y la aceptación dentro de ella de estas instituciones sociales indígenas; luego, cuando el autogobierno de los indios, bajo el Comandante Andresito, en el seno de la Confederación popular artiguista.

Y de la misma manera, una y otra vez, cuando la organización de la Compañía y cuando el gobierno indio de Andresito, en ambos casos, cuando aquellas circunstancias se vuelven adversas y, por eso mismo, les cierran un cerco histórico, las comunidades guaraníes como tales se debilitan, se desintegran y se dispersan.

Y en ese cerco histórico que decíamos, ese volverse adversas las circunstancias que mencionábamos, era, en lo profundo del drama, el contraste histórico que se daba, entre el tipo de organización económica solidaria, comunitaria y aislada, en el seno de un mundo que marchaba en sentido contrario. Y de aquella economía basada, fundamentalmente, en la reciprocidad y en la propiedad colectiva de la tierra, en el momento mismo del desarrollo histórico del comercio, la industria y el capitalismo, y por lo tanto, de la riqueza privada y el concepto de progreso personal, estaba, por esas mismas razones, condenada.

Aquellas experiencias sociales sólo fueron posibles, la primera, por la soledad histórica del continente desconocido, soledad que era el resultado de las todavía insuficientes fuerzas mundiales en desarrollo; y la segunda, la populosa provincia misionera de Andresito Artigas, con sus ganados orejanos de la Patria, donde no fue necesario mandar la ley agraria de 1815 porque ya estaba aplicada desde hacía siglos, sólo pudo existir en el impulso histórico del poder popular del artiguismo, "donde los últimos eran los primeros", en el calor, en la turbulencia, en el signo y el contenido que Artigas le dio a esta parte del levantamiento americano.

Y así fue. Porque las dos experiencias sociales mencionadas, la de las viejas misiones y la del gobierno indio, en el marco histórico del proceso de hierro del siglo XVIII y del siglo XIX, que marcan el ascenso del capitalismo en el mundo, no podían tener otro destino que el que tuvieron.

LA DISPERSIÓN DE LAS MISIONES EN NUESTRA CONFORMACIÓN CULTURAL

El proceso de dispersión y migración generalizada que sufrieron las misiones no será ajeno a la conformación histórica de la cultura criolla.

La dispersión comienza con la expulsión de los jesuitas en 1768. Pero será lenta, permanente y prolongada. Seguirá durante gran parte del siglo XIX.

Muy pocos volverán a la selva, según hemos señalado. Pero no todos seguirán ese camino. Cada pueblo tendrá su historia y cada jefe de grupo señalará un camino para los que le siguen. El pueblo de Loreto, por ejemplo, emigrará en masa de las misiones en 1817, cuando la guerra de resistencia de Andresito contra los portugueses, y no participará de la misma.

Acosado entre dos fuegos, las pequeñas invasiones del Dr. Francia, por un lado, y los ejércitos del Imperio Portugués por el otro, el pueblo de Loreto emigrará hacia el poniente, a pie, caminando solamente de noche para no ser visto ni escuchado; pasará la tranquera de Loreto, dará vuelta por arriba del límite norte del Iberá, y se colocará en el oeste de los esteros gigantescos como lugar apartado de los ejércitos en guerra. Allí, esos mismos guaraníes fundarán los pueblos de Loreto y San Miguel en la provincia de Corrientes, en el mismo lugar en que se encuentran ahora. Más tarde el Gobernador Ferré los reconocerá como pertenecientes a la guarnición de Cabildo de San Juan de Vera de las Siete Corrientes.

Otros grupos en distintas épocas emigraron al norte de Entre Ríos, a los alrededores de la ciudad de Corrientes o a los poblados de la Banda Oriental. Moussy encuentra en la segunda mitad del siglo XIX pueblos guaraníes que, habiendo vivido en el territorio de la actual provincia de Misiones, habían cruzado el Paraná y se instalaron en el actual territorio paraguayo.

Y la emigración, como ocurre siempre en estos casos, trasladó consigo la cultura viviente, que se amalgamó en las misiones durante dos siglos.

Los testimonios son innumerables. Así en todos los pueblos y ciudades que recibieron esa dispersión, aparece siempre un guaraní de las misiones vinculado a un hecho transmisor de cultura. Si una niña del siglo XIX estudia música, ya sea en Corrientes o Entre Ríos, el maestro será sin dudas un indio de las misiones. El padre Furlong documentará muchos y reiterados ejemplos en su obra.

Así ocurrirá con los maestros, herreros, talabarteros, carpinteros, peones de las estancias del Tabá Mbaé, diestros domadores y enlazadores. Y sobre todo, músicos. Porque el guaraní será inseparable de la música.

Las melodías fueron formas de atracción que los jesuitas emplearon para la incorporación de los naturales a las misiones. No todas las culturas actuaron de la misma manera frente a la música.

El guaraní fue cantor, compositor, constructor de instrumentos musicales, integrante y organizador de coros. El pentagrama no tenía misterios para el guaraní de las misiones.

Antes de la llegada de los misioneros el guaraní ejecutaba músicas dulces con instrumentos que le habían arrancado a la selva, allí donde ella conservase un sonoro secreto.

El mymby, la flauta dulce en sus muchas variantes; la maraca, que jugará un papel fundamental en la evolución musical de los guaraníes. Primero era prendida a la cuerda del arco guerrero, al que le arrancará sonidos nuevos. Luego, en su tamaño más grande, tendrá una o dos cuerdas, y será el gualambau, la guitarra india que le brindaba sus primeras melodías.

¡Cómo habrá mirado el guaraní la llegada de la guitarra andaluza!, con la misma forma de una calabaza grande, con la misma boca, pero ya con seis cuerdas y sus inimaginables melodías guardadas.

La llamará mbaracá, haciendo referencia a su propia memoria musical, la maraca, y le arrancará melodías incomparables con otras músicas del mundo. Algo parecido ocurrió con el arpa. Pocos pueblos le sacaron a sus cuerdas las dulzuras melódicas que logró entretejer el pueblo guaraní.

Hay una situación que es muy importante señalar en el rescate de nuestra cultura regional, como región definida en el mapa de la cultura criolla latinoamericana. Si bien existen parecidas expresiones en nuestra música regional, el chamamé, la polka, la galopa, la guarania, a pesar de sus diferencias en la cadencia y la forma de interpretar el ritmo, el pentagrama es el mismo en todas ellas. Cualquiera que sepa interpretar el arpa o la guitarra se dará cuenta de la verdad de esta afirmación. Hay un definido parentesco en la composición de la expresión cultural. Y ese parentesco sólo puede ser explicado en el origen común de nuestra cultura regional, en cuanto a la música se refiere. Y ese origen común no puede ser otro que la original y populosa experiencia de las misiones guaraníes.

Esta afirmación requiere una aclaración. Desde la época fundacional hasta la emancipación no hubo, en toda la zona de la cuenca

del Plata, un foco generador de cultura de mayor dimensión que las misiones. En cuanto a número de habitantes, actividad productiva, participación colectiva, diversidad de la variedad profesional, producción artística específica, ninguna ciudad de la época podía ser comparada con las misiones jesuíticas.

En toda la región de la cuenca no había conglomerados humanos donde funcionaban imprentas y coros, poetas y músicos, pintores y tallistas, dibujantes y cantores, realizando esa actividad como respetada forma de vida. Salvo en las misiones guaraníes. Por eso allí está el origen de nuestra música, tan definida, con tanta personalidad, que se dispersó en la región con los hombres que la portaron, adquiriendo durante el tiempo las innovaciones naturales que las generaciones le van agregando. Ésa es la causa del parentesco estructural de nuestra música regional.

Y ella viajó con los hombres que se dispersaron de las viejas misiones, pasando desapercibidas durante mucho tiempo y reapareciendo, del campo a la orilla, de la orilla al centro, recién durante las distintas épocas del presente siglo XX.

Y esa dispersión fue el origen de la conformación de un tipo cultural definido, el criollo del Plata, Gaucho o Gauderio, con su escala de valores firme y clara, vigente a pesar del tiempo, e importante como posibilidad de proyección como pueblo en el siglo venidero.

Y esa escala de valores implicaba el desdén al valor económico, el culto al coraje, la fe en sí mismo, la sobrevaloración del hombre en aquella sociedad, la entereza y la solidaridad.

No estaba ausente en esa escala, la calidad donjuanesca del tipo criollo y el hombre de las misiones tampoco era ajeno a esa escala viviente que se daba y se da en todos los sectores sociales de la América criolla.

En un memorable trabajo sobre la Disolución de las Misiones, don Edgar Poenitz nos deja una página con un interesante testimonio:

> Muchos de los desertores abandonaban sus familias y se iban con mujer ajena, y en sus lejanos lugares de asentamiento no pocas veces protagonizaban delitos de carácter “pasional”, como diríamos hoy.
> No resisto la tentación de relatar un episodio muchos años después, que resulta significativo, al par que admirable en algún aspecto. En enero de 1838 llegó a Concordia, donde vivía su anciano padre, el indio Andrés Celedonio, que había sido soldado

> en Mandisoví. Fue enviado preso a Concepción del Uruguay... por haber sacado de su casa a una muchacha, de allí lo mandaron a Buenos Aires y destinado como soldado a la campaña de las Pampas; desertó de las inmediaciones de Bahía Blanca y solo de a pie, regresó por Santa Fe a Entre Ríos. Una vez pasado el Paraná logró que le facilitasen un caballo con el que se presentó en Concordia. Reincorporado al servicio dos meses después el Comandante Urdinarrain informaba sobre él: "Hace siete días que se me desertó del piquete Andrés Celedonio, el que vino de Bahía Blanca, llevándose consigo una mujer de este vecindario, y según noticia que he adquirido, se dirigía a Villaguay".

Y nos sigue diciendo:

> Todo lo que antecede viene a cuento porque pretendemos demostrar que la decadencia y disolución de las misiones guaraníes de ninguna manera significó a la postre un genocidio y desaparición de la raza aborigen.
> La raza misionero-guaraní no se extinguió. Aunque las escasas ruinas de sus pueblos son pálidos pero elocuentes testimonios de la brillantez de los logros materiales obtenidos bajo la dirección de los jesuitas; aunque se alejaron voluntaria y obligadamente del terruño natal, dejando baldías sus propias tierras, el etno misionero se disolvió entre la población blanca o mestiza, produciendo un entremezclamiento etno-psico-cultural que en muchas zonas de la cuenca del Plata ha producido una cultura y forma de vida etno-folk aún hoy perceptible.[16]

El hombre de las misiones llevó consigo durante su dispersión la escala de valores que se trasuntaba en conducta típica que identificaba e identifica a importantes aspectos de nuestra cultura criolla. Vigente y firme como hace más de un siglo, las misiones enriquecieron y configuraron los aspectos regionales de la identidad cultural de la América criolla.

16. Poenitz, E. *La dispersión de las Misiones Guaraníes*.

CAPÍTULO VII

EL NUEVO ATAQUE CONTRA LOS PARTICULARISMOS CULTURALES. NUESTRO DESAFÍO CON EL SIGLO XXI

El concepto de cultura que fue emergiendo del proceso de conocimiento general de la sociedad, trajo nuevas conclusiones, entre las cuales, la diversidad y el relativismo cultural se encontraron aceptados como criterios y puntos de partida en cualquier análisis. Una cultura no era superior a otra, sino que cada una tenía aspectos que podían superarse recíprocamente. No podía existir una civilización y una barbarie, en la perspectiva de una evolución iluminista, sino que cada cultura era específica y particular, sólo igual a sí misma, y toda óptica de análisis tenía que tener ese punto de partida.

El concepto de que cada cultura era sólo igual a sí misma pasaría a tener una importancia cardinal y básica para la vida de los pueblos. Porque si cada pueblo mantenía firme su cultura y los habitantes vivían y se desenvolvían libremente dentro de ella, estarían dadas las condiciones para el ejercicio de la Soberanía Cultural, y esto pondría en peligro cualquier sistema de dominación de un pueblo sobre otro. No en balde, los propios analistas de los EE.UU. habían llegado a la conclusión de que la causa fundamental de la derrota de sus tropas en Vietnam había sido, precisamente, la imposibilidad de dominación cultural sobre los pueblos que combatían.

Esa imposibilidad trajo como consecuencia una conducta aguerrida e intransigente, que no habría ocurrido si esos pueblos hubieran estados dominados culturalmente. Ya que nadie combate contra quien admira, la transferencia de valores a los pueblos sometidos se hacía imprescindible para poder lograr una victoria militar. Por lo visto, la cuestión no carecía de importancia.

Los particularismos culturales aparecían como escollos en los planes de los poderes dominantes. Y son, hoy en día, objeto de

análisis y preocupación para los centros mundiales de dominación. Hay que borrar los escollos, diluyéndolos.

Se trata, por lo tanto, de hacer desaparecer paulatinamente los particularismos culturales y de imponer, sutil e inteligentemente, un proceso mundial de universalización de la cultura. Existe ya una nueva bibliografía escrita en ese sentido y con esa dirección.

Se trata de demostrar que el hombre es igual en todos lados y que las culturas y sus identidades son cuestiones circunstanciales, superables al fin en y por la historia. De esta manera habría una traslación permanente de valores del centro a la periferia que tienda a la homogeneización total de los pueblos en forma paulatina, proceso éste que para los centros mundiales de poder tiene que lograrse en estas décadas de traslación del siglo XX al siglo XXI. ¿Podrán lograrlo?

Este proceso indica la desaparición paulatina de particularismos culturales; la sorna contra la identidad, salvo que una cultura, aunque idéntica, demuestra síntomas evidentes de estar condenada por su falta de posibilidad de resolver los problemas que el siglo le plantea. En ese caso, la cultura condenada es exhibida, publicitada, permanentemente mostrada, con el evidente objeto de demostrar que una supuesta identidad exagerada es una especie de condena social, que sólo puede servir para hacer desaparecer una cultura.

La televisión y la radio en general, las películas y las series televisivas, las revistas y los principales diarios de los países de Occidente, transmiten todos los días un mensaje tácito que lleva implícito el concepto del éxito: el héroe individuo, el yo como el centro de la historia, y el confort como único norte a alcanzar por todos sus habitantes.

Se trata de romper con esto, en nuestro caso latinoamericano, la invisible y antigua red de lazos solidarios de los pueblos mestizos y cristianos. Hasta los juegos infantiles trasmiten ese mensaje.

Las distracciones de las computadoras, la violencia de las películas, donde el individuo además de aparecer como enemigo del hombre, puede y logra resolverlo todo.

Todo está hecho para que el egoísmo se imponga sobre la solidaridad, el lujo sobre la austeridad, el ego sobre el ser social, y la indiferencia y la satisfacción individual sobre las necesidades colectivas de los humildes. El plan está en marcha y basta sólo leer una revista conocida o prender el televisor para comprobarlo.

En muchos casos ya ha causado estragos, pero todavía no es tarde para defendernos. ¿Pero qué importancia tiene la identidad cultural en esa lucha que debemos entablar para existir?

En primer lugar, ser nosotros mismos. Pertenecerse. No es lo mismo tener conciencia de esa situación, que no tenerla. Así como no es lo mismo conocer o no conocer lo que nos distingue.

Tener identidad es comportarse colectivamente de una manera típica y distinta. Tener una fe, una escala de valores que se trasmite en conducta colectiva. A través de esa conducta un pueblo expresa su sentir, sus creencias y tradiciones; su canto y su baile, sus comidas típicas y sus mitos, ya que eso conforma la identidad de un pueblo.

Por eso la identidad

> es un factor de síntesis viva y original, anima y sostiene la voluntad colectiva, suscita la normalización de los recursos interiores para la acción y transforma los cambios en innovaciones creadoras. Es siempre una conciencia participante, yo soy porque somos, que contrasta con el hiperindividualismo postmoderno. La identidad se halla en la base de la problemática del desarrollo, pues el desarrollo sólo es eficaz si descansa en la voluntad de cada comunidad y si expresa realmente la originalidad de una Nación.
>
> Desde allí –desde ese marco geocultural– más allá del aislacionismo y el chauvinismo excluyente, es posible recibir el aporte de otras culturas.[1]

Decíamos anteriormente que las características de nuestro ser cultural, fundamento valorativo de nuestra identidad, es que, como latinoamericanos, somos un pueblo cristiano, filosófica y humanamente cristianos; solidarios, natural e históricamente solidarios y sobre todo mestizos, cultural y étnicamente mestizos. Cinco siglos de mestizajes hicieron que esa fuera una de las principales características de nuestra identidad. Toda persona nacida y criada en cualquier lugar de Latinoamérica no es indio ni es europeo.

Debemos asumirnos como un nuevo tipo cultural en el planeta. Un hombre que todavía cree en la posibilidad de una sociedad solidaria.

1. Azcuy, E. *Postmodernidad, cultura y política*. García Cambeiro. Buenos Aires, 1987. Pág. 9.

Que recibió la riqueza de innumerables culturas y que logró la síntesis del ser cultural latinoamericano, "la raza cósmica" de José Vasconcelos.

Pero ¿cómo pueden los centros de poder mundial descomponer una cultura como la nuestra?

En primer lugar, la identidad es un requisito fundamental para cualquier proyecto de sociedad futura. Todo cambio necesita saber, primero, quiénes somos. *Pero con la sola identidad no basta para que una cultura perdure en el tiempo. No es tan sencilla la cuestión.*

No siempre los imperios que pretenden homogeneizar las culturas, están en contra de todos los particularismos culturales. *Solamente tratan de que sean disueltas las identidades que pueden ser un punto de partida de la construcción de naciones poderosas.* El caso de Latinoamérica es bien claro al respecto.

No se podría permitir la aparición de otro Japón, que supo combinar la tradición con la Revolución Tecnológica, lo antiguo con lo moderno.

Es decir, sólo son peligrosas, para los imperios, las culturas que tienen capacidad de resolver los problemas que el siglo les plantea. Sólo ellas sobrevivirán. Ése es el segundo desafío. Al mantener y fortificar nuestra identidad cultural habremos ganado la mitad de la batalla. Pero sólo la mitad. *La otra mitad depende de la capacidad de una cultura de adaptarse a los tiempos que llegan y resolver los problemas que los nuevos tiempos nos plantean.*

Por el contrario, cuando existe una cultura con una identidad definida, fuertemente conservada, pero con un total desconocimiento del conjunto de problemas fundamentales que contiene el siglo, situación ésta que lleva a una condición de condena irreversible, esta cultura es exaltada, defendida y hasta exhibida en forma privilegiada, como ciertas culturas africanas o australianas, o como en el caso de los guayakíes del Paraguay o algunas tribus amazónicas. A estas verdaderas culturas condenadas se las exhibe como un ejemplo de cómo la identidad fortificada lleva al aislamiento y la extinción.

Es decir, no siempre la identidad es atacada, sobre todo si está perdida de antemano. Como decíamos hoy, lo que no se permite es un particularismo cultural, *si en él se puede asentar el desarrollo de una Nación poderosa como Iberoamérica.*

Fortificamos nuestra identidad, sin cerrarnos. Prepararnos para las transformaciones que el mundo nos prepara y desafía. De esa doble actitud depende nuestro destino.

> Querer ser uno mismo no significa cerrarse a los demás. Urge buscar las pautas de interacción y conciliación entre las técnicas y las culturas.
> La identidad contribuye a fortalecer la diversidad. En todos los casos la implementación de una tecnología es un fenómeno de la cultura.
> De ahí que muchos argentinos, si bien aceptamos el pluralismo y afirmamos el diálogo de las culturas, desconfiamos de la subcultura informatizada y aspiramos a construir un modernismo que nos sea, en alguna medida, propio. Esta ambición supone la realización de un esfuerzo para extraer de nuestra cultura las dimensiones creadoras. Lo económico no puede constituir el único término medio en materia de desarrollo. Si bien es preciso participar activamente en el mundo, nuestra identidad cultural debe orientar y humanizar el crecimiento económico y el progreso técnico. De esa perspectiva es importante actuar en la comunidad internacional sin perder de vista el "pensar desde América".[2]

Pero, ¿cómo es eso de desarticular y diluir nuestra cultura? Una cultura puede disolverse en el tiempo histórico, dispersarse como voluntad común, como pueblo consciente de sí mismo, perder su dinamismo, y transformarse en habitantes simples, sin sentido de conjunto y ausentes de sí mismos.

Las técnicas de comunicación social hoy día pueden, con tiempo y meticulosidad, transformar el pueblo, en el sentido cultural de la expresión, en un conjunto de consumidores de nuevos supermercados, sin conciencia de pertenencia alguna. Ese es el objetivo. En el caso de América Latina, la tarea se está desarrollando cotidianamente.

Podríamos decir que una cultura popular con identidad, conciencia propia y rasgos definidos, como la cultura criolla latinoamericana, quiere ser transformada en una subcultura de masas, uniformante, universalista, donde nuestro ser cultural desaparezca, se diluya en otros valores y otros estilos de vida, impuestos sutilmente a través de los medios de comunicación constantes que transmitan valores extraños, que van penetrando en nuestra niñez, adolescencia y juventud. Así nuestra cultura y sus valores se van desdibujando,

2. Azcuy, F. *Op. cit*. Pág. 9.

filtrando en medios de nuevas conductas y pautas, hasta transformar a cada uno de nuestros hombres, en extraños dentro de nuestro propio medio.

Así, un pueblo consciente de su cultura puede llegar a ser sencillamente gente sobre la tierra, cada vez más ancha y ajena.

Ése es el objetivo de la cultura de masas. Como dice Azcuy:

> Ciertos centros de irradiación no cesan de proyectar modelos y paradigmas. Se universaliza y transnacionaliza sin pausa un determinado estilo de vida y un proyecto de sociedad. El modelo socio-cultural de consumo tiende a impregnar progresivamente a todas las culturas humanas alcanzadas por la industrialización y la proliferación urbana. En un mundo cuya población crece a razón de casi mil millones de habitantes por década, el proyecto de modernización tecnológica no posee como objetivo propender al desarrollo integral de la persona, ni a promover una equitativa distribución de la riqueza. De Karachi a Bogotá, de Singapur a Buenos Aires, se propone como modelo de vida una subcultura de masas que tiene a uniformar y empobrecer, bajo la aparente multiplicidad de opciones. De esta manera se tiende a crear un hombre "unidimensional" y se marginan los rasgos propios de las culturas autóctonas.[3]

El caso de América Latina es bien claro.

Decíamos que nuestra cultura era fundamentalmente mestiza, cristiana, solidaria, colectiva y subyacentemente solidaria.

De lo que se trata es de descomponer el todo en sus partes componentes. Exagerar cada una de sus partes hasta descuartizar el todo. Anteponer cada parte al conjunto, es decir, nuestra cultura viviente latinoamericana tiene viabilidad y posibilidad histórica.

Pero exagerando cada una de sus partes, a la solidaridad antigua y criolla de la gauchada nuestra, se la riega con un izquierdismo clasista exacerbado, donde la explotación es la única injusticia y el esquema de las clases la única metodología para explicar la sociedad.

A nuestra antigua religiosidad popular que permitió la aceptación y el enriquecimiento del cristianismo, que nos fortificó en la unidad religiosa de América Latina, se la utiliza para fomentar las

3. Azcuy, R. *Op. cit*. Pág. 10.

más diversas y extrañas sectas religiosas, todas ellas muy bien pagadas, defendidas y difundidas todas desde EE.UU., que no tienen otro objetivo que quebrar, en cuantas partes puedan hacerlo, la unidad religiosa de América Latina.

Y a nuestro ser cultural mestizo, esencial y fundamentalmente mestizo, como somos los hijos de Latinoamérica, nos parten en sus dos componentes: el hispanismo intransigente y el machacado indigenismo, defendido por las oligarquías latinoamericanas, fomentado y mantenido, precisamente, por los grandes centros de poder mundial que niegan la existencia de los latinoamericanos como integrantes de una cultura viviente. *Es claro: les conviene que los propios latinoamericanos se piensen a sí mismos como un mosaico de culturas*. Ochocientas o novecientas culturas serían la perfección histórica proyectada de los veinte Estados ficticios que nos impusieron en el siglo XIX.

Este indigenismo, tan de moda en las empobrecidas universidades de América Latina, no es nuevo sin embargo. Lo dijimos ya, pero es necesario remarcarlo en este momento. Nació este indigenismo en los días que siguieron al descubrimiento, cuando Inglaterra luchaba contra España, emergiendo lentamente hacia el dominio del comercio internacional. Estaba muy preocupada del trato que los ibéricos les daban a los indios, de la explotación que se había instaurado en América, en el mismo momento en que en Nueva Inglaterra se aplicaba la política del exterminio, a sangre y fuego.

Esta versión se renovó incesantemente a través de los tiempos. Fue la ideología inglesa de la leyenda negra, que acompañaba a la lucha militar contra España.

En todo momento sirvió para que los latinoamericanos tiendan a renegar de su origen mestizo, desubicándolos en el tiempo y en el espacio, impidiendo la recuperación de su verdadera memoria histórica, arrancándonos del contexto concreto de nuestra sociedad mestiza y haciendo andar a muchos sin brújula, rumbo ni destino.

Así podemos ver actitudes que no dejan de ser pequeños espectáculos risueños, típicos de los países culturalmente sometidos; estudiantes rubios indigenistas, que no asumen su realidad mestiza; mestizos disfrazados de indios puros, exigiendo la devolución de la plata de Potosí, e indios gordos que viajan a Europa permanentemente, pagados por los centros mundiales de poder, con prensa cara y fina, embarcados todos en el callejón sin salida del indigenismo a ultranza.

Esta ideología, que invita a recorrer un camino imposible y sin retorno, sólo cumple la función de desmembrar la cultura criolla, que, lógicamente, tiene en su seno, su pasado y su presente, un gran porcentaje de cultura indígena.

Como decíamos anteriormente, a ese importante componente indio de nuestra cultura, tan importante que no existiría nuestra cultura sin ese componente, se lo exagera y antepone colocando la ideología indigenista como alternativa válida. No sólo sirve para quebrar nuestra cultura verdadera, sino que impide que la entendamos, la racionalicemos y la asumamos para defenderla.

Todas esas variantes mencionadas, más la del súper-ego-hombre, son difundidas desde los centros industriales del mundo como cultura de masas, en sus distintas facetas, teniendo como único objetivo verdadero el ataque a los particularismos de los pueblos de la periferia.

No quería terminar este punto sin volver a citar a Azcuy en un pasaje insustituible. Nos dice:

> Los países desarrollados generan una verdadera tecnología asignada por la progresiva mecanización del hombre y de la vida. Como dice Marvin Minsky, las máquinas están tomando el control. Los artilugios se sitúan por encima del hombre, se ajustan a las redes informáticas. La sociedad se opaca, se aliena con fantasías electrónicas, con idiomas reestructurados. Se sustituye la lectura por la imagen y el ocio conduce al vacío. Los pensadores postmodernos no creen necesario optar, elegir, proyectar, fundar nuevos relatos.
>
> Se genera un discurso irónico que reniega del sujeto personal y colectivo y agonizan las utopías. Todo se transforma en modelos simulados, en copias paródicas y obscenas.
>
> El postmodernismo de los países noratlánticos genera un ámbito de luces y sombras. Tanto en el Oeste como en el Este los ídolos son los de Silicio. La "calidad de vida" se mide por el deslizamiento a lo privado, por el paso del individualismo limitado al individualismo total, por un narcicismo social apegado al bienestar económico y a las elecciones a la carta. Como dice Baudillard, un postmoderno particular espíritu crítico, las masas consumistas de clase media "no son más que un yacimiento opaco, ciego, como esos montones de gas estelares que no se conocen más que a través de su espectro luminoso".

No poseen sujeto, no pueden ser articuladas ni representadas. De ahí que el retrato que pintan sus filósofos –los diagnósticos del ahora– no pueden ser otro que el de la violencia implosiva, es decir la continuidad del estado de violencia expansiva que significa para Europa la modernización tecnológica.

Esta implosión caracterizada por la despersonalización de las masas, la omnipresencia de los medios y la banalización de la vida, genera un mundo horizontal, un verdadero "agujero negro" que va devorando todo lo humano. Crece la desustanciación narcisista, lo que los italianos Vattimo y Eco denominan el "pensamiento débil", el "pensamiento dulce". En este contexto, la clase política, huérfana de proyectos, anclada en sistemas grises, especialmente forjados a la medida de esa densidad implosiva, ofrece una imagen deprimida.

El hombre urbano que refleja la espiral postmoderna señala el fin del homo proletians y el nacimiento del homo psicológicus. Un hombre narcisista, forjado para protagonizar el proyecto planetario que impulsan las grandes corporaciones económicas. La vastedad de ese proyecto hace que se difumen sus contornos y se muestren como un no-proyecto.

Se ejecuta como una obra impresionante de ingeniería social y avanza encubierto por la multiplicidad y estridencia de los sucesos cotidianos. Básicamente actúa como un juego de transferencias, de sustituciones. Se trata de desraizar los particularismos culturales, suprimir la memoria histórica, fracturar los poderes económicos, erosionar las creencias, diluir las totalizaciones, desarticular, remodelar, disgregar, rearmar. Transformar el saber al servicio de una nueva técnica de la modernización. Poner en crisis el sujeto histórico. En suma, reformular a la comunidad en función de conglomerados anónimos vinculados por pautas societarias. Despotenciar a la juventud. Trivializarla e inhabilitarla para formular grandes relatos.

Y nos termina diciendo en otro trabajo el mensaje que hacemos: El hombre de la modernidad –en gran medida excéntrico a los valores y a las tradiciones culturales– ha construido una civilización tecnológica que amenaza homogeneizar las culturas, desmontar las ideologías, acallar la política y alienar y oprimir a los pueblos. No se trata, entonces, aquí, en América del Sur, de modernizar la dependencia, de copiar servilmente el desarrollo de los poderosos o de confrontarlos mediante

regresiones inviables. Se trata de saber desde qué perspectiva mental vamos a ser creadores y transformadores. Si vamos a proponer el crecimiento nacional y la actualización económica siguiendo las pautas de pensamiento y los estilos de vida que nos imponen los poderes dominantes, o si, por el contrario, vamos a impulsar la restauración de una comunidad activa y novedosa que se compadezca de la geocultura y las necesidades de los pueblos. Frente al poder transnacional y a su proyecto autoritario de "reordenamiento cultural", proponemos exaltar los particularismos, la persistencia de las identidades nacionales, la pluralidad étnica y cultural de las comunidades y su irreductible singularidad. El nuevo mundo posee una cosmovisión religante, poderosos núcleos ético-místicos que es necesario valorar; posee, asimismo, un componente occidental que permite el distanciamiento y la reflexión crítica. Contemplación y acción, comunitarismo y personalismo.
En síntesis, América del Sur debe marchar hacia la Confederación de sus Naciones, con una visión del mundo que conjugue lo instintivo y lo conceptual, que sea simultáneamente mística y racional, poética e histórica.[4]

Que así sea.

4. Azcuy, E. *Op. cit*. Págs. 14-15.

CAPÍTULO VIII

LA CULTURA, EL MERCOSUR Y NUESTRO DESTINO LATINOAMERICANO

Vimos oportunamente cuáles habían sido las causas principales de la división de América Latina. Señalamos, en esa oportunidad, que la primera gran derrota de nuestra nacionalidad en formación fue la separación de España y Portugal. Aquella ruptura insólita sólo había traído como consecuencia la futura decadencia para ambas coronas.

Decíamos también, que la acción de la diplomacia inglesa no había sido ajena al desmembramiento de Portugal, como país aparte, como aparente potencia en formación, enemiga de España.

Dijimos que allí había empezado la división de América Latina. Más adelante señalamos la debilidad estructural, económica y social de Hispanoamérica, en el siglo anterior a la emancipación. Después, la Revolución y la balcanización.

Los puertos y sus zonas de influencia desintegraron la Nación naciente, y cada región se integró sola, hacia fuera, de espaldas a la propia realidad, teniendo sólo en cuenta el comercio internacional, la alianza con Inglaterra, el intercambio económico y cultural con Europa.

Por eso nuestros libertadores, parecía que se proyectaban al vacío. Todos ellos desaparecieron a medida que se consolidaban los poderes regionales.

Vinieron luego las independencias formales de los Estados, pequeños y vencidos. Estados que, olvidando el origen histórico y cultural común, se desconocieron mutuamente, como si cada uno por separado pudiese ser viable en la historia del mundo moderno.

Vimos también que la América india estaba muy lejos de conformar un mundo unificado.

Reiteramos nuestro concepto de que América Latina nace, en su unidad, con el descubrimiento; se desarrolla y unifica como cultura mestiza, con cinco siglos de vicisitudes, muchas derrotas, pero sobre todo la pérdida de su conciencia común abandonada a sí misma, pero integrada en su división hacia fuera, cada una de sus partes aisladamente. La historia es larga y la derrota, profunda.

Pero a fines del siglo XX presenciamos, de nuevo, acontecimientos que conmueven a la América Latina entera. El Mercosur es el hecho más importante de los últimos tiempos. ¿En qué radica su importancia?

Alberto Methol Ferré, que hace muchos años viene tratando el tema de la desintegración y la integración latinoamericana, aborda el análisis del Mercosur, dándole al hecho la dimensión que tiene y resaltando el carácter clave que contiene, para el conjunto de América Latina, la unidad de Argentina y Brasil en nuestra parte de América del Sur.

Comienza destacando la causa fundamental de la balcanización, dejando al propio Bolívar, uno de los grandes protagonistas, que explique el proceso, transcribiendo la Carta de Jamaica de 1815, donde vemos la total conciencia que tenía el Libertador del proceso que vivía. Ante todo señala el colapso del centro español..., nos dice:

> España ha culminado su decadencia (arruinada en el mar por Nelson y en la tierra por Napoleón) de modo abrupto. Esa vacancia del Estado en su centro unificador rompe de improviso los vínculos entre España y las Indias. Los acontecimientos no hacen más que poner a la luz la decrepitud del centro metropolitano. Así dice Bolívar de la demencia de España de pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados... ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sí, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política?
>
> Lo que significa que España había perdido toda capacidad real de ser metrópoli, carecía de los poderes para ello, no podía ya cumplir con lo que había realizado en el siglo XVI, donde por el contrario, había tenido un esplendor desde las técnicas de la navegación hasta la milicia, desde la filosofía y la literatura hasta la teología. Todo poder auténtico en la historia en una constelación de poderes en distintas dimensiones de la vida social.

> Pero también Bolívar señala el reverso de esa vacancia metropolitana española: "De cuanto he referido será fácil colegir que América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la regencia nos declaró".
> Bolívar afirma entonces que no sólo España estaba incapaz de ser ya metropolitana, sino que la América española llegaba a la independencia súbitamente, antes de estar madura. ¿Qué puede significar para Bolívar "estar preparada para la independencia"? ¿Por qué quedamos en la "orfandad", insertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía? La respuesta es muy sencilla: porque América Latina carecía de "poderes intrínsecos" que la mantuvieran unida. Carecía de constelaciones de poderes internos que aseguraran la unidad latinoamericana. Al no haberlos, la disgregación era inevitable. América Latina llegaba a la independencia, no por madurez interna (o sea capacidad por sí de alcanzar su unidad interna, como por ejemplo acaeció con las colonias inglesas americanas, que formaron luego los Estados Unidos) sino por el colapso del antiguo régimen metropolitano. América Latina carecía de centro metropolitano interno, carecía de "poderes intrínsecos". Lo dice Bolívar expresamente. Así, el criterio de Bolívar para medir la madurez o inmadurez histórica de América Latina es bien preciso: su capacidad o no de unificarse nuevamente.[1]

Escuchamos a Bolívar aquí, Methol mediante, explicar su lúcida conciencia, y nada menos que en 1815, en mitad de la guerra emancipadora, del drama que lo tenía a él como protagonista.

Como dijimos, vinieron después las independencias menores. El ascenso de los poderes regionales. La pérdida, para el conjunto de sus hijos, de la antigua heredad hispano criolla como un todo posible de organizarse.

Cada región tenía un puerto y cada puerto era el centro del poder de esa región. En una palabra, una patria para cada mercado chico que lograba integrarse.

Dice Methol que así como en el siglo pasado esa falta de un centro, o varios centros de poder alrededor de los cuales las regiones de

1. Methol Ferré, A. *Poderes intrínsecos de Latinoamérica*. Revista *Esquiú*. 21 de abril de 1991. Pág. 29.

América hispánica pudieron reunificarse, nos dispersó en un siglo de divisiones, *este final de siglo XX nos muestra nuevas condiciones de desarrollo porque aparecen nuevas fuerzas internas en nuestros distintos países*.

Nos señala que, ahora, la cuestión de la integración latinoamericana es una cuestión de vida o muerte.

La inviabilidad de los países latinoamericanos se manifiesta como una crisis congénita, una enfermedad de nacimiento que, con el tiempo, muestra crudamente el origen de su mal. Methol lo señala muy claramente: "Sin grandes espacios de producción e intercambio, sin grandes mercados, no hay despegue industrial posible, ni oportunidades de trabajo, un mínimo de bienestar y viabilidad democrática".[2]

Y sigue así*:*

> Estamos ahora en la otra punta de la situación de Bolívar: estamos ante la crisis de la Polis oligárquica, de sus estados raquíticos imposibilitados por sí, de ninguna "modernización", que no sea dependiente, tardía y siempre limitada; a remolque, sin participar a fondo en ninguna revolución científico tecnológica. Y sólo aquellos países que tengan dentro de sí potencialidades para el despliegue de la sociedad industrial moderna, serán "los nuevos centros de poder" capaces de entrelazarse y llevar así adelante la Unificación de América Latina a la altura de los tiempos. Los otros tendrán que apoyarlos o apoyarse en aquéllos.

Methol apunta al centro de la cuestión actual retomando las grandes tareas históricas de la unificación y analizando la actualidad de América Latina. Muy bien señala, advirtiéndonos sobre la retórica latinoamericanista, verborrágica y folklórica, a la que llama "nebulosa", o "bulto más o menos indiferenciado"; remarcando que allí sólo caben la pura declamación, el infantilismo impotente, o la idiotez lisa y llana.

Porque en verdad esa versión latinoamericanista se escucha todos los días. Es una mezcla de melancolía indigenista y folklórica, a la que caracteriza su vacío de pensamiento y su imposibilidad de materializarse en nada.

2. Methol Ferré, A. *Poderes intrínsecos de Latinoamérica... Op. cit*. Pág. 30.

Methol señala como punto fundamental la cuestión del poder. Del poder propio, "intrínseco", de adentro de Latinoamérica. Y lo pone como condición: sin poder propio no habrá Latinoamérica. Y entonces hace un análisis sobre el papel que juegan cada uno de nuestros Estados en el posible proceso integrador, proceso del cual tiene que surgir –y en él se debe basar– necesariamente, un poder. Al haber poder, habrá constelación de poderes.

Su análisis tiene siempre como eje el planteo clarísimo de Bolívar, que es remarcado por Methol cuando nos subraya: "Si América Latina es incapaz de gestar y articular grandes centros de poder internos, no habrá América Latina. Si esta premisa no la tenemos clara, es que no queremos pensar con seriedad nada".[3]

Nos aclara luego que todo centro de poder contiene un hecho cultural, son cultura. Y por lo tanto, para hablar de poder en América Latina hay que ir al fondo histórico-cultural del problema.

Methol explica la América Latina actual, geopolíticamente. Dice que a primera vista está dividida en dos partes importantes. En el norte México, como principal centro aglutinador de esa región y allí cerca, Centroamérica y las Antillas. Hacia abajo, la América del Sur, el ancho eje geopolítico, el más importante de América Latina.

Bolívar le daba a México el papel de centro integrador del conjunto hispanoamericano, posiblemente producto de la necesidad que él tenía en realidad de contar con un centro integrador. Pero sin embargo, Methol, actualizando el problema a nuestros días, si bien le reconoce a México el papel de país más grande de la lengua castellana y le da el rol de "antemural" de los latinoamericanos frente a los Estados Unidos, señala que no está en el centro de América Latina, no es articulante:

> No puede ser por su posición geopolítica, el centro decisivo de la unificación latinoamericana. Puede contribuir de modo muy valioso y beneficiarse mucho de esa unificación desde América del Sur, pero no puede ser el principal eje dinamizador. A pesar de ser el país hispanoamericano más poderoso. Su poder lo hace frontera fecunda, pero no punto de partida de la integración.[4]

3. *Ibídem*. Pág. 31.
4. *Ibídem*. Pág. 31.

Para Methol la integración latinoamericana pasa por América del Sur. Y aquí está el Brasil, el único país que puede articular la América del Sur entera. Forma parte de las dos cuencas principales, del Amazonas y del Plata. Pero solo, tampoco puede hacerlo.

Al norte del Brasil, según nos plantea Methol, están importantes países como Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Parte del Pacto Andino.

> Pero por allí no está allanado el camino de la Integración. No hay todavía "fronteras vivientes" entre Brasil y los países del Pacto Andino. Las separan enormes extensiones casi vacías. Para que eso se articule con vigor, pasarán todavía tres o cuatro décadas, y políticas muy firmes y conscientes.[5]

Y continúa:

> En el "ala sur", por la cuenca del Plata, hay la mayor "frontera viviente" entre Brasil y los países hispanoamericanos de más rápido crecimiento. Así, el centro mixto latinoamericano –punto de partida para la integración– pasa ahora necesariamente por la alianza argentino-brasileña. Este centro mixto tiene la mayor capacidad industrial y extraordinarias potencialidades de modernización, con un mercado común de fácil intercambio y accesos, que cuenta con la zona de la Cuenca del Plata compartida con Chile como salida al océano Pacífico, constituye el cono sur bioceánico en el arranque de la Integración Sudamericana. Los hechos son así y así hay que tomarlos. Y son de importancia vital para todos los latinoamericanos. Exigen la comprensión y la colaboración de todos, pues todos estamos, a la corta o a la larga, involucrados.[6]

Methol hace una comparación, guardando las distancias, de la importancia del acuerdo argentino-brasileño, con aquél que hicieron entre Francia y Alemania y que dio luego nacimiento a la Comunidad Económica Europea. Este concepto está subrayado y remarcado.

5. *Ibídem*.
6. *Ibídem*.

Porque sin ese acuerdo no habría habido Comunidad Económica en Europa. Los ejemplos que nos da, son elocuentes.

Nos señala que, si en vez de Francia y Alemania, los acuerdos hubieran empezado, por ejemplo, entre Italia y España, o entre Bélgica y Dinamarca, Europa habría seguido durante décadas sin Mercado Común. Pero fueron los países de mayor desarrollo, y por lo tanto, de mayor posibilidad de integrar a los otros, los que iniciaron la tarea histórica y el Mercado Común fue posible.

Dando vuelta su mirada hacia Latinoamérica, Methol señala que

> Esta comparación es útil y elocuente, guardadas las proporciones. Los países pequeños de América Latina deben saberlo bien. El pacto argentino-brasileño se volverá sostén e impulso del Pacto Andino, incluso de México.
> En realidad, en el pensamiento político latinoamericano casi todo está por decirse. Es obligación de todos empezar de una vez en serio. El acuerdo argentino-brasileño es plataforma óptima de lanzamiento para ello.[7]

Es fundamental para nosotros y para completar lo que venimos diciendo en cada parte del presente trabajo, lo que allí se afirma sobre la posibilidad de un nuevo pensamiento político latinoamericano.

Incorporada Argentina a una nueva dimensión económica, esta vez latinoamericana, ingresa como sociedad a un nuevo nivel que, de alguna manera, la hace dejar de ser ella misma, al menos tal cual era hasta ahora. Desaparece la vieja Argentina de espaldas a América, sin otra vinculación externa que la dependencia. Nace, en verdad, otra Argentina. Como nace otro Brasil, otro Uruguay y otro Paraguay.

Y entonces aparecerá, sin lugar a dudas, un nuevo pensamiento político latinoamericano. Pero para que esto ocurra, debe haber –debemos hacer–, un replanteo, una puesta en cuestionamiento, de todas las premisas y presupuestos de nuestros pensamientos anteriores.

Esto es prioritario a cualquier ideología, a cualquier partido político y a cualquier proyecto "nacional". Ya que no hay proyecto nacional posible si no tiene como meridiano de su alternativa histórica, esta verdadera cuarta dimensión, que es el Mercosur. Una

7. *Ibidem*. Pág. 32.

nueva dimensión de los cuatro países que lo integran. Que no es la de ninguna de ellos por separado.

Methol, casi sentenciosamente, nos señala el camino:

> De tal modo, en la lucha por contribuir los poderes intrínsecos, el Mercosur es el acontecimiento más grande de la historia de América Latina desde su independencia en el siglo XIX. Señala el más grande giro de la historia latinoamericana desde entonces. Marca el nacimiento de una nueva época.
> Y esto es así, aunque en vez de consumarse en cinco años, tarde el doble o el triple. Poca cosa, en ritmos históricos. No haremos un proceso prolijo, como los europeos en los últimos años, lo haremos como podamos, a los tumbos, casi insolventes, víctimas de deudas usurarias, de improvisaciones, etc. Pero lo haremos. La dirección, por primera vez, está bien determinada. Los "poderes intrínsecos" mixtos añorados por Bolívar, están en gestación irreversible. Esto abre horizontes y plantea nuevos y urgentes desafíos.[8]

Y el primero y gran desafío es la capacidad que va a tener América Latina de repensarse a sí misma; como venimos diciendo desde el comienzo, de redescubrirse.

Methol dice que el nivel de la crisis del pensamiento latinoamericano es tan profundo que, en general, *nos caracterizamos por nuestra incapacidad para identificar nuestros problemas principales*. Incapacidad a la que él califica de "añeja", situación ésta que ha originado a lo largo de nuestra historia una especie de obsesión para elegir el camino de la derrota.

Y entonces nos plantea la tarea pendiente y fundamental: en el encuentro argentino-brasileño "se condensa nuestro desafío cultural principal, que pone con urgencia impostergable la revolución cultural que nos es necesaria, no ya sólo a los argentinos y brasileños sino a toda América Latina".[9] Un proceso mutuo, de interpenetración, de Argentina y Brasil, como cuestión inmediata y principal para nuestra unidad.

Y a la pregunta de si somos un mundo o dos mundos, planteo fundamental para la integración de la cultura, nos trae como respuesta

8. *Ibídem*.
9. *Ibídem*.

el ejemplo de Oliveira Martins, "el más grande historiador portugués". Partir de él, renovar nuestra visión, ver de nuevo cómo fue la historia, para no perpetuar, y vivir dentro y sin superar, el fracaso de la unidad ibérica.

Al definir nuestro ser cultural, que tiene la urgencia de pensarse a sí mismo, dice que somos "la proyección gigantesca de España y Portugal en el continente americano, vuelta mestiza". Y nos remarca a los latinoamericanos la urgente necesidad de un nuevo Oliveira Martins, pero ya no como historiador talentoso y solitario, sino como hecho colectivo latinoamericano, como pueblo pensándose a sí mismo, ingresando triunfante al siglo XXI.

¿Pero qué entenderíamos entonces por Revolución Cultural, como propone Methol, citando el caso de Oliveira Martins?

En primer lugar, un proceso de toma de conciencia. *Un movimiento colectivo en el rescate de nuestra conciencia histórica*. Fundamentalmente, conciencia de todo lo que tenemos en común los países del ahora Mercosur. Es decir, autoconciencia de la conformación y pertenencia cultural. Y en esa comunidad emergen como principales el origen común, y muchos aspectos y períodos de nuestra historia que fueron fundamentales en la conformación de nuestra cultura.

Sobre el nacimiento de la nación ibérica ya hemos hablado varias veces y no vamos a repetir lo mismo ahora. También señalamos la derrota nacional conjunta que sufrimos cuando Inglaterra logra separar a Portugal de España después de haber vivido la Patria Grande de Felipe II. Pero lo más importante es toda la historia y cultura común que existía en los países que después firmamos el tratado del Mercosur.

De las páginas de este trabajo ha surgido con claridad *todo lo común que el pueblo paraguayo ha dejado a la cultura de la Cuenca del Plata*. Ni qué decir del Uruguay, que ayer nomás conformábamos la Banda Oriental, después separada. Con el Brasil es necesario construir espacios de reconocimiento y desarrollo para pensar y repensar todo, incluido lo que obstaculizó y obstaculizará nuestro reconocimiento.

> Será necesario partir de realidades culturales ya existentes y no de proyectos abstractos, privilegiando los profundos lazos que unen los pueblos latinoamericanos con anterioridad a la constitución de los actuales Estados del continente, y que llegaron

> incluso, en numerosos casos, a vínculos familiares, especialmente en zonas de frontera.[10]
> Lo importante será la matriz en la que se combinen los diferentes elementos que conforman el ámbito de lo cultural. La variable de lo cultural en el proceso de integración cumple un papel de primer orden en la tarea de resolver la paradoja integración-diferencias, que nos preserve tanto de un universalismo abstracto, que nos sumerge en un todo indiferenciado, como de un localismo estrecho, de espaldas a los procesos globales.[11]

Lo dicho en este documento sobre el Mercosur está dirigido fundamentalmente a la integración cultural entre Brasil y Argentina.

El papel cultural de las misiones, como experiencia de los países integrantes, es fundamental para ir racionalizando los distintos momentos y elementos históricos que conforman nuestras raíces comunes.

Ese gran foco generador de cultura que fueron las misiones guaraníes, luego de la expulsión jesuítica, dispersaron un hijo de la tierra, una cultura viviente que se mezcló con los pueblos mestizos y dio una nueva síntesis: el gaucho. Coincide con esto el documento que mencionamos.

> Las llanuras herbáceas del Sur del Brasil, la casi totalidad del Uruguay, junto a la Mesopotamia y el espacio bonaerense argentino, son la región donde ha de surgir uno de los tipos culturales comunes a los tres países, el gaucho.
> José Hernández escribe su *Martín Fierro* en Santa Ana Do Libramento, en zona gaucha.
> Este prototipo que identifica al habitante de las llanuras del Cono Sur llegará a ser un símbolo para los argentinos, brasileños australes y uruguayos.[12]

10. *Documento sobre fortalecimiento institucional para la coordinación de acciones correspondientes a la dimensión cultural del Mercosur*. Coordinación: José Luis Castiñeira de Dios. Pág. 9.
11. *Ibídem*. Pág. 11.
12. *Ibídem*. Pág. 20.

Es decir, hay una gran parte de nuestro ser cultural que es común, que conforma en realidad una región, independiente y anterior a la organización de los Estados modernos que se consolidan a fines del siglo XIX. Ese tipo cultural común que integró desde abajo la cultura de extensas regiones, tenía y tiene una firme escala de valores que formó y forma parte de nuestra cultura.

La inconciencia de esa situación es parte de nuestra conciencia perdida.

De esta manera, asumir la racionalización de nuestra cultura es también abrir paso a un proceso de reconocimiento y fortalecimiento de las renovadas identidades regionales. Tenemos que convencernos de que, a partir del Mercosur, nuestras regiones culturales emergen y se vuelven a distinguir ya no sólo por la trayectoria histórica común, sino por su capacidad actual como productoras de significaciones nuevas. Y nos veremos, así, a nosotros mismos, como los dos polos de una misma civilización.

El espacio cultural es donde la gente se reencuentra como pueblo. Y esto abarca una gran cantidad de manifestaciones de la sociedad, la revolución educacional y la aceleración de intercambios; todos los niveles de enseñanza, el teatro, la filosofía, el periodismo y la ciencia que necesitamos; la literatura, los medios de comunicación y fundamentalmente, el nacimiento de un nuevo revisionismo latinoamericano. *Que ya no tenga en cuenta sus puertos, su ideología y sus intereses, ni un opuesto criollo de patria chica. Sino a América Latina toda.*

Un revisionismo del cual emerja la plenitud de nuestro ser histórico continental, donde América Latina sea el punto de partida para mirar los acontecimientos, ya que es una nueva dimensión la que nace ahora, mejor dicho, que renace.

El espacio cultural es el lugar donde afloran particularismos que nos vienen desde los orígenes. Pero, también, lejos de constituir un espacio aparte, es el lugar donde se debe articular y se articula el sentido profundo que los procesos económicos y políticos tienen para la sociedad. Es donde también se generan nuevos poderes. En ese sentido es fundamental para nuestra cuarta dimensión.

Nuestra acción como trabajadores de la cultura debe estar dirigida a la defensa de esa autonomía cultural, nacional y regional, ya que en la actualidad está siendo amenazada por los medios de comunicación transnacionales. Debemos promover y apoyar toda la participación popular posible, para que la creatividad fortifique nuestra identidad,

reafirmando así nuestra soberanía cultural. Nuestros pueblos tienen identidad. Identidad que no respeta los límites geográficos. Se sienten pueblos, viven profundamente un sentido casi religioso de pertenencia. No hay que inventarles nada. La identidad existe. Y existe por abajo y antes de las fronteras. Hay que abrir las compuertas de la creatividad. De allí emergerá más fuerte que nunca.

Y en ese camino el pueblo de los países de América del Sur se reencontrará en todo lo común que tenemos en la historia.

Debemos estar en condiciones de responder a los nuevos desafíos, creando respuestas y soluciones inéditas, a medida que surjan las nuevas necesidades. De esta manera, la mejor forma de defender, fortificar, enriquecer y redimensionar esa identidad, estará condicionada a nuestra capacidad para encontrar, desde ella, las respuestas nuevas que este nuevo tiempo de cambio nos exija.

Es aquí donde adquiere una especial relevancia la construcción de un desafío superior en el marco de la integración del Mercosur, que debe construirse también desde los espacios menores de nuestras regiones culturales, para darle sentido a las unidades estatales que vivirán una rápida transformación. Y así, provincia, región, estado y bloque integrado, tendrá un dinamismo vivo y constructivo, incorporando a los pueblos a una nueva dimensión en la historia latinoamericana.

Y en esa constelación de poderes de que nos habla Methol, habrá un verdadero poder cultural que consolidará el poder creciente de nuestros intercambios económicos y la integración de nuestras economías. Y entonces, sí, comenzaremos otra historia.

Puesto en marcha el proceso de renovación y redescubrimiento cultural en el nuevo tiempo histórico que el Mercosur nos brinda, existen sin embargo nuevos peligros que todos los días son noticias en la prensa.

Justo en el tiempo en que el Mercosur va dejando de ser sólo un tratado internacional, para pasar a ser una realidad viviente y en crecimiento, aparecen noticias sorprendentes.

El presidente de los EE.UU. ofrece a la Argentina integrarse al Nafta. EE.UU. ofrece a Chile integrarse al Nafta antes que al Mercosur. La cancillería brasileña hace declaraciones afirmando que lo mejor sería que el Mercosur negocie desde ahora para afuera como un solo bloque, y no por separado. El gobierno argentino expresa la posibilidad de integrar el Nafta. El gobierno brasileño, en este mes (abril 1995), firma un acuerdo donde se compromete a participar del Nafta en el año 2005.

¿Qué significa todo esto? ¿Todas las integraciones son iguales? ¿Se trata de incorporarnos a una integración mayor que abarque a toda América y no sólo a América Latina? En este caso ¿en qué tiempo es posible para EE.UU. ampliar el Nafta? ¿El Mercosur debe integrarse para hacer de América un solo mercado?

La cuestión no es tan sencilla, pero es fundamental para seguir adelante.

Estamos ante un problema grave que la historia nos presenta. Las noticias no son del todo coherentes y cubren con una nebulosa este tema tan importante. Para despejar el horizonte, debemos volver a Methol, que nos señala la huella que debemos tener presente ante esta cuestión clave, que hace al ser o no ser de nuestra América Latina.

El comentario, la discusión y el entendimiento de un artículo suyo, nos colocará en ese rumbo. "Una bipolaridad cultural: Mercosur-Nafta", se titula el trabajo y fue publicado en la revista *Reflexión* en mayo de 1994.

El primer punto que plantea Methol es el ambiente economicista que vive el mundo de hoy. En esta posmodernidad, como decíamos, sin utopías, individualista y eficiente, despojada de los anteriores ideales de verdad y progreso, *y cuyo único proyecto es la apoteosis de la sociedad de consumo,* el economicismo reina y se impone, sobre todas las otras visiones de la vida. Sobre todo en Europa, Japón y EE.UU. Methol nos señala lo siguiente:

> Desde el gigantesco derrumbe de la URSS entre 1989 y 1991, que cerró el ciclo de la Revolución con mayúscula –como lucha ideológica que había dominado el corazón del siglo XX–, parece que con ese mito se hubieran esfumado todas las otras cuestiones conexas, y sólo nos hubiera dejado un mundo de puros mecanismos y competencia de fuerzas económicas... La economía no sólo reina, sino que parece descalificar a lo demás de toda real incidencia histórica. Nunca como hoy el "economicismo" rige la interpretación del mundo y las conciencias. Lo demás sería patético o divertido juego de abalorios.[13]

Y continúa:

13. Revista *Reflexión*. Mayo, 1994. Pág. 18.

> En América Latina, tras la famosa "década perdida" de los años 80, cuando la decisión de los acreedores de levantar unilateral y extraordinariamente las tasas de interés de la deuda externa latinoamericana, nos vimos obligados a los más rigurosos ajustes y nos convertimos a su vez en gigantescos exportadores de capitales. En esa coyuntura brutalmente empobrecedora América Latina tuvo que negociar con los poderosos del mundo y en las peores condiciones de desunión. Todos por separado. Esta dramática y multiplicada debilidad fue generando paulatinamente la contra ola de un saludable y cada vez mayor movimiento histórico de "convergencias" económicas latinoamericanas. Hubo un nuevo impulso "integracionista" latinoamericano en agudo contraste con la atomía del período anterior.
>
> Hubieron dos olas "integracionistas" latinoamericanas: la primera tomó desde la mitad de los años cincuenta al fin de la década del sesenta; la segunda, desde la mitad de los años ochenta hasta hoy.
>
> Ahora estamos en plena segunda ola integracionista. Ésta tiene rasgos muy diferenciales con la anterior.
>
> Basta decir que fue el compromiso de Brasil y Argentina el que desencadenó la actual proliferación de acuerdos en la región.
>
> Tenemos aquí un dato esencial: el integracionismo latinoamericano está ligado en su realidad a la confluencia de Brasil y Argentina.[14]

En esta segunda oportunidad, señala Methol, de segundo auge integracionista, México impulsando una aparente política "realista" contribuye a que nazca en el norte un "polo" de libre comercio llamado Nafta.

De esta manera, el Cono Sur de América queda aislado geográfica y físicamente, está imposibilitado de vivir aquella realidad del norte, donde tres países fronterizos se organizan en una zona de libre comercio.

En el norte, el Nafta, y en el sur, el Mercosur. "Esta bipolaridad –dice Methol–, que se ha instalado de hecho en América Latina, está suscitando una nueva dinámica tensa y compleja. La atmósfera

14. Revista *Reflexión*. Mayo, 1994. Pág. 19.

dominante es siempre puramente economicista, a pesar de referencias ocasionales a otras dimensiones". Y nos dice, graciosamente:

> Un comercialismo puro con el aderezo de invocaciones genéricas a la Democracia. Pareciera que estuviéramos en el mundo de Fukuyama: la expansión de las economías de mercado y del régimen democrático como fin de la historia (y aún la sospecha del mismo Fukuyama de los signos del desfonde de la "Sociedad tecnológica imperante, asomando en el último hombre" de Nietzsche). Sin embargo, nuevas perspectivas asoman.[15]

Methol considera que este economicismo reinante es el resultado directo de la colosal desaparición de la escena de la URSS, que echó por tierra todo el arsenal ideológico que creció y sustentó a la guerra fría. Momentáneamente el mundo se quedó sin método interpretativo aceptado. "Así –nos dice Methol–, el inmediatismo economicista puede hacer la mímica suplente de la totalidad. El economicismo se filtra por la intemperie y a la vez agudiza la intemperie".

Methol va al fondo del problema analizando un artículo del conocido analista geopolítico norteamericano Samuel Huntington, director del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, que superando el análisis puramente economicista, plantea la futura fuente de conflictos en el mundo, señalando su carácter fundamentalmente cultural.

Esto es importante porque es un paso más para entender el problema. Para el analista que comenta Methol, los grandes sujetos activos del momento actual son las grandes culturas.

Esas grandes culturas o civilizaciones en el mundo actual, que se pondrían en movimiento para el siglo venidero y pasarían a ocupar el centro de la política mundial, serían siete. La occidental, la confuciana (principalmente china), japonesa, hindú, islámica, eslavo-ortodoxa y latinoamericana. La octava posible sería el África, pero está muy lejos todavía de transformarse en un sujeto activo unificado.

El norteamericano organiza esta enumeración partiendo de lo que él llama la nueva bipolaridad, desaparecida la Unión Soviética, que se da entre las culturas occidentales y no occidentales. En el análisis aclara que la cultura occidental tiene a su vez dos variantes,

15. *Ibídem*.

que serían la Europa Occidental y EE.UU., incluyendo culturalmente a Canadá, y excluyendo de la categoría a la eslavo-ortodoxa y América Latina, exclusión que le sorprende a Methol y lo señala expresamente.

La exclusión de América Latina de la variante occidental no va acompañada por ninguna argumentación. Simplemente, no estamos. Methol lo dice sonriente:

> No da ninguna razón de esa negación. Nos deja en un limbo propio, que no se sabe lo que es. Más bien parece un menosprecio prejuicioso estilo *WASP* (blanco, anglosajón y protestante) por sus vecinos hemisféricos latinoamericanos mestizos, pero que no resiste el menor análisis cultural, incluso desde los presupuestos de Huntington.[16]

Y después señala su propia concepción de las variantes actuales de la cultura occidental, que serían, la norteamericana, la europea occidental, la eslavo-rusa y la latinoamericana.

Huntington, sin embargo, nos considera un área cultural distinta y opuesta a la de Norteamérica. Esa bipolaridad cultural se encarna hoy, según Methol, en el Nafta por un lado y en el Mercosur por el otro.

Y entra de lleno al centro del problema al analizar la América Latina en movimiento.

Según el norteamericano el ingreso de México al Nafta tiene una significación mucho más profunda que la firma de un simple tratado de libre comercio. Se trata de una cuestión de fondo, es decir, de cultura.

México abandonaría así su lugar en Latinoamérica, dejaría de ser culturalmente un país latinoamericano, para pasar a ser un Estado dentro de la mayor potencia de Occidente.

Según el mismo autor, nos comenta Methol, esta aseveración estaría totalmente probada para el analista yanqui, dado que, al tener un contacto con un alto funcionario de Salinas de Gortari y tocar expresamente el tema, éste se lo reconoció. “Es cierto, pero no se puede hablar de eso públicamente”, habría sido la respuesta del funcionario mexicano. Se trataría concretamente de abandonar la identidad cultural latinoamericana para adoptar una nueva identidad que sería la norteamericana. Así de simple.

16. Revista *Reflexión*. Mayo, 1994. Pág. 20.

Pero Methol pone en tela de juicio la conclusión del norteamericano, aunque ésta esté avalada por funcionarios testigos.

Methol analiza el contexto mundial donde se desenvuelve e inserta el hecho. Los EE.UU., nos dice, si bien tienen todavía un gran poder frente a Latinoamérica, luego de la desaparición de la URSS han perdido la hegemonía del mundo. Al no estar presentes los objetivos políticos de la guerra fría, Alemania y Japón lideran económicamente zonas que antes pertenecían a los EE.UU. Pareciera que quienes perdieron la guerra, ganaron la posguerra.

En este cuadro ubica Methol el nacimiento del Nafta. Lo que implica que ese contexto le da significado. De ser en apariencia la materialización y culminación del ideario de los fundadores de la República Norteamericana, de "América para los americanos", es decir, "Latinoamérica para los norteamericanos", este Nafta es, sin embargo, el símbolo de un retroceso, de un achicamiento, de una gran disminución de objetivos por parte de Norteamérica.

Porque una cosa es, nos señala Methol, dominar las dos puntas de la isla mundial, es decir, Europa occidental y Japón, y otra cosa, mucho más pequeña, es reducirse ahora a tratar de que no se le escape Latinoamérica, Nafta mediante.

La Guerra Fría no sólo terminó con la desaparición de la URSS, sino que endeudó orgánicamente a Estados Unidos, lo dejó bastante atrás en la carrera tecnológica, le quitó el motivo de su crecimiento económico y le achicó sus zonas de influencia.

Aparte de todo esto, el supuesto cambio de identidad de México, el abandono de su ser cultural y la adaptación de la identidad norteamericana, tampoco es tan sencilla como lo piensa el yanqui.

La cuestión es mucho más compleja y profunda. México, en primer lugar, es un país poderoso desde el punto de vista cultural. Es definido, asumido conscientemente en su mestizaje, con una historia indómita y viviente, no muy lejana, de revoluciones y sacrificios, que forma parte de su escala de valores. Además, desde el Nafta y aún antes y después, busca ampliar sus relaciones hacia América Latina, fundamentalmente hacia Chile, Venezuela y Colombia.

Pero lo más importante que destaca Methol es el nuevo talón de Aquiles de los norteamericanos. La nueva situación cultural que se vive en aquel país del norte.

Ya no se trata del desfasaje orgánico de su estructura económica, que la terminación de la guerra fría puso al orden del día; ni su colocación en tercera fila en la tecnología mundial, ni su pérdida de

mercados y zonas más que de influencia, de obediencia; no: se trata del nuevo conglomerado cultural que hoy constituyen los EE.UU. Eso es fundamental para entender el mundo actual y el del futuro.

Methol lo señala concretamente: "La estructura cultural norteamericana –nos dice– no tiene ni la presunta homogeneidad ni la fortaleza que Huntington parece imaginar".[17]

Las viejas migraciones europeas y africanas fueron suplantadas por otras nuevas, asiáticas, pero por sobre todo latinoamericanas. Norteamérica no es la misma sociedad, culturalmente hablando, que hace treinta años. Se ha convertido, entre otras cosas, en el mayor país hispano parlante. Esta realidad se verá mover en las próximas décadas. "En tales condiciones –dice Methol–, hoy está en curso no sólo la redefinición cultural de México, sino la del propio Estados Unidos".

México hoy es fuerte y definido culturalmente, de manera que lo de la adopción o abandono de una cultura por otra, está en realidad por verse todavía. La historia tendrá la palabra.

A esta situación, tenemos que agregar otra, de mucha mayor importancia, sobre todo para nosotros los latinoamericanos. Son los cambios profundos que están ocurriendo en la América del Sur, que ya señalamos.

Por primera vez, decíamos hoy, Argentina y Brasil comienzan a entenderse. Que ambos países empiecen un camino conjunto hacia la unificación, integrando sus mercados, le da un rumbo a la historia latinoamericana.

Methol nos señala que por primera vez Argentina y Brasil, con el Mercosur, son un principio de "unidad latinoamericana real, no declamado. El Pacto Andino es hispanoamericano, no latinoamericano. Sólo la conjunción del Mercosur y el Pacto Andino lleva a la Unidad de América del Sur".

El hecho de que Brasil y Argentina unifiquen sus mercados marca el nacimiento de un nuevo tiempo y le da a la historia futura la fuerza de lo que significa el reencuentro con nuestras raíces. Tener conciencia de pertenencia a una cultura es reubicarse de nuevo en el tiempo y en el espacio. Pero en un tiempo que no se mide en años, ni en décadas, y a veces tampoco en centurias. Existir culturalmente, es algo mucho más profundo y antiguo.

17. Revista *Reflexión*. Mayo, 1994. Pág. 22.

Emprender la batalla cultural que necesita el Mercosur es reencontrarnos con nuestros orígenes más remotos. Antes aún del descubrimiento, cuando los ibéricos no estaban todavía diferenciados. Con el nacimiento de la América criolla y mestiza luego; pero por sobre todo, el gran período de unidad ibérica, de 1580 a 1640, casi un siglo donde germinaba un poderoso imperio según lo señalamos.

Esa batalla cultural es la verdadera "madre de las batallas". Y ha comenzado; está en nosotros ponerla en movimiento, impulsarla y profundizarla. Mucho de lo que ocurre en el futuro, depende de eso.

¿Pero y el Nafta? ¿Cómo juega aquí después de todo lo dicho? Methol nos responde concretamente yendo al fondo del problema:

> ¿Estados Unidos puede ampliar realmente el Nafta a toda América Latina? Parece que en este momento no tiene fuerzas para eso. ¿Y entonces? Quizá sea la zanahoria que necesita para desarticular el Mercosur. No puede dejar que a su flanco crezca en potencia el latinoamericanismo por sí mismo. Es elemental saberlo. Entretanto, una nube retórica disimulará los movimientos entre dos polos.[18]

Nuestro nacimiento como Mercosur ya está acompañado de nuevos conflictos. Nuestra participación dará razón de ser a antiguos sacrificios.

La historia ha cambiado y nos invita a que cambiemos. La nueva situación entusiasmante de la nueva vida que la historia nos depara, hace resonar de nuevo lejanos ecos; voces antiguas que emergen desde el fondo mismo de nuestra Latinoamérica, con su viejo dolor, con su voluntad de ser y de existir. Entre esas voces que renacen, que toman fuerzas en las nuevas circunstancias, resurge el gran poeta nicaragüense, cuando a principios de siglo, Rubén Darío nos decía:

Es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman,
que habría de llegar hasta ti, Cazador.
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y algo de Nemrod.
Eres los Estados Unidos
eres el futuro invasor

18. Revista *Reflexión*. Mayo, 1994. Pág. 23.

de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla español.
Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoi.
Y domando caballos o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de Energía,
como dicen los locos de hoy).

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción,
que en donde pones la bala
el porvenir pones.

NO

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.
Ya Hugo le dijo: las estrellas son vuestras.
(Apenas brilla, alzándose el argentino sol
Y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de MAMMON;
y alumbrando el camino de la fácil conquista
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.
Mas la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahuacoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América que
tiembla de huracanes y que vive de amor,

hombre de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, por ser por Dios mismo,
el Riflero Terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

SEGUNDA PARTE

CRISIS Y DESTINO

CAPÍTULO I

LA CRISIS DEL MERCOSUR

Antes de tratar los problemas por los que está pasando el Mercosur, como las papeleras, el gas boliviano, el descontento manifiesto de Paraguay y Uruguay, etcétera, es imprescindible precisar herramientas conceptuales con las que nos vamos a manejar en el análisis, para poder ubicar, luego, esos problemas mencionados en su exacta dimensión, realidad y perspectivas.

La primera cuestión que debemos analizar es la crisis terminal del Estado-Nación como protagonista del momento histórico que vivimos, crisis ésta irreversible que, asumida en su concepción, nos crea una nueva visión del mundo en que estamos sumergidos y que va dando un nuevo rostro al siglo XXI.

Cuando hablamos de Estado-Nación nos referimos a los conglomerados humanos con territorio, conciencia de pertenencia, unidad de lengua, religión y vocación de poder, interno y externo, que fueron protagonistas de la historia del mundo entre la decadencia de los Estados-Imperios, como el caso típico de España, y el perfeccionamiento del Estado moderno en los comienzos del siglo XX. Citando los ejemplos más conocidos mencionamos a Inglaterra y Francia, entre fines del 1700 y principios de 1800, y Alemania e Italia en la década del 70 del mismo siglo XIX. También Japón empezaría su protagonismo internacional para esta misma época.

Inglaterra fue el caso más interesante de la transformación de una cosa en otra. Comenzó su protagonismo en la época del Estado-Imperio de España, construyó un inmenso imperio comercial que llegó a dominar varios continentes y después de participar de las dos guerras mundiales del siglo XX, terminó conformado como

Estado-provincia del nuevo protagonista del siglo XXI: el Estado Continente, que está terminando de construir la Unión Europea.

Pero hay un antecedente de todas estas transformaciones que no podemos dejar de mencionar porque nos da la respuesta al primero de los problemas conceptuales que hay que resolver. ¿Qué entidad histórica será la protagonista del siglo XXI? ¿Quiénes tendrán el poder de confrontar y decidir y quiénes quedarán afuera? ¿Quiénes harán la historia y quiénes soportarán la historia hecha por estos protagonistas?

El antecedente se llama Ratzel, un geopolítico alemán de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Ratzel estaba muy entusiasmado con la unidad alemana de 1870, lograda por el ejército prusiano encabezado por Bismark, pero sobre todo con la Revolución Industrial propia que se vivía como producto de esa unidad. Alemania crecía a pasos agigantados sorprendiendo a Europa en los últimos treinta años, que van desde la lograda unidad de 1870 y la entrada al siglo XX en 1900.

Ratzel viaja a los Estados Unidos. Y ese viaje le producirá un impacto tan grande que cambiará totalmente el mundo de sus conceptos. En Estados Unidos se encuentra con una Revolución Industrial cincuenta veces más grande que la de Alemania. Queda impactado con el tamaño de los trenes, que eran varias veces más grandes que los alemanes, ya que tenían que cruzar el continente americano entero, desde el Atlántico al Pacífico.

El tamaño de sus barcos, la dimensión y la capacidad de producción de sus fábricas, la calidad de sus productos, la extensión del espacio territorial, el fervor y el empuje que al pueblo norteamericano le daban el conjunto de condiciones mencionadas, y que llegaban a un nacionalismo mítico, impactan profundamente sobre el intelecto de Ratzel y pasa a escribir sobre sus conclusiones avizorando, en forma sorprendente, sobre el nuevo mundo que se venía.

La primera conclusión a la que llega es que su patria, Alemania, el Estado-Nación alemán, ya no era viable en la historia.

Y como Alemania, ninguno de los Estados europeos. Estaban naciendo en el mundo nuevos protagonistas que contaban con los elementos del poder (tamaño territorial, población, producción industrial) desproporcionadamente superiores a los Estados-Naciones europeos. Los Estados Unidos eran para Ratzel un Estado-Continente, un nuevo tipo de protagonista histórico y contra el cual Europa sólo podía competir si se unían todos sus Estados. Ratzel escribe su obra

antes de 1904 y recorre su país dando numerosas conferencias. Muy pocos lo escucharon, de lo contrario, Europa habría ahorrado, con sus dos guerras, más de cuarenta millones de muertos.

Para Ratzel sólo Rusia podía competir durante el siglo XX con Estados Unidos porque también contaba con los elementos que conforman el poder, en una dimensión parecida; y configuraba, de alguna manera, un Estado Continente. Remarcamos que su obra fue escrita antes de 1904. Es decir, faltaban trece años para la Revolución Bolchevique.

El problema resurge y toma plena vigencia con la desaparición de la Unión Soviética de la escena mundial. Liberada la visión de la polvareda que produjo el inmenso derrumbe, en el panorama que surge en el nuevo siglo es impresionante como reaparece la vigencia de Ratzel.

Nuevos bloques se van agrupando para ocupar el escenario principal de los que van a actuar y decidir en el transitar del nuevo siglo. Bloques culturales, los llama Huntington; Estados viables y Estados fallidos, les dice Brzezinski; pero en el fondo se trata del mismo problema que había planteado Ratzel.

Estos autores hablan de los nuevos Estados protagónicos o Estados ejes, ya que con su conducta arrastran a un conjunto de Estados más débiles.

Los protagonistas del siglo XXI serían Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, China, la India, arrastrando cada uno de ellos a un conjunto de Estados más débiles, incapaces, ahora definitivamente, de un protagonismo propio.

Y en el sur, lejos de los poderes centrales, debatiéndose entre la vida y la muerte, entre el estallido y la fortaleza, el Estado Continente del Mercosur al que no lo dejan terminar de nacer. En ese marco histórico y conceptual debemos tratar de entender qué es lo que nos pasa.

El nuevo siglo viene marcado con el signo de las integraciones regionales. Es la nueva característica de la política internacional el de resolver cómo y con quién integrarse. Todos los días en la tapa de los diarios sorprende la velocidad de las noticias. Podríamos decir, sin miedo a una exageración, que en las próximas décadas no habrá posibilidad de existencia de un Estado sin la integración a un poder mayor, o la creación de un mayor poder mediante la integración.

Nuestros países –me refiero al Mercosur– tienen por delante tres y sólo tres formas en que pueden vivir la integración.

1) La primera es el Alca, es decir, que nos integren económicamente a Estados Unidos, entonces sus exportaciones solucionarán el déficit comercial que tienen con el mundo entero. Sólo con China, Estados Unidos tiene un déficit comercial de 200.000 millones de dólares al año.

La pertenencia al Alca es, para los países latinoamericanos, seguir el camino y el ejemplo de Puerto Rico. Terminar siendo un Estado protegido, sin soberanía pero con cierta estabilidad; un supermercado con gente que consume, sin conciencia, ni cultura, ni Patria propia. Aunque parezca mentira, muchos latinoamericanos están tentados por esta alternativa.

2) La integración a través y alrededor del Brasil. Esta alternativa es más difícil de explicar, pero no es menos real que la anterior. Además, tiene una historia.

Argentina ha tenido dos proyectos o planes estratégicos de crecimiento. El primero es el que triunfa en Pavón, se instala y crece con el capital extranjero, la producción agropecuaria, el trazado de los ferrocarriles, el monocultivo y los empréstitos. Es la Argentina agropecuaria que producía para la Europa industrial, principalmente para el capital y la industria inglesa. Ese proyecto, que tuvo sus líneas ascendentes en las últimas décadas del siglo XIX, vivió su primera crisis seria en 1890 y cierra su ciclo definidamente con la crisis de 1930.

A partir de allí la Argentina empieza a debatir *la necesidad de un destino industrial que nos haga independientes*. El debate es rico, profundo e ilustrativo. Las distintas ideologías y matices dan fundamento y coinciden en el proyecto de Argentina potencia industrial, país autoabastecido y autosuficiente, proyecto éste que tiene una coincidencia de fondo con el de la Argentina agropecuaria, ya que en ambos casos se trata de una propuesta para una Argentina sola, sin integración con nadie.

Este proyecto de una Argentina industrial, independiente y soberana, fue el sustento político del primer gobierno de Perón.

Pero fue el mismo Perón el gran innovador en la nueva visión geopolítica que la Argentina necesitaba. Fue entre 1950 y 1951 cuando Perón comienza a plantear la política del nuevo ABC (Argentina, Brasil, Chile). Su visión es nítida y se enriquece ante cada nuevo planteamiento.

"Enancados en los dos océanos –decía–, surgirán los Nuevos Estados Unidos de la América del Sur". Pero su pensamiento se fue

especificando en la relación con Brasil. Había llegado a la conclusión de que, para poder seguir creciendo industrialmente, *Argentina tenía que integrarse urgentemente con Brasil, incluso, remarcaba, "borrando sus fronteras"*. Esa era la importancia que Perón le daba a la alianza con Brasil. No está de más recordar que en aquel momento Argentina tenía a su favor un desarrollo industrial frente a Brasil.

En una conferencia cerrada ante la oficialidad del ejército, Perón plantea como tarea inmediata la integración con Brasil y reitera el concepto de "borrar las fronteras".

La reacción no se hizo esperar. Los diarios brasileños que expresaban la oposición a Vargas, hablaban del peligro inminente del "imperialismo argentino". Una campaña nunca vista contra Vargas se desató y lo llevó al suicidio y la integración con Argentina quedó momentáneamente en el olvido.

Con altibajos, con acercamientos y alejamientos, con golpes de Estado o procesos democráticos, con Goulart y Frondizi, Alfonsín y Sarney, ambos países terminaron conformando el Mercosur, que hoy en día es motivo de nuestro análisis.

Methol Ferré planteaba que el acuerdo argentino-brasileño tenía, para la América del Sur, la misma importancia que había tenido, en el origen de la comunidad europea, el acuerdo entre Francia y Alemania, precisamente por el peso y el poder de esos Estados en relación a los otros. Hasta aquí todo parece perfecto, al retomar la historia el camino marcado por Perón desde que se buscó la alianza con Vargas, devenido ahora en un Mercosur emergente. La presencia de Venezuela fortalecería esta alianza. Pero sin embargo la situación está muy lejos de ser motivo de un optimismo fácil.

Hay muchas situaciones que están cargadas de contenidos contradictorios, pero que carecen en absoluto de un contenido constructivo. Da la impresión de que, a veces, los presidentes de cada país no coinciden en qué tipo de Mercosur quieren construir.

Mientras la Argentina tiene un problema con el precio de la carne, en vez de permitir la entrada de la carne del Uruguay, son los Estados Unidos los que compran la totalidad de la carne uruguaya, metiendo una cuña que sólo puede traer inestabilidad al bloque, por falta de preocupación de Argentina y Brasil respecto a los socios menores. Larga fue la discusión entre la Argentina y Brasil respecto a la cláusula de defensa de la industria, en caso de que la industria argentina resultase perjudicada. Brasil planteaba que no era su responsabilidad el achicamiento industrial argentino. Era verdad. Pero no era la

respuesta de un socio que quiere que crezcan juntos la totalidad de los miembros del bloque. Además, los países más chicos quedaron afuera de esa cláusula.

Brasil tiene prohibida la compra del maíz transgénico argentino, según lo consigna Ezequiel Tambornini en su obra sobre la biotecnología, pero el mismo maíz argentino entra a Brasil, vía Paraguay, como maíz paraguayo. Nos contrabandeamos entre nosotros. Algo parecido ocurre con los controles en los lácteos y las carnes. La Argentina tampoco va a la saga en controles innecesarios sobre comercio acordado, maltrato a los habitantes de los países vecinos que transitan nuestro territorio, etcétera. Pareciera que sólo anda bien lo que da ganancia rápida y evidente. Todo muy, pero muy lejos de lo que fue la construcción de la Unión Europea.

En el señalamiento de estas situaciones es evidente que se cruzan y chocan la intención de construir las dos alternativas de las que venimos hablando. Ninguna definida en su totalidad porque, de ser así, traería el estallido del Mercosur.

La segunda alternativa que estamos analizando (la que tiene a Brasil como eje) tiene, además, cuestiones esenciales que a la larga la hacen inviable. Brasil no cuenta con suficiente poder para dar bienestar y seguridad a la región entera. Su propia población, en un 50%, está al margen de las más elementales posibilidades de acceder a niveles de consumo. Tiene una sociedad dividida, donde las diferencias comparativas de ingresos es una de las más marcadas de América Latina.

Decía Henry Kissinger que América Latina tendrá siempre como ejemplo a Brasil, y lo que Brasil haga, a la larga o a la corta, será la conducta general de Latinoamérica. Nos permitimos discrepar con dicha afirmación.

Los hechos nos dicen lo contrario. Desde la independencia definitiva de Portugal frente a España, en 1640, América Latina se parte en dos mitades, y estalla una guerra comercial entre ambas partes. La Colonia del Sacramento será el símbolo de esa guerra, ya que allí dejaba de ser sólo comercial para transformarse en militar. América española y América portuguesa (hoy Brasil) estuvieron en guerra permanente hasta la Revolución de la independencia.

Cuando la emancipación, la conducta de las dos Américas se separa más aún. La América española vive dos guerras al mismo tiempo, la social y la nacional, según las regiones, ya que solamente las guerras de Bolívar dejaron más de medio millón de muertos.

La corona portuguesa intentó, desde entonces, ver cómo hacía para integrar a su territorio a la franja española de la América del Sur. La invasión a la Banda Oriental en 1816 no fue más que el primer intento de un plan mucho más amplio que los pueblos en armas impidieron. Brasil estuvo ausente de la Revolución de la independencia.

En el siglo XX, en las dos situaciones de mayor tensión internacional, las dos guerras mundiales, el Brasil se puso en la línea de los centros imperiales participando en la contienda. La Argentina fue neutral, una y otra vez, negando así el seguimiento de Latinoamérica a la conducta de Brasil. La excepción fue la guerra del Paraguay.

Todas estas contradicciones, históricas y actuales, nos abren el camino hacia la tercera forma de integración posible, que, en realidad, será la única manera de que exista un Mercosur verdadero, de todos sus integrantes, un Estado-Continente libre, autónomo y justo.

3) La tercera es una integración equilibrada entre la parte hispana de la América del Sur y el Brasil.

Sumando los nueve Estados hispanoamericanos de América del Sur equilibran los elementos de poder con el Brasil. Los países andinos, más Paraguay, Uruguay y Argentina, tienen casi el mismo producto bruto que Brasil, más territorio y población; serían dos bloques que entienden que, en medio de la globalización, deben integrarse. En este caso, el papel de Venezuela y Argentina es fundamental para que esta integración prospere y crezca, ya que ambos, como en el siglo XIX San Martín y Bolívar, deben liderar el proceso en función de acuerdos, de saber cuándo hay que ceder y cuándo no, de proteger al Estado más débil, de encontrar siempre salidas incluyentes y superadoras.

Para eso hay que tener conciencia de la misión que cumplir. La historia de esta integración ha tocado las puertas de Venezuela y Argentina, porque los problemas de los demás países chicos son sus problemas.

La salida al mar de Bolivia es también un problema de Argentina, de Brasil y Venezuela.

Argentina no puede pagar un dólar y pico el gas a Bolivia cuando Estados Unidos está pagando siete.

Argentina, para el caso de las papeleras, debe tener en cuenta que el Uruguay es el país de mayor emigración de su población desde que firmó el tratado del Mercosur en 1995.

No podemos obrar de manera tal que cada país pequeño se sienta abandonado, porque entonces nos espera la primera alternativa de

integración y Argentina no será otra cosa que un Puerto Rico más grande, sin rumbo ni destino decidido por nosotros.

Methol Ferré, en su última y reciente obra, habla sobre el tema y señala que sin paridad en el poder entre la América hispana del continente suramericano y el Brasil, no puede haber integración duradera.

Desde que se firmó el tratado del Mercosur hasta el día de hoy se han presentado proyectos importantes que no pasaron a los hechos y que en verdad expresaban la verdadera vía de la integración de la América del Sur, teniendo como punto de partida el fortalecimiento del Mercosur.

El tren bioceánico, que viniendo del Atlántico brasileño entrase por Misiones, Corrientes, Chaco, Salta, hasta salir por Chile al Pacífico.

La transformación de la Ruta 14 en la autopista del Mercosur, que en su primera parte vaya de Buenos Aires a San Pablo, para luego hacer San Pablo-Caracas.

El puente Buenos Aires-Colonia del Sacramento. El puente Montevideo-Buenos Aires.

La Ruta La Paz-Asunción-Posadas-Montevideo, para construir luego de La Paz al Pacífico una ruta que ocupe veinte metros de Perú y veinte metros de Chile, financiada por Argentina, Brasil y Venezuela, con empresas de los tres países y con soberanía compartida por el Mercosur en ese pequeño trecho. De esa manera Bolivia tendría su salida al mar y el Mercosur una nueva ruta con los dos océanos, beneficiando a los países más pobres, como Paraguay, Uruguay y Bolivia.

El gasoducto de Caracas-Buenos Aires. La planificación conjunta de la energía nuclear de Argentina y Brasil.

La moneda única, que fuera tratada en varias reuniones, que daría solidez al nuevo Estado-Continente e impediría las devaluaciones inconsultas que son sobresaltos donde nada puede resultar una inversión duradera.

El Banco Nacional del Mercosur, a través del cual se financiarían la mayoría de esos proyectos y se daría apoyo a las cuestiones sociales más urgentes, empezando por los países más pobres.

La mayoría de estos proyectos se han tratado desde el nacimiento del Mercosur y hasta se han escrito libros sobre algunos de ellos (la moneda única y el Banco Nacional) y su importancia reside no sólo en que la integración verdadera comienza con la integración física, sino en que el Mercosur pasará, lentamente y bien administrado, a

ser un nuevo polo de poder mundial irreversible, protagonista soberano en el siglo XXI.

No hay tiempo que perder. Ésa fue la América criolla que soñaron nuestros próceres y la única que le debemos dejar a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. Estamos en el medio de una gran batalla, que no es militar, pero donde se juega el destino de todos nosotros, los habitantes de la América del Sur.

CAPÍTULO II

LA UBICACIÓN CULTURAL Y DESTINO DE AMÉRICA LATINA[1]

Cuando en un posgrado como éste tratamos estos temas, lo mejor que nos puede pasar es que, pensando juntos, encontremos la mejor manera de seguir investigando, ya que, cuando hallamos un mecanismo objetivo de análisis, tenemos por lo menos la garantía de que nuestra búsqueda va a llegar a un fin concreto, y que nuestro pensamiento no se va a alejar de la realidad; no va a ser el producto abstracto de la imaginación, o la repetición memoriosa –no menos abstracta– de lo que nos enseñaron en la escuela, en el primario y en el secundario, y en general, en el sistema educativo que se instaló en la Argentina después de la derrota de Pavón.

Vamos a tratar de hacer un análisis crítico y lo más creativo posible, al mismo tiempo; vamos a tratar de terminar los temas que empezó ayer Luis Castiñeira de Dios; vamos a analizar por aproximaciones sucesivas, iluminando en lo posible el contexto histórico que envuelve cada hecho, esforzándonos hacia la realidad tal cual es.

Pero antes de entrar en tema, quiero aclarar algo muy importante. El problema de la integración y la cultura de América Latina, como elemento articulante de esa integración, está vinculado al destino personal de cada uno de nosotros. No ocurre así con todos los temas histórico-políticos, ni en todas las épocas la relación del hombre con el contexto es como acabo de señalar. No siempre el destino personal está en juego pero, a veces, es así.

1. Conferencia pronunciada en el curso de Postgrado sobre América Latina en el Instituto Hernando Arias de Saavedra.

Cuando triunfó el proyecto agrario de la Argentina exportadora, que fue el proyecto de Pavón de 1861, todos los argentinos –la mayoría sin saberlo– durante muchos años, hasta que se produce el golpe de 1930, como quiebra del sistema agroexportador, todos los argentinos estuvieron vinculados a esa Argentina que comienza a construirse después de Pavón: se leían libros que no eran verdaderamente elegidos por la población; los propios valores que entraban en vigencia surgían del sentido nuevo que emergía de la época; y a partir de allí, los hijos y los nietos de la generación de Pavón vivieron como natural un proyecto de país, largamente resistido, que ahora se aplicaba triunfante. Era como si la cultura liberal naciese de la naturaleza de las cosas.

Pero ese proyecto agrario –que borró el proyecto industrialista de la Generación del 80–, fracasó. La profundidad de la crisis mundial de 1930 puso en crisis la relación del Imperio Británico con América Latina y la Argentina "granero del mundo" se hundió para siempre en el pasado.

Esto trajo una conmoción profunda de la que, después de muchos años, algunos pensadores se fueron dando cuenta. Y esto ocurría porque a la Argentina no la había hecho el padre de la Patria, el General San Martín, sino la diplomacia británica, con la participación de los comerciantes del puerto de Buenos Aires. Inglaterra participó y luego planificó, de acuerdo a las circunstancias, el proceso de emancipación de América Latina, pero, sobre todo, *el mapa que fue quedando conformado después de las batallas*. Esta situación general condicionó el destino de varias generaciones.

En el momento al que entramos, al comenzar el mundo el XXI, está por pasar algo parecido: ingresamos a un tiempo donde los mapas van a cambiar. Debemos tomar conciencia urgente de lo que se viene, porque, otra vez, el futuro de las generaciones estará en juego. Entonces, una pregunta surge natural: ¿qué sociedad le vamos a dejar a nuestros nietos?

De seguir como hasta ahora, algo muy peligroso, destruida por intereses de afuera, una sociedad que había quedado a la deriva en el 2001 y, como nunca, al borde de la desintegración. Una sociedad sin valores y totalmente sin rumbo. Parecía mentira, pero no había un solo personaje de la partidocracia –de todos los partidos– al que se le escuchase una sola idea fuerza, idea clara, para la construcción de un proyecto de país en aquel momento.

Por eso decíamos que, antes de empezar, queríamos aclarar esta circunstancia histórica por la que ingresamos a una situación nueva.

Por esa razón, también, decimos que vamos a tratar un tema que está lejos de ser académico. Es vital: más cerca de la medicina que de las teorías políticas. Y también tomar conciencia del momento de transición por el que estamos pasando. Es una instancia en la que no está decidida ni la victoria ni la derrota. Estamos viviendo un momento muy importante, favorable en términos generales, pero bastante débil todavía. Producto de esta situación, nuestra integración es una integración en crisis, y no logramos materializar las obras históricas estratégicas para marchar hacia delante y consolidar definitivamente la integración sudamericana.

Ninguno de los cuatro proyectos claves se pudieron lograr todavía. No se pudo hacer el Banco del Sur, no se pudo concretar el gasoducto Caracas-Buenos Aires, no se pudo iniciar la ruta Buenos Aires-Caracas, y no se pudo poner en práctica la moneda única en el Mercosur. Pero también debemos tomar conciencia de que hemos avanzado y ya estamos lejos del desconocimiento mutuo entre los latinoamericanos. En ese sentido hemos avanzado bastante.

Hoy en día ya es parte de la conciencia común de nuestros pueblos que no podemos esperar nada bueno de una relación nueva que nos estreche a Europa; ni qué decir con los EE.UU., que no pudieron reconstruir, todavía, el pueblo sureño destruido por el huracán; tampoco pueden parar una dañosa pérdida de petróleo en sus costas, ni pueden invertir para el desarrollo de América Latina una suma importante.

Nos ofrecieron el Alca para que los latinoamericanos les paguemos su colosal déficit, pero hemos ganado esa memorable batalla cuando la reunión cumbre en Mar del Plata, puesto que el Alca tenía como único objetivo la destrucción del Mercosur.

Todo esto era importante señalar, pero empecemos por ubicar a América Latina en el mundo actual, para entender, desde allí, los distintos caminos que podemos recorrer. Si es que quedan muchos caminos.

Vamos a tomar como punto de partida la caracterización internacional que hace Samuel Huntington en su obra *El choque de las civilizaciones*, que es una muy fundamentada tentativa de explicar el nuevo rostro que tomará el mundo habiendo desaparecido la guerra fría. Es vital un análisis de este tipo, ya que para hablar de cualquier proyecto de sociedad es necesario, previamente, saber adónde estamos parados, quiénes somos culturalmente; cómo se va a dividir y funcionar el mundo del futuro, y cómo se van a reestructurar,

finalmente, los nuevos polos de poder que existen o logren consolidarse en el mundo que viene.

El mundo verdadero, el mundo protagonista, el que hace la historia, nos dice Huntington, no está conformado por los países reconocidos en la ONU. La ONU expresa una representación formal, pero el mundo real está por debajo de la existencia jurídica: radica y vive en la cultura. En el futuro, el protagonismo principal de la historia mundial estará encarnado en el movimiento de los grandes bloques culturales que entrarán en acción y el futuro del mundo dependerá de la forma en que esas relaciones se produzcan.

Huntington enumera y analiza el pasado y el presente de los mencionados bloques, a los que mira a partir de su pasado, su situación presente y las distintas alternativas de futuro.

El primero, lógicamente, es Occidente. Este bloque, que tiene como Estado Central a los EE.UU., estaría formado además por Europa, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Es el bloque principal en el poder actual y pasado del mundo, pero en perspectiva, es un bloque que va perdiendo influencia en muchas variables: población, territorio, lengua, actividad económica. Pero todavía sigue siendo el centro del mundo.

El otro bloque es el ortodoxo. Va desde Grecia a los confines de Rusia. Si bien tiene un parentesco original por el común primigenio cristianismo, sus características principales en cuanto a su identidad cultural lo hacen distinto a Occidente; es otra cosa, completamente definida, distinguida y típica, que tiene un parentesco más cercano con el Imperio Romano de Oriente, cuando éste se cristianiza, que con el actual Occidente.

Sin embargo, este bloque vivió sumergido debajo de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. Está cargado de enigmas para el mundo del futuro. No se sabe bien cuáles son las conductas que va a tener. Es sin duda un mundo que ha causado a la humanidad grandes sorpresas. Acusado de un inmenso atraso asiático, sorprendió al planeta con la Revolución Bolchevique, con su debate elevadísimo, encabezado por Plejánov, sobre toda la filosofía del hombre que había producido Occidente, con literatos colosales, que descubrieron la aldea y describieron el alma humana con inimaginable detallismo y profundidad.

Pero además, protagonizaron el siglo XX, revolucionaron la técnica, inventaron metales hasta entonces inexistentes, expulsaron a los nazis de su territorio al precio inaudito de 20 millones de muertos;

tomaron Berlín, irrumpieron en el mundo militar y científico con la energía atómica, llevaron por un momento la vanguardia en la carrera del espacio, tumbaron el Estado Soviético, que resultó una de las grandes farsas de la historia, y cuando todos creían que el siglo XXI no los iba a ver como protagonistas, reaparecieron, ahora, como una potencia aparentemente democrática.

Se muestran cerca de los EE.UU., pero estamos seguros de que van a recorrer su propio camino. Y el siglo XXI los verá como principales protagonistas de los futuros acontecimientos mundiales. No podemos saber cuál va a ser el contenido ni el rumbo de sus actos, con quiénes se van a aliar y qué es lo que quieren construir; qué tipo de sociedad anida en su alma como proyecto.

Pero son más que un Estado Continente, conforman un bloque cultural, tienen conciencia de sus diferencias y de su poderío, son dueños del mayor arsenal atómico del planeta y es seguro que su conducta influenciará en la historia del mundo que nos toca vivir. Un tipo especial de religión los unifica y ampara, y allí está el misterio encerrado que emergerá en la historia del futuro.

El otro bloque es el confucionismo. Así como el Estado Central de Occidente es Estados Unidos y el Estado Central del bloque ortodoxo es Rusia, el Estado de poder influyente, cuya conducta se sigue, en el caso del confucionismo es China. China es la más grande sorpresa del mundo entero. Bloque cultural sí, desde milenios, pero débil y sojuzgada por Occidente hasta las primeras cuatro décadas del siglo XX. A China la dominaron Inglaterra, Francia, Alemania y Japón, alternativamente. El Reino Unido obligó al pueblo chino a consumir opio, para idiotizarlo y poder dominarlo con facilidad, como lo hicieron y como hacen las potencias con los pueblos débiles y enfermos que se drogan.

Quiero leer una frase que sintetiza la situación en la que había quedado China cuando, a comienzos del siglo XX, la aparición de nuevas potencias en el mundo, en su afán por repartirse los mercados, la dejaron completamente ajena en las decisiones sobre sí misma, sobre su territorio, su economía y finanzas, es decir, habiendo perdido la decisión propia en la construcción de su destino.

Al autor que quiero leer es a Abelardo Ramos. Nos dice respecto a la China de que hacíamos mención:

> La historia actual de China se explica a la luz de la política imperialista europea. Los dieciocho países signatarios de los

> tratados que desde 1842 impusieron a China la política de puertos abiertos con Europa, gozaron de los siguientes beneficios: autorización para comerciar con los 80 puertos del "Tratado"; extraterritorialidad que libraba a sus súbditos de la jurisdicción de los jueces chinos y los colocaba bajo la de los tribunales consulares; 20 concesiones extranjeras en pleno suelo chino; autorización para mantener sus propias guarniciones militares en China; tarifa aduanera con carácter puramente fiscal, control sobre aduanas, puertos y gabelas; toda la banca china era extranjera y las finanzas dirigidas por extranjeros, imponiendo en la concesión de empréstitos cláusulas de estafa que triplicaban cargas y servicios. Por añadidura los fumaderos de opio pertenecían a extranjeros.
>
> Tropas alemanas, inglesas y francesas ocupaban Pekín en una desenfrenada carrera. Según la expresión de Sun-Yat-Sen, China se transforma en una "hipocolonia", despedazada por las grandes potencias.
>
> A la emperatriz viuda se la obliga a ejecutar a numerosos generales y funcionarios chinos que habían opuesto resistencia a los imperialistas extranjeros. En el paroxismo de su humillación, China es presionada para que eleve un monumento a un diplomático germano asesinado en los disturbios. El Kaiser exige que un príncipe chino se traslade a Berlín y se arrodille ante sus reales pies.
>
> La refinada Europa se disponía a demostrar que los horrores de la guerra del opio no eran el único fundamento de su gloria.[2]

No hubo un caso de una transformación tan rápida en los países del mundo. Alrededor de la década del 10 del joven siglo XX, cuando gobernaba la dinastía manchú encarnada en la emperatriz a que hacíamos mención, China era un país exclusivamente agrario, sin comunicaciones internas en un territorio de dimensiones continentales; y en esas condiciones paupérrimas hizo dos grandes revoluciones. La segunda, en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, después de una larga marcha, consagra el poder popular encabezado por Mao Tse Tung.

2. Ramos, J.A. *La Bella Época*. Ediciones del Senado de la Nación Argentina. Buenos Aires, 2006. Pág. 13-14.

A partir de allí comienza la transformación de China. En sólo unas décadas se transforma en una potencia económica mundial. Pasa por muchas conmociones internas que no corresponde analizar aquí, pero luego elige el camino del capitalismo de Estado, manteniendo las banderas del socialismo cada vez defendidas con menos fervor; y hoy ha superado a Alemania, ya ha pasado a ser la segunda economía del mundo.

A lo largo de su historia China ha tenido la fuerza cultural de su nacionalismo, ideología que todos los días se acentúa más. El propio marxismo de Mao está más cerca de Confucio que de Marx y sus análisis terminan siempre en máximas y conclusiones confucianas que nos están indicando que el gran aporte de Mao, además de haber dirigido política y militarmente la revolución popular que triunfa en 1949, aporta al pensamiento chino no con un rompimiento sino con una profundización de lo propio.

China, desde 1949, construye su camino independiente a pasos muy acelerados. Incorpora al mercado un importante porcentaje de su población, comienza su industrialización, primero lentamente y luego con marcada aceleración. En 1964 ensaya ante el mundo y ante el estupor del Imperialismo, su primera bomba atómica. Después de apoyarse en ella enfrenta luego a la Unión Soviética, acentuando su nacionalismo y creando su propio campo de influencia en el mundo.

China tuvo mucho que ver en la guerra de Corea y la guerra de Vietnam, que terminó con la derrota absoluta de los Estados Unidos en 1975, derrota que el mundo yanqui no termina de asumir. Sus fronteras y su fabricación de armamentos estuvieron por esos años más calientes que nunca.

Hoy en día es un Estado-Continente, un bloque cultural, en el panorama que estamos haciendo.

En toda la obra de Huntington se respira un profundo temor al futuro de China. Este autor reconoce que, según progresiones estadísticas de los últimos años, para el 2050 China será sin duda la primera potencia mundial. Ése va a ser uno de los protagonismos de mayores incógnitas que nos espera.

Ya ha llegado a ser el primer acreedor mundial de los Estados Unidos; uno de los mayores exportadores del mundo; su Revolución Industrial ha invadido todos los países del planeta con mercaderías de todo tipo y siempre con un precio contra el que no se puede competir. Huntington analiza todo.

> Incluso en la cultura pop, clave en la marca cultural de los Estados Unidos, las cosas empiezan a cambiar, *sostiene*. La música pop estadounidense ahora tiene un papel marginal para los jóvenes; ha sido sustituida por *mando pop* (pop en mandarín). Esto ya se extiende entre los 1200 millones de chinos hasta Taiwán, Hong Kong y el resto del este asiático. Pasará lo mismo con el cine, la literatura y las artes plásticas, *asegura*.
> En Estados Unidos y Europa nadie toma muy en serio la posibilidad de que emerja una *"modernidad no occidental"*, dice Jacques. Pero desde Marx hasta el gurú de la Historia de transiciones hegemónicas de la Universidad de Harvard, Paul Kennedy, son muchos los que sostienen que el poder cultural parece estar subordinado al económico.
> "La transición de la hegemonía económica a la hegemonía cultural es larga pero implacable", dice Steve Cohen, historiador de la Universidad de Berkerley (California), autor de *The end of influence*, sobre el fin del poder estadounidense.
> En el siglo XX, manejar el poder ha sido muy fácil para Estados Unidos; nos han imitado en todo porque querían tener lo que teníamos, explicó. Esto irá cambiando con el relevo del poder económico.
> No todos coinciden. Si la cultura Han se potencia en China precisamente para diferenciarse del resto, ¿cómo puede convertirse en cultura universal?, se pregunta Perry Anderson, historiador de la Universidad de California, que acusó a Jacques de "sinomanía" en el *London Review of Books*.
> "Lo más probable es que la cultura dominante del siglo XXI no sea china ni estadounidense, sino una cultura global de marcas sin territorio", sostiene Scott Lash, crítico cultural del Goldsimths College en Londres, que realiza una investigación sobre Shangai. Ciudades como éstas serán el entorno ideal para la infraestructura de la industria de cultura global, que se siente más a gusto en mega ciudades en constante mutación como Shangai, que en Londres, París, Nueva York.[3]

Me he permitido transcribir este artículo para mostrarles que las principales inteligencias del planeta ya están tratando el tema que

3. Diario *Clarín*. 20 de julio de 2010. Pág. 37.

hoy nos convoca y que está por dar mucho que hablar al mundo, ya que su destino depende, precisamente, de la forma concreta en que se den las relaciones y se desarrollen las recíprocas influencias de los grandes bloques culturales.

Y para terminar el confucionismo, sólo agregaremos que su Estado-eje, China, está transformándose en uno de los centros principales de poder, como constelación de poderes, es decir, muchas expresiones de un gran poderío.

Se dan en ella, en forma agigantada, todos los elementos que conforman el poder: territorio, población, organización, revolución tecnológica y fuerza mítico-religiosa, es decir, valores apoyados por una fe colectiva. Recordemos, al pasar, que nuestro Bolívar, en su carta de Jamaica, en 1815, decía que América hispánica se iba a dividir, indefectiblemente, porque carecía de un gran poder intrínseco. El poder militar no fue suficiente.[4]

Recordemos también, volviendo a China, que hace poco, un par de años más o menos, un avión norteamericano no tripulado fue derribado en China cuando cumplía tareas de espionaje. Después de muchas idas y venidas diplomáticas, el presidente Bush, que no se caracterizó por su modestia, le pidió públicamente disculpas a China ante los ojos sorprendidos del mundo entero.

China, reiteramos, seguirá cada vez con más fuerza su propio camino. Cuando la guerra de Malvinas, se abstuvo en el Consejo de Seguridad de la ONU, es decir, la invasión de Gran Bretaña fue posible, entre otras cosas, por el voto de China.

Su actitud ante Irán, en los últimos tiempos, no ha seguido aparentemente una coherencia. En la actualidad su posición –al igual que Rusia– acompaña a los Estados Unidos, al contrario de Brasil y Turquía que, en apariencia, buscaron un camino propio. China descubrió la pólvora y la imprenta varios siglos antes de que llegaran a Europa y el mundo espera ahora el desenlace de este enigma gigantesco.

El día de hoy, 28 de julio de 2010, China se ha definido nuevamente.

En la teoría ocurrente en las relaciones internacionales del ataque preventivo para su propia seguridad, EE.UU., como si fuese juez y

4. Esta concepción es la que se expone orgánicamente y se defiende en la tesis doctoral del doctor Sergio Iabourdett sobre "el poder, una teoría sistemática", a quien seguimos en este punto.

gendarme del mundo al mismo tiempo, ha creado, de su propia imaginación y a los efectos de tener ocupada y crecer su industria bélica, el llamado eje del mal. Esta teoría, en boca del presidente Bush, que aparecía con la cara morada por los golpes que le proporcionaba su alcoholismo, hacía sentir vergüenza ajena por lo descarada y vacía. Irán, Irak y Corea del Norte formarían ese eje. Irak ya fue invadido bajo el pretexto falso de la tenencia de armas nucleares, desobedeciendo a la ONU, y no encontrando ninguna después de la invasión, lo que no impidió transformar a Irak en una matanza permanente y ahorcar a su ex socio contra Irán, Sadam Husein.

Ahora querían seguir con Corea del Norte (parece que el trabajo de desgaste y preparación de la opinión pública contra Irán, les han encomendado a la Unión Europea) con el supuesto y no demostrado hundimiento de un buque de Corea del Sur. Llegaron con una inmensa flota al Mar Amarillo para una demostración desproporcionada de fuerzas militares.

Sorprendentemente, China reaccionó. Movilizó una parte de su ejército, tanques, rodados lanzamisiles no tripulados, y prohibió que se realice prueba alguna en el Mar Amarillo. Estados Unidos puso la cola entre las piernas y cambió el rumbo de su flota. Corea del Norte amenazó con una respuesta nuclear ante la primera manifestación bélica. Ya no está sola. Como decíamos, China será la gran Nación cultural, el milenario Estado-Continente que será noticia permanente y decisiva en el nuevo siglo que estamos transitando. Repito: todo un gran enigma.

El otro bloque cultural es África. Pero según Huntington fue tan explotada por Occidente, fue tan profundo su saqueo, que todavía, a pesar de sus esfuerzos, está muy lejos de su recuperación como bloque unificado, y por lo tanto sería muy difícil que llegue a ser uno de los protagonistas del siglo XXI. Según Huntington, parecería que su destino en el siglo en el que estamos sería, todavía, soportar la historia.

La otra civilización que es noticia todos los días es el Islam. Antiguo bloque que hoy reaparece con renovados bríos, *ya que su religión es la que más crece en el mundo, y en casi todos los continentes surgen regiones o provincias partidarias de la religión islámica, situación que le da al mundo un nuevo rostro y a las potencias el problema profundo de no saber por dónde empezar para resolverlo*. Nada está terminado en este tema y todo está por venir. Pero es necesario tomar conciencia de que la cuestión islámica, entre otros puntos,

estuvo y está en Kosobo, Irak, Afganistán, Paquistán, India, Rusia, China y África. Y en todos los casos está vinculada a la violencia en distintos niveles y formas. Uno de esos casos fueron las torres gemelas de Nueva York, derrumbadas por una organización terrorista islámica. Evidentemente entramos a tiempos inéditos desde la caída del muro de Berlín.

Pero lo más notable del fenómeno que estamos viviendo es que este bloque cultural está lejos de ser nuevo; por el contrario, tapado por la lucha ideológica del marxismo y el liberalismo, como fundamento de fondo de la guerra fría, surgió en el 700 después de Cristo acaudillado por Mahoma, es decir, hace más de mil años.

Respecto al Islam es importante escuchar esta caracterización que hace Alfred Weber, hermano de Max, sobre la concepción islámica. Escuchémoslo:

> Vamos a ocuparnos ahora del segundo rasgo peculiar que presenta la esencia y el alcance de la migración de los pueblos árabes. Se trata de lo siguiente: la religión del Islam ha conservado hasta hoy una fuerza intacta formante y configuradora de la vida en un grado casi inigualable, y, por consiguiente, ha mantenido una gran longevidad. En todo el hemisferio occidental no existe hoy un tipo humano que haya sido formado con tanto vigor por su religión como el musulmán. Y está indeleblemente formado por ella, no sólo en cuanto al aspecto externo por virtud de la multiplicidad de actos rituales ejercidos a diario, sino también por lo que respecta a su actitud espiritual y psicológica. Claro es que no pretendo decir que haya un tipo específico por completo unitario que abarque a todo el Islam, con sus millones de almas. En manera alguna se trata de eso. Pero sí afirmo que, en visión de conjunto, existe un tipo en apariencia invariable, que hasta ahora no ha amenazado en serio por un relajamiento moderno con la deformación de sus características, en ninguna parte, salvo en Turquía, en donde la transformación se ha verificado con plena conciencia y deliberadamente.
>
> ¿De dónde provienen todos estos rasgos? ¿De dónde dimanan esta rapidez de la evolución y el hecho de que éste se produjese una sola vez dando lugar a resultados definitivos? ¿De dónde procede esta invariabilidad, esta perdurabilidad y esta intangibilidad en la configuración interna y externa? ¿Cuál es la causa de esta fisonomía del musulmán, la cual hace de éste

> la contra-imagen del hombre moderno occidental y también del ruso, y que pone las formas y el movimiento de su cultura en pleno contraste con la de estos dos? ¿Hallaremos una respuesta a estas preguntas en el análisis histórico-sociológico de la constelación de la cual se originó el musulmán y de aquélla que lo perfeccionó.[5]

Arabia, durante siglos, había enviado sin parar olas inmigratorias rumbo a Siria y la Mesopotamia. Se huía de esa altiplanicie verdaderamente esteparia formada entre ríos que se secaban en verano formando así un pueblo hasta cierto punto desgarrado, a quien Mahoma le da coherencia y le infunde una misión divina. Arabia estaba ubicada entre los centros culturales más importantes de la humanidad de entonces. Egipto y Babilonia, como también Siria y Palestina, influían sobre ella quedando rodeada, así, de altas culturas religiosas, teniendo el cristianismo uno de sus centros espirituales en Siria.

La idea de un Dios generalizante estaba ya aceptada por conjuntos de pueblos y centros culturales que rodeaban a Arabia.

> Ahora bien, el hecho de que el gran movimiento expansivo de los árabes después de Mahoma no constituye un fenómeno de esta especie, es decir, no constituye un mero excusado, sino que constituye un acontecimiento universal transformador del mundo, es efecto de la fundación de la nueva religión, bajo cuya bandera se produjo.
> En efecto, la nueva religión de Mahoma organizó con mano enérgica a los árabes, que hasta entonces había sido un pueblo hecho trizas; y, además, realizó la conjunción de la expansión étnica con la conquista espiritual del mundo.[6]

Ya no se trataba de una idea de Dios y un mensaje divino solamente. Se trataba de una actitud religiosa, pero conquistadora; *el destino de la religión estaba materialmente vinculado a la ocupación física del creyente de nuevos territorios*. Aparece, así, una religión

5. Weber, A. *Historia de la cultura*. Fondo de Cultura Económica. México, 1969. Págs. 163-164.
6. *Ibídem*. Pág. 166.

guerrera, firme, convencida de sus valores y principios frente al semejante, pero dueña única y absoluta de la verdad vinculada a la ocupación material de los espacios geográficos.

Recordar esta concepción, que hace su aparición en el 700 después de Cristo, arroja luz sobre el panorama de conflictos actuales.

De todos los bloques culturales que interactúan en este inicio del siglo XXI es el Islam, sin duda, el de mayor protagonismo. No sólo tiene conflictos con Occidente sino con los ortodoxos y con el confucionismo y el hinduismo.

Huntington trae datos estadísticos que pueden ser *indicadores objetivos para conclusiones posteriores*.

Enuncia un concepto que tiene proyección en el tiempo y nos hace sentir la sensación de que estamos ante un problema cultural de la humanidad sumamente serio. Nos dice, por ejemplo: "El conflicto del siglo XX entre la democracia liberal y el marxismo-leninismo es sólo un fenómeno fugaz y superficial comparado con la relación continuada y profundamente conflictiva entre el Islam y el cristianismo".[7]

Haciendo un pantallazo histórico, Huntington recuerda que para mediados del siglo VIII y luego de una expansión islámica, esta religión militante puso bajo sus dominios el norte de África, casi toda la Península Ibérica, el oriente próximo y el oriente medio, toda Persia y una gran parte del norte de la India. La historia de estos desplazamientos ya no parará hasta nuestros días. Serán avances y retrocesos. Nuevos avances y nuevos retrocesos, llegándose objetivamente a la situación estadística de que la mayor parte de los conflictos de este tipo que existen en el mundo sean, al iniciarse el siglo XXI, choques de distintas naturalezas que tienen siempre como protagonistas al Islam y al cristianismo.

Dice Huntington, citando a Lewis, que "Durante casi mil años, desde el primer desembarco moro en España hasta el segundo asedio turco de Viena, Europa estuvo bajo la amenaza constante del Islam",[8] agregando sentenciosamente: "El Islam es la única civilización que ha puesto en duda la supervivencia de Occidente, y lo ha hecho al menos dos veces".[9]

7. Huntington, S. *El choque de las civilizaciones*. Paidós. Barcelona, Buenos Aires, 1997. Pág. 249.
8. *Ibídem*. Pág. 250.
9. *Ibídem*.

A partir del siglo XV la oleada comienza a desplazarse en sentido contrario. Los cristianos recuperan la Península, reconquista que termina con la caída de Granada en 1492; los portugueses avanzan por el océano Índico y profundizan ese avance; los ortodoxos rusos inician un largo empuje, terminan con los tártaros y llegan hasta el mar Negro y el Cáucaso. La oleada dura siglos y es general y profunda. Al terminar la Primera Guerra Mundial, en 1920 más precisamente, sólo cuatro países musulmanes (Turquía, Arabia Saudí, Irán y Afganistán) seguían siendo independientes de cualquier dominio no musulmán.

Pero a partir de 1920 comienza otra vez un retroceso lento pero permanente del colonialismo occidental. Luego de la Segunda Guerra Mundial se acelera en forma espectacular este proceso, situación que se profundiza más aún con la desaparición de la Unión Soviética.

Siendo Huntington un profundo pensador del Estado Central de Occidente, los EE.UU., sus palabras adquieren mayor peso e importancia cuando mira hacia el futuro, desentraña las contradicciones, le da lógica a los conflictos y nos deja un panorama para que los lectores de sus análisis saquemos las conclusiones del caso.

A veces es tan profético lo que afirma que no podemos vencer la tentación de transcribirlo. Nos dice:

> Una confluencia de factores ha incrementado el conflicto entre el Islam y Occidente a finales del siglo XX. En primer lugar, el crecimiento de la población musulmana ha generado gran cantidad de jóvenes empleados y descontentos que se convirtieron en adeptos de causas islamistas, ejercen presión sobre las sociedades vecinas y emigran a Occidente (...) En tercer lugar, los esfuerzos simultáneos de Occidente por universalizar sus valores e instituciones, mantener su superioridad militar y económica e intervenir en conflictos en el mundo musulmán generan un profundo resentimiento entre los musulmanes. En cuarto lugar, el hundimiento de comunismo acabó con un enemigo común de Occidente y el Islam y convirtió a ambos en la principal amenaza a la vista para el otro. En quinto lugar, el creciente contacto y mezcla entre musulmanes y occidentales estimula en cada uno un sentido nuevo de su propia identidad y de cómo ésta difiere de la del otro. La interacción y la mezcla exacerban las diferencias acerca de los derechos de los miembros de una civilización en un dominado por miembros de la otra civilización. Dentro de las sociedades tanto musulmanas como

> cristianas la tolerancia para con el otro decayó acusadamente en los años ochenta y en los noventa.
> Así, las causas del renovado conflicto entre el Islam y Occidente estriban en cuestiones fundamentales de poder y cultura. ¿Quién ha de dominar? ¿Quién ha de ser dominado? La pregunta central de la política según Lenin es la raíz de la pugna entre el islam y Occidente. Sin embargo, está el conflicto adicional, que Lenin habría considerado insignificante, entre dos versiones diferentes de lo que está bien y lo que está mal y en consecuencia, sobre quién tiene razón y quién se equivoca. Mientras el Islam siga siendo Islam (como así será) y Occidente siga siendo Occidente (cosa que es más dudosa), este conflicto fundamental entre dos grandes civilizaciones y formas de vida continuará definiendo sus relaciones en el futuro lo mismo que las ha definido durante los últimos catorce siglos.[10]

Huntington falleció y el problema multiplicó su importancia y su peligro. Estados Unidos invadió Afganistán y luego Irak y se han metido en un tipo de guerra que todos los días se empantana más.

La sola lectura de los diarios cotidianos, de cualquier ideología, salvo los que responden a los intereses sionistas, nos transmiten la gravedad de lo que está en juego en las guerras calientes y en la nueva guerra fría que vivimos entre Occidente y el Islam.

El Occidente entero parece que se prepara para invadir Irán; y pareciera que no le importa que Irán acepte enriquecer su uranio a través de Brasil y Turquía. Da la sensación de que se vuelve a buscar un pretexto para "terminar" con quien se está transformando en un Estado Central del bloque cultural islamita y creo que hemos entrado a un punto lleno de peligros.

Más de noventa mil documentos reservados de las guerras se han filtrado y de allí surgen situaciones que son difíciles de explicar, sobre todo a este nuevo mundo que mira con ojos profundos y abiertos lo que pasa, y los distintos pueblos del mundo han echado a andar cada uno a su manera. Entre ellos, nuestro pueblo latinoamericano.

Se han reinstalado las torturas al más puro estilo nazi y todo el mundo observa indignado esta situación. El actual presidente de Afganistán declara ante la opinión pública mundial que la guerra la

10. Huntington, S. *Op. cit*. Pág. 251-252.

están ganando los talibanes poniendo en peligro su propio Estado. Varios miembros de Occidente retiran sus tropas de esas guerras que carecen de fundamentación moral suficiente. Así lo han manifestado España, Holanda, y ahora EE.UU. dice que ha llegado el momento de abandonar Irak. ¿Será que ha llegado el momento de invadir Irán?

Guerras sin banderas ni objetivos claros sólo les causan a los Estados que participan profundos problemas internos con su propia población en un mundo que está cansado de guerras y muertes en función de nada; más aún, lo único que salta a la vista es la defensa, no de la idea y la práctica de la democracia, sino del sostén de las inmensas riquezas particulares que sustenta la alianza anglo-sajona que hasta ahora dominaba gran parte del mundo. Me refiero a la alianza indestructible de Inglaterra y EE.UU.

El Estado central de Occidente está en guerra abierta con el Islam y ése es el hecho básico y el centro de la política internacional de este momento (2010). Es una guerra nueva, ni formal, ni fría, pero tiene fuerzas de ocupación, campaña psicológica, combates cotidianos, aumento del terrorismo, desplazamiento de tropas, sistema especial de seguridad y espionaje, carrera armamentista, aumento de presupuestos militares. La alianza de EE.UU. e Inglaterra conforma el núcleo del poder mundial en este conflicto que no se sabe a ciencia cierta adónde va, cuál va a ser su desenlace, si se transformará o no en un conflicto nuclear, ni menos aún, qué mundo sobrevivirá si esa dimensión del conflicto se materializa.

Entre los grandes bloques culturales que actuarán como protagonistas en el siglo XXI, Huntington señala el hinduismo. Lo interesante del caso es que se trata de una sucesión de civilizaciones, de cuyo proceso existiría una especie de síntesis vital, de sobreviviente energía, cuya herencia cultural estaría en la India. El Estado actual hindú sería el Estado central de esta peculiar civilización que también ha pegado un salto histórico sorprendente, de colonia británica a potencia atómica independiente.

Cuando Alfred Weber desarrolla el tema de historia de la cultura, hace un tratamiento conjunto de la China y la India donde aparecen entremezclados aspectos históricos y culturales, escala de valores y creencias, donde el mundo subjetivo tiene primacía sobre las otras variables, presentándonos un panorama conjunto, pero no muy claro, de ambos mundos culturales no muy bien delimitados.

Pero dentro del análisis al que hacemos referencia existe un pasaje de lo que él llama “el cuerpo social” de la India que merece

su transcripción, ya que arroja viva luz para la comprensión del mundo actual.

Nos dice:

> La significación que para la historia universal tienen la India y China es algo diverso de todo lo visto aquí. Tenemos que hacernos cargo de cuán lejanos están para nosotros los resultados de su concepción y explicación del mundo; de cómo éstas se encuentran configuradas de tal manera que vienen a ser de muy difícil comprensión para nosotros los occidentales. Pero, en la medida en que podemos presentir algo de su esencia, nos sentimos conmovidos por cada uno de los rasgos que ofrece su carácter de revelación grandiosa; nos sentimos hondamente impresionados por el fenómeno de la trascendencia inmanente que presentan, la cual dota de un carácter universal para el resto de la humanidad a todo eso que ha sido pensado desde tales profundidades.
>
> Estas culturas, a fuer de primarias, son, por las razones ya expuestas, de carácter mágico en la totalidad de su extensión, que comprende también a la masa. Permanecen con esta dimensión mágica a consecuencia del carácter popular determinado por su propia sustancia. Su modo de ser, mucho más libre, en comparación con Egipto y Babilonia, aunque ciertamente sin dejar de ser mágico, constituye el resultado de la diversa índole del mando ejercido por las clases sociales superiores. Éstas se hallan formadas espiritualmente y cuentan con una organización, gracias a lo cual consiguieron albergar su patrimonio popular. Es sabido que todo el cuerpo social de la India, en la medida en que no haya sido afectado con posterioridad por influjos exteriores (mahometanos, persas, cristianos), que, por otra parte, allí donde existieron no lo han modificado esencialmente, se presenta todavía estructurado en un sistema de castas. Pues bien, la formación y desarrollo de este sistema de castas es mucho más importante para el destino de la India que toda la llamada Historia Política. Es decir, la India se halla todavía hoy en día estructurada en una gradación de castas, que constituyen puras entidades mágicas, las cuales no son sino los clanes totémicos transformados, en el sentido de que aquí, exactamente al revés de lo que ocurre entre los primitivos, no son exógenos sino endógenos. Los clanes totémicos, y por lo tanto las castas,

> se hallan enraizados en aquella creencia, la reencarnación, que surgió también directamente del mundo totémico primitivo, y, asimismo están llenas de tabúes, como si se hallasen cargadas de una alta tensión eléctrica, por así decirlo. El Braman sólo puede tomar agua de una determinada casta: he aquí, pues, un tabú. Los pertenecientes a determinadas castas tan sólo pueden acercarse al Braman a una determinada distancia; he aquí otro tabú. Todo esto que penetra por completo la vida, constituye, contemplando desde fuera, un aquelarre infernal de magismo primitivo. Pero esto es lo que constituye el cuerpo social de la India.[11]

Pero precisamos el concepto que luego debemos rescatar para ubicarlo en el mundo del siglo XXI: el carácter profundamente popular de este conjunto de dimensiones culturales, que le da al hinduismo una unidad, incierta en algunos sentidos pero nítida, y que la hace hasta el momento perenne en el tiempo, y le hizo atravesar incólume el conjunto de todas las dominaciones extranjeras que sufrió, especialmente la inglesa. En el carácter popular está el secreto que luego rescataremos de la llamada "dimensión mágica".

Esta estructuración de la cultura en diversos grados de profundidad se edificó sobre la antigua estratificación de las primeras capas. Sobre esa estructuración cultural se basa no sólo lo religioso, sino también todo el reino de la vida especulativa, artística y literaria. Y esta estructuración constituye el gran secreto de las dos grandes culturas orientales.[12]

Queremos hacernos una pregunta que nos sirve como guía dada las circunstancias a que hemos llegado en la descripción rápida y general que hacemos de los bloques culturales aceptando la aceptable presentación del tema que hace Huntington. ¿Cuál es la importancia fundamental que tiene en el fondo el futuro del "choque de las civilizaciones" para la humanidad que les tocará vivir a nuestros nietos?

La importancia es que toda cultura, a pesar de sus matices, es una escala de valores viviente y renovada, y el futuro del mundo depende de qué escala de valores triunfa en definitiva. Porque hablando más claro, no es lo mismo el fondo solidario que tenía la

11. Weber, A. *Op. cit*. Pág. 43.
12. Weber, A. *Op. cit*. Pág. 43.

cultura guaranítica, por ejemplo, la experiencia jesuítica que fue su constitución, del positivismo que subraya y acentúa las diferencias raciales, destacando la superioridad de unas razas sobre otras. El hijo monstruoso de esa concepción fue el nazismo, que trajo al mundo el más espantoso espectáculo para el ser humano, acompañado de cuarenta millones de muertos. *Tampoco es lo mismo una sociedad que tiene como fondo de su filosofía social la justa distribución de la riqueza, que otra que está convencida que la riqueza personal de cada uno es una decisión y elección del Creador del Universo.*

El Pacto de Mayflower, que dio nacimiento a los EE.UU., tiene, en el fondo, una misión divina; la de ser los elegidos de Dios en ofrecer a los demás la mejor manera de vivir, de convivir, de organizar la sociedad y el Estado y de obligar a los demás pueblos a obedecer. El propio Huntington demuestra el fracaso de este planteo, que es la esencia de Occidente. Después de la muerte del escritor citado, los EE.UU. han retrocedido en forma marcada y sorprendente. Y un viejo mundo, antes explotado, dominado y sin esperanzas, hoy resurge hacia el mañana con un sentido de justicia en su crecimiento.

Esa concepción de ser los "elegidos", o de pertenecer a la raza superior que "naturalmente" debe mandar sobre los otros, no solamente ha transformado el siglo XX en el siglo de los genocidios, sino que ha puesto en marcha la guerra no declarada jamás, conocida por su capacidad de asesinatos masivos: el invento en un laboratorio del virus del SIDA, denunciado por innumerables medios de comunicación que, pretextando campañas de vacunaciones supuestas, agregan este virus creado, teniendo como resultado más de treinta millones de enfermos en África, por ejemplo. Es como querer limpiar los territorios de las razas inferiores para que los "elegidos" tengan espacio abierto en el mundo que viene.

¡Si tendrá importancia la escala de valores que tenga una cultura!

Desde esta óptica, que es el fondo de nuestra conversación de hoy, hemos repasado los bloques culturales principales y no queríamos terminar de mencionar el hinduismo sin transmitirles unos pasajes de una tremenda importancia.

La doctora Ruth Reyna, en un estudio recomendable que hace sobre "Introducción a la filosofía de la India" hace referencia a lo que precisamente hemos planteado respecto a lo que simboliza para el futuro de la humanidad la significación y el sentido de los valores culturales.

Nos dice, por ejemplo:

El mundo, al par que experimenta un cambio drástico en su aspecto material exterior, ha anestesiado temporalmente sus valores internos, eclipsados por la brillante luz de la evolución científica. Para unir verdaderamente a los pueblos del mundo en una fraternidad generosa y comprensiva, resulta imperiosa la necesidad de que se descubra una perspectiva global que subraye los valores vitales universales, éticos y espirituales. Aunque esto sea gradual resulta gratificante notar un despertar en este sentido, y existe un aumento constante en el número de personas que retornan a los verdaderos intereses de la humanidad y a los grandes problemas de la filosofía. Muchas personas sinceras y profundamente introspectivas han comenzado a darse cuenta que el sectarismo tecnológico no ha logrado integrar al hombre, y hoy buscan los simples goces del corazón y la supresión del temor en una razón y una ética universales, comunes a toda la familia humana. En este necesario intercambio de pensamiento al que se debe llegar para unificar el mundo, la filosofía occidental no puede permitirse el lujo de prescindir de los sistemas filosóficos de la India".[13]

Esto otro, no menos profundo.

El estudiante inteligente interesado en filosofía encontrará en el pensamiento de la India una masa asombrosa de material que abarca diversas formas de experiencia humana y todas las categorías de estudios filosóficos formales: ética, metafísica, estética, epistemología, lógica y filosofía de la religión, en sus respectivas ramas. Puede afirmarse que no existe discernimiento o filosofía racional en el mundo que no tenga su paralelo, si no su principio, en el amplio tramo de historia de la India comprendido entre los videntes védicos y vedantistas modernos. El pensamiento de este país es un capítulo interminable de la historia de la mente humana, tan pleno de significación vital para el hombre moderno como lo fue para los antiguos indoarios, ya que muchos de los viejos conceptos muestran asombrosa similitud con el pensamiento

13. Reyna, R. *Introducción a la filosofía de la India*. El Ateneo. Buenos Aires, 1977. Págs. 11/12.

> actual. Pareciera que el entendimiento cósmico no depende del modernismo.[14]

Y esto, que tiene que ver con los más importantes filósofos occidentales:

> El enfoque característico de la filosofía de la India es su creencia en la última relación entre filosofía y vida. Esta actitud hacia la aplicación práctica de la filosofía a la vida aparece en todas las corrientes del pensamiento indio. Si bien el progreso científico y la prosperidad material pavimentaron el camino para que surgiera la especulación filosófica, nunca la filosofía fue considerada en la India como un simple ejercicio intelectual. Una estrecha relación entre teoría y práctica, doctrina y vida, ha sido siempre característica destacada del pensamiento indio.[15]

Potencia mundial independiente, poseedora de energía atómica propia, con resultado sorprendente entre sus jóvenes por el conocimiento y el poder informático que emerge de sus entrañas para sorpresa del viejo mundo, la India también es un Estado-continente, con todas las contradicciones que implica dar un gigantesco salto, de colonia formalmente dominada a potencia atómica independiente, y es y será protagonista de primera fila en los aconteceres mundiales del siglo que iniciamos.

En su meduloso libro sobre *El choque de las civilizaciones*, que es un profundo análisis que el autor realiza sobre el nuevo mundo que emerge después de la guerra fría, Samuel Huntington excluye a América Latina de Occidente, como bloque cultural.

Como la hipótesis principal de la obra consiste en que el destino de la humanidad depende del panorama que nos presenta el desenlace de nuestra marcha, sea un choque o un conjunto de racionales y buenas relaciones, la ubicación a que hicimos referencia le da una cardinal importancia. Se trata de saber, precisamente, dónde estará y qué pasará con Latinoamérica; si se terminará o no de desintegrar por muchos siglos, perdiendo así su existencia cultural, con la posibilidad cierta de la desaparición de muchos de sus Estados, como pasa

14. Reyna, R. *Op. cit*. Pág. 13.
15. *Ibídem*. Pág. 19.

hoy con Puerto Rico. En ese caso también puede ir desapareciendo lentamente, como pasó con muchos bloques culturales desde la historia antigua del mundo. O lo contrario: que dé pasos importantes en su integración y surja nueva ante el mundo.

Pero, sin embargo, el hecho mismo de que un pensador profundo de la inteligencia norteamericana reconozca a Latinoamérica como un bloque cultural con perfil propio y definido ya es una verdadera batalla ganada, puesto que la voluntad de la diplomacia inglesa, durante los siglos XVIII y XIX, fue precisamente que así no fuera; que lo mejor era un conjunto de Estados impotentes, sometidos comercialmente al Reino Unido, sin industrias propias, sin mercado interno; una especie de supermercado abastecedor de materias primas para el centro industrial del mundo, que en ese entonces era Inglaterra. Pero la cuestión de fondo está muy lejos de haberse terminado; estamos viviendo un momento muy importante en América Latina, pero todavía falta mucho para ganar la batalla final, si es que la ganamos.

Nos dice Huntington, muy claramente:

> El mundo de la posguerra fría es un mundo con siete u ocho grandes civilizaciones. Las coincidencias y diferencias culturales configuran los intereses, antagonismos y asociaciones de Estados. Los países más importantes del mundo proceden en su gran mayoría de civilizaciones diferentes. Los conflictos locales con mayores posibilidades de convertirse en guerras más amplias son los existentes entre grupos y Estados procedentes de civilizaciones diferentes. Los modelos predominantes de desarrollo político y económico difieren de una civilización a otra. Las cuestiones claves de la agenda internacional conllevan diferencias entre civilizaciones. El poder se está desplazando, de Occidente, predominante durante largo tiempo, a las civilizaciones no occidentales. La política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional.
>
> Occidente es y seguirá siendo en los años venideros la civilización más poderosa. Sin embargo, su poder está declinando con respecto al de otras civilizaciones. Mientras Occidente intenta afirmar sus valores y defender sus intereses, las sociedades no occidentales han de elegir. Unas intentan emular a Occidente y unirse a él o "subirse a su carro". Otras sociedades, confucianas o islámicas, intentan expandir su propio poder económico y militar para resistir a Occidente y "hacer de contrapeso" frente

> a él. Así un eje fundamental del mundo de la posguerra fría es la interacción del poder y la cultura occidentales con el poder y la cultura de las civilizaciones no occidentales.[16]

No olvidemos que nuestro autor considera a Latinoamérica como un bloque cultural emparentado, pero diferente e independiente de Occidente. También tengamos en cuenta que la sorprendente aceleración de China la transformará durante el 2012 en la primera potencia mundial.[17] Grandes cambios nos esperan en la perspectiva del mundo en que vivimos.

Para entender la dinámica propia que hemos tenido los latinoamericanos, para ser lo que somos hasta ahora, es necesario ubicarnos en el almanaque y ver los tres tiempos fundamentales que vivió Latinoamérica y que la colocan ahora en el momento más importante de su sufrida historia. De este esquema parte Methol para ubicar la actualidad.

El primer momento de su existencia es 1492: el descubrimiento de América. Este es nuestro punto de partida. Aunque parezca mentira, la forma en que miremos el hecho, *el aspecto que más destaquemos de todos los que tuvo, le da un significado político distinto*, y según sea el caso, lo llena de futuro, de destino pleno, constructivo, igualitario: la sociedad con que soñaron generaciones.

Un hecho inmenso y grandioso como fue el descubrimiento de América, sintetizó una constelación de factores, de luchas y matanzas, de choques e interpenetraciones culturales, pero también del nacimiento de un nuevo pueblo producto del mestizaje. Ese mestizaje se fue realizando durante un largo, contradictorio, esencial y hasta invisible proceso. Así fue naciendo el pueblo latinoamericano. Un pueblo nuevo en el mundo, que ya no era europeo ni americano puro. Un proceso, decíamos, que tampoco fue sencillo. Porque a la mezcla primigenia del ibérico con el habitante de América, se sumó la presencia del negro, que trajeron de África como mercadería principal en el comercio de esclavos. *De esa síntesis sale el criollo; el nuevo tipo étnico, con una cultura propia cargada de sincretismos*.

Ellos son Bolívar y su generación, San Martín y la suya y en general casi todos los protagonistas de la Revolución Hispanoamericana. Bolívar tiene muchas y brillantes páginas de reflexión sobre este

16. Huntington, *Op. cit*. Pág. 30.
17. La mayoría de la prensa mundial ya confirma esta apreciación (enero 2012).

punto. Una y otra vez se pregunta en sus cartas: "No somos ni europeos ni americanos puros, somos una nueva humanidad".

Es el único en la generación de la Independencia reiterativo en el tema. Señala en varias oportunidades la relación de la conformación cultural y las características de la nueva sociedad que había que construir después de expulsar al Imperio español.

Este primer momento de existencia de Latinoamérica tuvo, según dijimos, muchos aspectos que lo conformaron. Además del nacimiento de un nuevo pueblo se dieron situaciones de verdaderos exterminios, matanzas y pestes, que casi extinguieron poblaciones, pero de todos esos aspectos el que nació, permaneció y creció fue el mestizaje. El aspecto principal de la contradicción. El mestizo pasó a ser el protagonista de la historia. *En él se encarnó la nueva historia. Él fue, en su ser colectivo, el verdadero libertador de la Independencia.* Y sigue siendo, en la actualidad, el punto de partida para la construcción de nuestra nación inconclusa.

Al destacar como principal esta variable, la del mestizaje, le estamos dando perspectiva de construcción de futuro al bloque cultural latinoamericano, que está tratando de recorrer distintos caminos para consolidarse y actuar en el siglo XXI con independencia y soberanía, *es decir, por primera vez, en conjunto, empezamos lentamente a dejar de soportar la historia.*

Y, sin embargo, la cuestión está muy lejos de ser sencilla.

Stephen Clissold, en su trabajo "Perfil cultural de Latinoamérica", si bien acentúa su análisis sobre los aspectos literarios, al plantear el problema a resolver, lo hace correctamente, apunta al centro de lo que hay que contestar, es decir, de analizar: la cuestión del ser o sujeto cultural.

Escuchémoslo:

> Desde hace siglo y medio, los pensadores latinoamericanos vienen haciéndose preguntas: ¿Existe América Latina? ¿De qué naturaleza es la sociedad de la que se halla formando parte? ¿Es una modalidad periférica de la sociedad occidental, un simple reflejo, o, en el mejor de los casos, una extensión de la cultura europea? ¿Puede decirse que América Latina existe, que tiene un ser irreductible al meramente geográfico? ¿Posee un espíritu, una personalidad propios?[18]

18. Clissold, Stephen. *Op. cit.* Pág. 7.

Según el autor que en este momento analizamos hubo y hay un largo debate sobre el nombre que debía llevar esta parte del mundo que es tema de nuestra investigación. "Se han propuesto los nombres de Sudamérica, América Latina, Latinoamérica, Hispanoamérica, Iberoamérica, Indoamérica, pero ninguno resulta enteramente satisfactorio", porque ninguno de ellos sintetiza la totalidad constitutiva de esta parte del mundo que, por segunda vez, quiere emerger para simplemente vivir libremente. Sin embargo ese hecho, aparentemente tan sencillo y modesto, tan justo y natural, va acompañado de grandes violencias, como si algo intocable se quisiera tocar. Una discusión descarnada y una guerra mucho más sangrienta que la Revolución Francesa fue el resultado de la primera vez que América Latina se puso en movimiento y quiso tener voz propia.

¿Por qué ocurrió todo eso? Si logramos responder, pero sobre todo aclarar esa pregunta, emergería claramente la razón de ser de todo lo que estamos tratando y no solamente estaría iluminado el problema sino que alumbraría el sol en el camino.

Dice nuestro autor que

> El problema de la designación no tiene un interés puramente ideológico; nos lleva en derechura al meollo de la historia de Latinoamérica y de muchas de sus maneras ordinarias de pensar y de sus perplejidades; al violento conflicto en que se enzarzaron dos mundos dispares por completo le siguió un largo proceso de simbiosis, si no de síntesis. Los hombres de la raza conquistadora siguieron considerándose al principio como españoles o portugueses y pensando y comportándose como europeos. Pero el Nuevo Mundo, con su exótico ambiente, sus distintas costumbres, necesidades y actitudes, nacidas del contacto con las razas sometidas, con las que los conquistadores mezclaron su sangre, por fuerza hubo de modificar el ideal. Para los tiempos en que las revoluciones francesa y norteamericana mostraron el camino hacia la independencia política, los colonizadores no se tenían ya por españoles y portugueses.

El decir "qué" fueron, exactamente, ofrecía mayor dificultad.

> "Nosotros somos un pequeño género humano –escribía Bolívar–; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo

> viejo en los usos de la sociedad civil... No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles". Pero aún después de lograda la Independencia, América Latina pasó en general por ser, culturalmente, si no ya en lo político, como mera expresión de la experiencia ibérica, punto de vista éste que todavía no se ha llegado a superar del todo en Europa, donde la literatura, el pensamiento y el arte latinoamericanos han solido estudiarse (a lo más) como notas a pie de página de la historia de la cultura española o portuguesa".[19]

Los prejuicios de los que se alimentaba la estructura de las castas españolas, *el impreciso e incómodo lugar que ocupaba el criollo en los distintos estamentos y fisuras del Estado Imperial*, cada vez más empobrecido por su propio desgaste irracional y sin una concepción totalizadora del futuro, *hicieron del mestizo, del criollo, del hijo de la tierra, el único que pudiera cobijar una esperanza en el mañana*. Todo el mundo criollo intuía o entendía que, producto de las guerras de los nuevos poderes internacionales en ascenso, los hispanoamericanos nos habíamos quedado sin metrópoli y, por lo tanto, teníamos que buscar un camino propio.

Y para los mestizos, paulatinamente, comenzaron a cambiar las cosas en aquel agónico abismo al que se precipitaba la península. Cuando estalló la Revolución de la Independencia un nuevo escenario se abría para los nuevos protagonistas: "El notable papel desempeñado por los mestizos en la lucha por la Independencia, así como su creciente importancia en la vida de las repúblicas, se empezaron a reconocer".

Y agrega nuestro autor el concepto central: "La nueva valoración no niega ni disminuye para nada el hibridismo del mestizo, antes lo enaltece como al único principio verdaderamente original y creador de la civilización latinoamericana".[20]

Estamos en el punto central de nuestro problema. Si América Latina es un bloque cultural a los que se refiere Huntington ¿Cuáles son los valores que encierra ese pueblo callado durante siglos? ¿Cuál es el tiempo de su nacimiento?

19. *Op. cit*. Pág. 9.
20. *Op. cit*. Pág. 10.

Como ya lo dijimos, América Latina comienza a nacer sin duda al día siguiente del descubrimiento. El inmenso impacto que produce el choque de dos mundos, las guerras y las matanzas, el choque de dos culturas con sus dioses, las pestes diseminadas y hasta el impacto fatal, inmovilizador, generalizado y vital de la derrota, conformaron el primer escenario que nos brindó el descubrimiento y posterior conquista, sobre todo de los dos imperios principales.

Pero al mismo tiempo, y entremezclado con las situaciones señaladas, primero invisiblemente y luego expansiva y colectivamente se fue dando el proceso irreversible del mestizaje. Un pueblo nuevo fue naciendo. Esta variable, al comienzo secundaria, se transformó durante dos siglos en el aspecto fundamental constitutivo de los distintos aspectos conformativos de la sociedad colonial. Podríamos decir: el aspecto principal de un sinnúmero de contradicciones que conformaron los años de crecimiento de la sociedad criolla.

La explosión de la Independencia puso al mestizo en el centro de la historia.

No me canso ni me cansaré de repetir todo esto porque es como el punto de partida de la esencia de nuestra autoconciencia cultural, sin la cual no existiremos jamás como nación unificada. Pero además, hay otro problema que debemos arrancarlo del olvido.

Toda esa intrincada cuestión del descubrimiento y posterior conquista se dio con un fondo o marco histórico que ahora, en el auge, consolidación y en la era de los Estados continentes, adquiere una importancia política fundamental.

Dice Methol que para fines de 1500 ya estaban fundadas, asentadas y constituidas, es decir, cumpliendo una función específica, las principales ciudades que serían luego las capitales de América Latina.

La Habana, Caracas, Río de Janeiro, Ciudad de México, Bogotá, Lima, Santiago, Buenos Aires, Asunción del Paraguay, etcétera. Y también estaban fundadas todas las ciudades que después fueron las provincias históricas argentinas (aunque en ese momento la Argentina no existía). Es decir, ya había nacido la infraestructura de América Latina.

Pero lo más importante de todo esto, que a su vez engloba y completa este fenómeno, es que también para el mismo tiempo, 1580, los reinos de Castilla y Portugal habían logrado su unidad. Es decir, La Hispania volvía a estar unida y esa unidad era entendida por ambos reinos como una histórica victoria. Se trataba de consolidar ahora el Estado más grande del mundo, con las condiciones para ser una

potencia. No puedo superar las ganas que me invaden de hacer una pregunta en el momento mismo de lo que acabo de afirmar: ¿A algún argentino le enseñaron alguna vez en la escuela primaria o en el ciclo secundario que Argentina había formado parte, por casi un siglo, del Estado más grande del mundo? Desde México, el viejo México, antes que EE.UU. le arrebatara la mitad de su territorio, hasta Tierra del Fuego, pero esta vez, incorporando al inmenso Brasil y la totalidad de sus dominios africanos. Tal era el nuevo Imperio que nacía para ser uno de los grandes poderes en el mundo.

La unidad del nuevo Imperio Ibérico coincide con la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires, hecha esta vez por paraguayos, es decir, por los hijos de la tierra, los mestizos, que comenzaban, así, a hacer su aparición histórica.

Quiero transcribir aquí las palabras de Methol, que se refiere a este hecho histórico grandioso que es el nacimiento de este nuevo espacio unificado, *cuyo desafío era articularlo para transformarlo en un nuevo poder mundial*.

Dice Methol:

> Esa unidad ibérica como Estado imperial que se logra a partir de 1580 era un objetivo buscado desde hace mucho por las dos coronas, tanto la de Portugal como la de Castilla. Es un objetivo buscado secularmente desde hacía más de un siglo, desde el pacto de Alcazobas de 1479, a través del cual Portugal y Castilla buscaban su unificación. En esa búsqueda, que fue permanente por aquellos años, hacían casar a la hija de los reyes católicos con el heredero de la corona de Portugal y así sucesivamente. Hasta que al final, después de un siglo, esa política de los casamientos para fortalecer la posibilidad de la unidad, da sus frutos, ya que la herencia que le cabe a Felipe II es el resultado de ser hijo de una portuguesa heredera del trono. Nace así y se consolida, bajo el reinado de Felipe II, uno de los imperios más grandes del mundo. Y sin embargo no hay un estudio serio de toda esta etapa que es tan necesario. ¿Por qué se debilitó este inmenso y poderoso imperio ibérico, ya no más puramente español? ¿Por qué no pudo seguir adelante, proyectarse y crecer este poder gigantesco? Nadie habla de este tema. Nadie ha estudiado a fondo esta cuestión.
>
> Todo esto yo enseño en la Historia de América Latina y empiezo la Edad Media nuestra como la Edad Media castellana

y portuguesa. Porque si el Mercosur nos importa en serio y entendemos que es el único destino que tenemos, entonces nos tiene que importar el origen y el origen está en el siglo XI cuando nace Portugal.

Hacemos entonces la pregunta: ¿Cómo nace Portugal? Era una parte de Castilla. Una partecita de Castilla, chiquitita, donde dos caballeros de Borgoña ayudan al rey Alfonzo VI de Castilla en su lucha contra los moros. Y entonces, en agradecimiento a la participación en esa eterna guerra contra el moro, casa a uno de ellos con su hija y le entrega como dote a esta hija el condado de Portugal. Años después, este mismo Alfonzo no se contentaba con ser rey y quería ser emperador. Pero para ser emperador, de acuerdo a la escala feudal, tenía que tener como vasallo un rey. Es allí que el hijo del primer caballero de Borgoña se nombra rey de Portugal, cosa que le encanta a Alfonzo, porque al fin va a poder usar el título de emperador.

Ese es el nacimiento de Portugal como reino, después de haber sido condado en donación como dote.

Esta es una historia que tenemos que repensarla entera porque no es la que nos enseñan. Y según la actualidad histórica yo tengo que repensar todo el pasado en función a la eficacia que me exige el pueblo al que pertenezco y encontrar, así, las respuestas acertadas a la realidad histórica.

Todo esto de Portugal que aparece como anécdota muestra sin embargo una profunda intención política. Porque desde 1580 se unen ambos reinos bajo los tres Felipes de Hamburgo y se entrecruzan muchas cosas importantes que pasan a ser producto común. El Padre Centenera, por ejemplo, que en su famoso libro de poemas había inventado el nombre de Argentina para toda esta región, incluido el Paraguay, pasa a ser secretario del Concilio provincial de Lima, que es el que estructura las bases fundamentales de la evangelización del conjunto de América Hispana, porque el Concilio II de México va a retomar las líneas de lo aprobado en Lima. Por ejemplo, la hispanoamericanización del Concilio de Trento y que es modelo sobre el cual se van a edificar las misiones jesuíticas, entre otras cosas, es decir, todo un nuevo modelo de evangelización se estipula en Lima estando Centenera como secretario. Y, simbólicamente, su libro citado "La Argentina", va a ser editado por primera vez en Lisboa. Todo empezaba a ser tarea común y producto común. A partir de allí

> Centenera va ser capellán del virrey de Portugal en el año 1602. Y ese inicio común pareciera señalar el comienzo de una nueva era de la península unificada y el nuevo mundo. Como dijimos, se fundan las principales capitales que existen hasta ahora; se inician y se expanden triunfalmente la inédita y explosiva experiencia de las misiones jesuíticas, que hizo nacer miles de admiradores y cobijados y enconados y ambiciosos enemigos; se trata, también de poner en práctica la primera legislación laboral, por así decir, en la historia de la humanidad, todo esto en el nuevo imperio ibérico unificado que aparecía ante el mundo. La América hispánica y la América portuguesa, todo eso unificado.[21]

Para analizar las causas que permiten el debilitamiento y la ruptura de semejante imperio trataremos de dar un cuadro general de los elementos que conformaron una fortaleza y luego se transformaron en debilidad posibilitando la ruptura.

Castilla era una región semiencerrada.[22] Pero en la larga guerra contra el moro fue la que lentamente fue imponiendo su hegemonía sobre las otras regiones de la península. La preponderancia del castellano sobre los demás dialectos ibéricos, el gallego, el vascuence, el catalán, el portugués, etcétera, no es más que la expresión semántica de un proceso social y guerrero que significaba la destacada hegemonía en la larga guerra de reconquista.

La guerra no empobreció sino que aumentó el poderío de Castilla. Porque el hecho de que el estrecho de Gibraltar estuviera custodiado por los moros rompía el comercio que durante siglos se había ido consolidando en el conjunto del Mediterráneo.

21. Methol Ferré, A. Ver "El soplido de la época empuja a los latinoamericanos", pág. XX.

22. "La reconquista se interrumpió pero no se terminó al alcanzar poco a poco sus límites naturales dentro de la propia Península Ibérica. El enclave del reino de Granada permanecería en manos de los moros hasta 1492, pero por otra parte, la reconquista cristiana de la península se completó al final del siglo XVI. Como los límites de la expansión interna fueron alcanzados, las fuerzas dinámicas de la sociedad ibérica medieval comenzaron a buscar las nuevas fronteras a través de los mares, los catalanes y aragoneses principalmente hacia Sicilia, Cerdeña, norte de África y este del Mediterráneo: los castellanos, al igual que los portugueses, hacia África y las islas del Atlántico". Fontana, Josep y Pontón, Gonzalo. *Historia de América Latina*. Barcelona, 1998.

El centro del comercio, antes que apareciera el Atlántico como escenario, era Venecia. Hasta allí llegaban desde el Oriente todas las mercancías que hacían a la vida social y económica de entonces. Y desde allí, para llegar al norte de Europa, los Países Bajos e incluso Inglaterra, el camino era la vuelta por la península, pasando necesariamente por el estrecho de Gibraltar. La presencia del dominio árabe alteró totalmente el panorama y empobreció grandes zonas de Europa vinculadas al viejo comercio señalado. La bravura castellana dirigiendo la lucha contra el moro fue una gran esperanza para muchos.[23] En primer lugar, los comerciantes de Venecia, el comercio judío de distintas zonas, el papado, por muchas razones; los comerciantes galos y otros grupos colaboraron económicamente en forma activa con los castellanos hasta llegar a feliz término la culminación de la ocupación árabe de la península. Ése es uno de los secretos del poder creciente de Castilla en medio de una guerra. Ése es uno de los secretos por el cual América, después de ser descubierta, no pertenecía a España, sino exclusivamente a Castilla.

Pero paralelamente otro proceso se daba, que nos va a brindar la explicación de lo que pasaba y después que pasó con Portugal y que nos va a presentar, luego de desatada la crisis, un escenario completamente distinto, que ocupará la historia de América por varios siglos.

Dijimos que el principal comercio europeo durante siglos era la vuelta que parte de Venecia, pasa por Gibraltar y sube hacia la totalidad del norte de Europa. Pero se nos había quedado en el tintero un punto clave, una especie de descanso obligado de aquella agitada travesía. En esa vuelta, al subir de Gibraltar por el Atlántico, había que cruzar por Portugal y –ésta es la clave– parar en Lisboa. Lisboa era el punto medio entre Venecia y el norte de Europa. Sus actividades

23. "Los castellanos, entonces, pudieron aprovechar los precedentes portugueses, tanto como sus propias experiencias en la reconquista, cuando al final del siglo XV volvieron su atención hacia los nuevos mundos de ultramar. Tenían ante ellos una diversidad de opciones. Podían comerciar o podían invadir, podían establecerse o seguir viaje, inevitablemente, mucho dependía del carácter del jefe, de la clase de apoyo que fuera capaz de conseguir. El conquistador, aunque sumamente individualista, nunca estaba solo. Pertenecía a un grupo bajo el mando de un caudillo, un jefe, cuya capacidad de supervivencia se ponía a prueba, en primera instancia en su capacidad para movilizar hombres y recursos, y después por su éxito en conducir sus hombres a la victoria. Largos siglos de guerras fronterizas en Castilla ayudaron a crear esta mezcla especial de individualismo y sentido comunitario que un día hizo posible la conquista de América". Fontana, Josep y Pontón, Gonzalo. *Historia de América Latina*. Op. cit. Pág. 131.

eran múltiples para revisar las embarcaciones y prontamente fue creciendo un vertiginoso comercio.

Con las carabelas y los descubrimientos marítimos, las Canarias, las costas de África y finalmente América, entramos a la era de los océanos. Portugal estaba *demasiada abierta al mar como para depender, rígidamente, de una región semiencerrada*. Su función de puerto mirando al nuevo mundo le daba una nueva conciencia marítima ausente de prejuicios antiguos, intransigencias religiosas, o rigideces de ningún tipo. Las tendencias separatistas portuguesas se fortificaron y un tenso equilibrio que duró muchos años soportó la unidad formal y luego le dio fuerzas a la Independencia definitiva de Portugal en 1640. En esas condiciones no podía haber unificación.

Tampoco ayudó a mantener la unidad la concepción política, congénitamente instalada en la corte de Castilla, que provenía en el fondo de esa concepción rentística de la vida que se fue instalando en España –pero no en Portugal–: el creciente sectarismo religioso producto de la prosperidad momentánea que le daban a España los metales preciosos de América. La expulsión de moros y judíos fue parte del achicamiento de visión que fue sufriendo la corona española. Todos los expulsados encontraban "patria libre" en Portugal, tenían las puertas abiertas hacia América, con la condición del trabajo en la conformación de la riqueza personal.

A estos elementos internos se agregaron otros externos menos importantes. "La era de los océanos" fue asumida de distintas maneras por nuevas potencias que querían tener un lugar bajo el sol en el poder mundial que se distribuía de acuerdo a las posibilidades de cada uno.

Inglaterra en primer lugar y Francia detrás, estaban revolucionando su economía porque habían asumido en forma diferente el ingreso de Europa a la "era de los océanos". Inglaterra exploraba el mundo entero, detrás de España y Portugal, y Francia se propone primero dominar el Mediterráneo para hacer después lo que pueda en el Caribe y, con Napoleón, mirar a la India que para ellos era la nueva base del poder del Reino Unido.

Pero para el tema que estamos tratando lo importante es que cada una de las potencias nacientes y en vertiginosa transformación, sobre todo en el amplio campo de sus industrias, puso sus ojos en el poder que significaba la unidad de la península. Inglaterra apuntó a Portugal y Francia lentamente fue haciendo una política cuyo objetivo era llegar a dirigir la corona española.

Pero también comienza a existir otra contradicción importante, que se extiende por toda la América Ibérica y le da un nuevo ritmo a esta historia naciente que termina siendo en verdad la toma de un nuevo rumbo. Es la contradicción que aparece entre los nuevos poderes que nacen en las distintas regiones del amplísimo mapa del Imperio Ibérico y la corona principal de la península unida.

Señalaremos las principales. Pero adelantemos, desde ya, que el contenido que van adquiriendo estos nuevos conflictos del Imperio Ibérico influirán también en el desenlace final de 1640 y en la consolidación posterior de nuevos poderes que tendrán en la corona, con distintos matices y sentido, un enemigo al cual se oponían permanentemente.

Pero antes de seguir con lo que pasó con el Imperio Ibérico, queremos dejar por lo menos bosquejado cómo se fueron conformando esos poderes políticos, asentados en regiones en la península y luego cómo nacieron, crecieron y se relacionaron los distintos poderes de América, para entender después la lógica posterior de lo que aconteció.

Si bien por un momento dijimos que Castilla conformaba de alguna manera una región en expansión, y Portugal, por el contrario, era puro mar abierto, en la guerra incansable contra el moro, Castilla había conseguido ir abriendo una brecha de dominio limitando con Portugal hasta la zona de Cádiz. Ésa era la pequeña salida de Castilla que le permitía otear el océano y seguir a Portugal en la conquista de rutas oceánicas. Luego tomaron el sur de Sevilla, quedando Granada encerrada hasta 1492.

En todo ese tiempo Portugal llevó la delantera en la conquista de la costa de África y la exploración y conocimientos de las nuevas rutas oceánicas. Después de la caída de Granada y el descubrimiento de América, Castilla toma la delantera por más de dos siglos, pero nuevos poderes internacionales van socavando su potencia hasta la guerra de la Independencia.

Señalemos aquí tres o cuatro conclusiones para seguir adelante. Sinteticemos lo expuesto y luego avancemos.

1. El descubrimiento produce el nacimiento de América Latina.
2. De todos los hechos producidos por el impacto de dos culturas, las muertes, las guerras, las pestes, la explotación salvaje y miserable que denuncia Las Casas, y el mestizaje producido desde el primer momento, es este último el que sobrevive, se fortifica, se

abre camino hacia el futuro, pues se reproduce y se transforma en el sector más numeroso y luego más poderoso. El mestizo no era ni americano ni europeo. Era un nuevo pueblo que nacía, una nueva cultura, cargada de sincretismo. Este sector será el prócer colectivo de las guerras por la Independencia, además de los negros e indios que también participaron.

3. Entre el descubrimiento y los asentamientos, Portugal y España logran la unidad de su corona, es decir, conforman un solo Estado, el Estado más grande del mundo, en aquel momento, que dura de 1588 a 1640. Durante ese período se producen grandes logros, como las misiones jesuíticas, la legislación social apoyando a Las Casas; pero también grandes errores que permiten el debilitamiento del nuevo reino ibérico y que colaborarán en su posterior estallido. Este período debe ser motivo preponderante de investigación en el futuro, porque es el origen del Mercosur, que ahora se ha transformado en el único destino de Argentina y Brasil.
4. A partir de la división de los reinos de Portugal y España, comienza otra historia, completamente distinta; *una historia de decadencia de ambas partes*, donde cada reino ya no defiende exclusivamente intereses propios sino que Inglaterra y Francia tratan de ampliar su influencia a través de ellos, y a decir verdad, esos objetivos se logran, sobre todo las distintas estrategias de Inglaterra.

Comencemos con el caso de Portugal. En diciembre de 1640 se sublevan contra el rey de España, Cataluña y Portugal. Detrás de Cataluña estaba Francia y detrás de Portugal estaba Inglaterra. Castilla vence a Cataluña pero Portugal logra su independencia.

La independencia de Portugal cambia el rumbo rector, el objetivo central de su política. En primer lugar se parte en dos América Latina. En segundo lugar la puja por los límites pasa a ser el factor principal ya que a cada parte española que luego conforma un país le arrancará una parte de su territorio. El profesor Ferns, que escribe la Historia argentina desde el punto de vista de los ingleses, dice que ampliar el territorio de Portugal era como agrandar su propia geografía (la inglesa) ya que en todo ese territorio sólo se consumían mercancías inglesas. Ampliar los límites del nuevo Portugal era como ampliar los límites ingleses, y hacer grande al Brasil era un buen punto de partida para tener un gran mercado inglés

americano disfrazado de corona portuguesa. Era un sub imperio, como dice Vivían Trías.

Las fronteras se vuelven zonas rojas, peligrosas, de permanentes pugnas y batallas. La Colonia del Sacramento es un gran símbolo de esta etapa de la decadencia, donde los portugueses perdían numerosas vidas para introducir al Plata las producciones y mercancías inglesas.

Esta etapa de la decadencia mutua entre Portugal y España comienza en 1640 y no se sabe con exactitud cuándo termina. Pero el resultado es nítido. Terminada la Guerra de la Independencia el mapa es otro: una América española partida en mil pedazos y un Brasil unificado, fuerte, que pasa a la independencia sin guerras y se acerca luego a EE.UU. por la inmensa producción de café que EE.UU. compra en su totalidad.

Todo este proceso ocurre durante todo el siglo XIX. Los unificadores van desapareciendo de la escena uno tras otro. Artigas primero, luego San Martín, más tarde Bolívar. Expulsado de su propia tierra muere en la soledad y la pobreza.

Comienza también allí la etapa de auto desconocimiento de las partes. Cada país mira su presente y adapta su pasado a su única realidad. Brasil es un misterio; Bolivia una cultura lejana y ajena que nada tiene que ver con nosotros.

Cuando va terminando el siglo XIX todo parecía perdido. Y como dándole la razón a la propia Inglaterra, Argentina y Uruguay prosperan sorprendentemente en el marco de la desintegración. A Argentina se la tomaba como una futura potencia que competiría con EE.UU.

Ese siglo XIX que termina cambió los mapas de América Latina. Fue su segundo momento en la historia de su conformación. Pero fue la gran derrota de su pueblo, sus jefes y los olvidados unificadores, transformados en próceres que ahora encarnaban precisamente lo contrario al significado de sus luchas y, de esta manera, lograban el bronce. De Artigas al ilustre gran mariscal del Paraguay pasó lo mismo. La Guerra del Paraguay había reforzado nuestra derrota y parecía nomás que todo se había perdido.

Hasta que un acontecimiento internacional conmueve la opinión pública de América y pone en movimiento y producción a las mejores inteligencias latinoamericanas. Rodó en el Uruguay; Manuel Ugarte, Palacios e Ingenieros en Argentina; Rufino Blanco Fombona en Venezuela. En Buenos Aires se organiza La Unión Latinoamericana.

Cuba había reiniciado su lucha por la independencia de España, Martí muere en batalla y EE.UU. entra en la contienda venciendo a España y dejando a Cuba en una situación de semi protectorado. La enmienda Platt reservaba a EE.UU. su decisión sobre Cuba para los asuntos más trascendentales.

Pero una guerra siempre conmueve la conciencia humana de todos los que tienen que ver con ella.

El hecho bélico hace que los latinoamericanos, después de mucho tiempo, comiencen a verse de nuevo como una totalidad. Ugarte hace circular para siempre el nombre de "La Patria Grande". El *Ariel* de Rodó llega al corazón de la juventud de América Latina. Es un latinoamericanismo sentimental, pero lo mismo sirve, se expande y empuja.

Ante la crisis internacional que se profundiza, y que nos llevará a la primera guerra mundial, América Latina despierta y se mueve como un gigante que había quedado dormido. México estalla en una revolución donde los campesinos más olvidados y desarrapados ocupan la escena principal de la sociedad en lucha sin cuartel. Miles de miembros de la clase media argentina se sublevan, toman las armas y el poder en provincias. El edificio armado en Pavón muestra grietas irreversibles. Un nombre hasta ayer desconocido corre de boca en boca, ganando adherentes: Hipólito Yrigoyen. Se ha enfrentado a la oligarquía argentina.

Después de tres levantamientos armados con muertos y heridos, el último de ellos casi exclusivamente militar, la oligarquía acorralada comienza su retirada y acepta la ley radical que se sanciona como ley Sáenz Peña. Llega al poder Yrigoyen, y con él estalla el movimiento de la Reforma Universitaria. Córdoba se subleva, y los estudiantes toman la delantera. En su manifiesto, la Reforma dice algo así como "que se vayan todos". Pero con el lenguaje de otra época: "Los dolores que quedan son las libertades que faltan".

Como si el continente entero hubiera estado dolido de espera, el movimiento estudiantil obtiene adeptos en todas partes. Un militante peruano de la Reforma Universitaria de Córdoba, Haya de La Torre, lleva la antorcha por América Latina. Estaba convencido de lo que decía el manifiesto: "Estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana".

Funda en México el APRA, pero sólo prende en el Perú y se transforma en un multitudinario movimiento popular que enseguida tiene mártires y héroes. Lentamente la conciencia de América Latina va

renaciendo y el estallido de la Revolución Rusa no sólo anuncia la llegada de nuevos tiempos, sino que pasa a ocupar, a partir de 1917, el corazón del siglo XX.

Desde entonces se va para siempre el siglo XIX. Otros son ahora los problemas del hombre y, sobre todo, otras son las formas de resolverlos. Va naciendo lentamente la geopolítica, el replanteo frente al tamaño de los Estados, el protagonismo del futuro, la revolución en el conocimiento científico, la conmoción en la conciencia de los pueblos.

Estamos en pleno siglo XX. La revolución rusa, tengan o no que ver con ella, les da un nuevo sentido a los acontecimientos del mundo entero. La influencia del marxismo se extiende en forma ilimitada. Aparece un nuevo paisaje con un nuevo contenido. No muy claro. Lleno de malentendidos. Las mismas palabras no quieren decir lo mismo que querían decir antes.

Es como un volcán mundial que se desparrama desordenadamente, con rostros distintos, que rompe con todos los paradigmas que se fueron construyendo durante cinco siglos desde Maquiavelo y Erasmo hasta Rosseau y Montesquieu, quiero decir, la totalidad de la enciclopedia, que queda mortalmente cuestionada.

Las dos guerras mundiales demuestran que el liberalismo no tenía nada que ver con la paz en el mundo. La primera guerra pone en escena en la Argentina al yrigoyenismo revolucionario, y América Latina –según dijimos– se conmueve hasta sus huesos en la revolución mexicana, en el APRA, y en todos los pueblos que despiertan para vivir la nueva hora.

La Segunda Guerra conmueve aún más al mundo entero.

La milenaria China, sobre la que ya hablamos, emerge con una revolución que hasta ahora no ha terminado y que incorpora millones de personas al mercado anualmente.

No resisto transcribir un párrafo de Abelardo Ramos donde describe el momento mundial que está por producir el parto del peronismo y el cuadro es brillante y significativo.

Dice Ramos:

> Era el 7 de agosto. Una revolución nacional estaba por nacer y aún no tenía nombre. Cabe imaginar el efecto desconcertante y la redoblada furia que los significativos discursos de Perón despertaban en la opinión oligárquica, sólo comparable con el creciente interés que eran recibidos por los obreros.

> La gran carnicería imperialista de 1939-1945 había terminado en un horror y una destrucción sin precedentes. Los hongos atómicos de Hiroshima y Nagasaki se elevaban sobre el holocausto del Japón. La mitad de Europa estaba destruida y habían desaparecido con la guerra no sólo las dinastías putrefactas de Europa oriental sino el imponente prestigio de los valores de un occidente colonialista que había precipitado a la humanidad a esa catástrofe. En los países sin historia, las colonias y semicolonias de África, Asia y América Latina se alzaban a la conciencia de su destino. En todas partes se ponían en movimiento fuerzas inmensas para realizar la liberación nacional y la creación de Estados nacionales independientes de las viejas tutelas metropolitanas. En la Argentina esa grandiosa marea nacionalista y revolucionaria tendía a expresarse a través del ejército y de su más resuelto jefe, el Coronel Perón. Para desacreditarlo a los ojos de la opinión pública, sus enemigos lo calificaban de "nazi". Pero las masas populares argentinas no conocían el nazismo. En cambio, conocían el imperialismo, que era anglosajón. Si el embajador norteamericano se convertía en el vocero de los enemigos de Perón, era obvio que los argentinos tenían poco que dudar: el capital político de Perón fue proporcionado por su patriotismo y su abierto apoyo a las aspiraciones de los trabajadores.[24]

Desde entonces hubo tentativas de unificación pero todas quedaron en el camino.

La más importante fue la de Perón en la década del 50. Es discutido el origen de las ideas continentalistas de Perón pero es evidente que las tuvo desde un primer momento y muy claramente planteadas como una estrategia planificada.[25]

La noche del primer triunfo del peronismo en 1946, Perón le envía un telegrama al Uruguay al único aliado político que tenía en

24. Ramos, Jorge A., *La Era del peronismo*. Ed. Senado de la Nación. Pág. 64.

25. Una posición es la de Methol, que se expone en este trabajo. La otra es la de Jorge Castro, donde muy seriamente encuentra el origen del continentalismo, sobre todo respecto a Brasil, en el general Agustín P. Justo, presidente fraudulento de la Década Infame, que influyó hondamente en un amigo de Perón, el general José María Sarobe. El trabajo de Castro es serio e interesante: cómo las ideas y el hombre cambian permanentemente en la historia y se abren caminos.

ese país, Don Luis Alberto de Herrera, caudillo del Partido Blanco. Después del triunfo le decía: "Ha llegado la hora de Bolívar".[26]

Luego lanza una campaña nunca vista, en 1950, el año sanmartiniano, y al comenzar 1951 le plantea a Vargas la necesidad de la integración en América del Sur con un plan claro, conciso, como producto de un pensamiento madurado y meditado durante mucho tiempo.

Le propone hacer revivir el ABC (Argentina, Brasil y Chile) que se había planteado a principios del siglo XX entre Sáenz Peña y el Barón de Río Branco. Perón lo hace en nombre del segundo, por su instinto político, y lo hace con una lucidez que no se había visto hasta ese momento.

> Hay que levantar las barreras aduaneras*, le dice,* entre los tres países y planificar una economía conjunta para que la articulación y la dinámica creada haga crecer a los tres al mismo tiempo. Lo demás vendrá por añadidura. Enancados en los dos océanos, haremos crecer en el Sur de América un centro de producción y cultura poderoso que empezará una nueva historia en nuestros países.

Esto le reiteraba permanentemente a Vargas. Se entrevistaba seguido con Joao Batista Luzardo, embajador de Brasil en Argentina y hombre de mucha confianza política de Vargas. Perón veía claramente que no había destino sin esa posibilidad.

Pronuncia ese mismo año una conferencia "cerrada" para oficiales y le explica al ejército la nueva geopolítica argentina. Les plantea crudamente la necesidad de borrar (lo dice literalmente) las fronteras con el Brasil. De tender hacia una integración absoluta donde juntos podamos crecer y desarrollarnos. Es importante destacar que, en aquel momento, Argentina tenía frente a Brasil un desarrollo industrial de tres a uno. Era imposible seguir creciendo sin el mercado de América Latina. Perón lo ve claramente, en forma desesperada, si se quiere.

Al día siguiente de esa reunión "cerrada" de Perón con la oficialidad del Ejército Argentino, comenzó una violenta campaña de la prensa opositora a Vargas en contra del *imperialismo argentino*.

26. Esto me lo contó personalmente Methol Ferré que era, en aquel momento, secretario de Don Luis Alberto Herrera.

Nunca se había visto algo igual, pero Argentina se había transformado en un peligro imperialista para toda Latinoamérica, según la versión anglosajona de sus servicios secretos.

Es evidente que los servicios de las potencias anglosajonas se habían puesto en movimiento para impedir *el nacimiento de la primera integración del Sur,* de América Latina. Desgraciadamente lo lograron. Con la Revolución boliviana aumentaron las acciones de las potencias internacionales.

La campaña, después, apuntó directamente contra Vargas. Los argumentos que ocuparon las potencias anglosajonas contra Vargas fueron los que ya son conocidos: inmoralidad en el gobierno, corrupción en los principales personajes, traicionar al Brasil, dejar que el dictador argentino se apodere de América del Sur. Algo parecido le iba a pasar a Ibáñez en Chile, que estaba en un todo de acuerdo con Perón.

La campaña prendió tanto en la propia población del Brasil y llegó a tal magnitud, que en 1954 Getúlio Vargas se suicidó. Argentina perdía así el único aliado histórico con el que se podía construir América Latina y tener un lugar digno en el mundo y en la historia.

Muerto Vargas en el 54, las fuerzas anglosajonas apuntaron directamente a la Argentina. La campaña se multiplicó aquí y esa historia la conocemos los que la vimos en marcha. Fueron ganados para ella la clase media y la Iglesia, lo que luego repercutió en el propio ejército, que había iniciado el proceso popular. Con la clase obrera sola como aliada, Perón es derrotado en septiembre de 1955.

Todas las experiencias terminaban y los movimientos populares iban siendo desalojados de su participación en el poder. Se iniciaba un nuevo ciclo que iba a durar casi dos décadas. Los grandes imperios del mundo, fortificados después de la posguerra, nuevamente habían triunfado.

Del 55 al 73 vivimos en la Argentina la segunda década con proscripciones políticas.

Los tratados que había firmado Perón con Chile y Paraguay no sirvieron ni para soportar un asilo después de su caída. Quebrada desde afuera la alianza con Brasil, la unidad latinoamericana era imposible y sólo podía servir como tema folklórico o como punto de partida de un despertar de conciencia del pueblo latinoamericano, elemento fundamental sin el cual tampoco habrá Latinoamérica. Con el solo poder, no basta. Si el pueblo brasileño hubiera estado maduro en su conciencia como parte de un todo, que era la Patria Grande

latinoamericana, la campaña contra Vargas no habría prendido como prendió. Pero Brasil era hijo de Portugal y a Portugal la había hecho Inglaterra. Se creía único, poderoso, "o *mais grande do mundo*" aunque fuera, por aquel entonces, un pueblo sumamente pobre. La campaña de los imperios causó estragos y Vargas, si no se suicidaba, posiblemente iba a correr la misma suerte que Villarroel en Bolivia.

Esa segunda década que decía, tiró abajo todos los gobiernos populares de América del Sur que, recién a fines de la década del 60, comienzan a reaparecer y forman un nuevo panorama.[27]

En 1966 irrumpe el general Juan Carlos Onganía en el poder tras un golpe que derribó al gobierno de Arturo Illia, que subió mediante la proscripción del peronismo y se fue sin pena ni gloria. Pero Onganía, que aparentaba ser nacionalista, puso a un hombre del imperio en el Ministerio de Economía. La tarifa de avalúos se vino abajo y con ella el nivel de vida de la clase media argentina.

Este sector social, que constituye un factor político importante en nuestro país, había sido educado en los ideales liberales –sobre todo en la libertad de comercio– de nuestros clásicos sectores dominantes. Las campañas de opinión pública dirigidas desde el puerto de Buenos Aires ordenaban su conducta colectiva y contaba con ella como aliada. Así había ocurrido en 1930, 1945 y 1955. Pero la "noche de los bastones largos" abría una nueva época en la historia argentina, a partir de la cual todo iba a ser cuestionado, entre otras cosas, el contenido de la educación y la esencia y el significado del peronismo.

En la Argentina surgió una discusión colectiva como no se había visto antes. En las universidades, en los bares, en las veredas. La clase media iniciaba el análisis de su propia ubicación en el país: comenzaba a nacionalizarse.

Los libros de Arturo Jauretche y de Abelardo Ramos se agotaban febrilmente. Llegaron a hacerse, entre 1967 y 1969, de cuatro y siete ediciones anuales. A ellos se sumaban, en menor medida, Puiggrós, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz; era la clase media que buscaba una explicación de sí misma. Esto se daba en un marco donde América Latina trataba de nuevo de levantar la cabeza. Velasco Alvarado en el Perú iniciaba una reforma agraria y una política de nacionalizaciones;

27. El caso de Cuba es sumamente especial y no es éste el lugar para un análisis profundo como se merece. Para el que quiera ahondar en el tema recomiendo el último capítulo de *Historia de la Nación Latinoamericana,* de Abelardo Ramos, primera y segunda edición. Se denomina: *De la isla a tierra firme*. Ed. Peña Lillo.

el general Torres en Bolivia retomaba el camino de Villarroel; Torrijos en Panamá se ponía de pie respecto a la soberanía del canal; en Chile irrumpe la Unidad Popular y Salvador Allende profundiza un programa de nacionalizaciones con grandes movilizaciones populares.

En la Argentina, en mayo de 1969, estalla el "Cordobazo". *Este es un punto de inflexión en la historia argentina, generalmente silenciado. Por eso mismo vamos a dedicarle unos párrafos.* La clase media le decía adiós para siempre a la oligarquía.

El "Cordobazo" era el punto de mayor expresión de un largo y profundo proceso que se venía gestando en las provincias desde 1955. La política liberal instaurada, trajo la quiebra de una gran parte del mercado interno. Esta política de "retorno al coloniaje", como decía Jauretche, fue paulatinamente empobreciendo a la clase media, que se iba sintiendo abandonada, luego necesitada, más tarde también perseguida, y esto la va acercando lentamente al peronismo.

En todo ese profundo proceso que vive la sociedad argentina se da esa discusión cuestionadora, en donde la clase media quiere saber dónde está, hacia dónde va, cuáles son sus posibilidades, y si tiene o no un verdadero destino como sector vacilante, que vivió presa de una ideología ajena y liberal; y ahora la clase media empieza a entender que solamente puede tener futuro como aliada de la entonces organizada y poderosa clase trabajadora argentina. *Ese es el fondo del "Cordobazo".*

La primera chispa fue en Corrientes. Cuando la sociedad parecía dormida y Onganía hablaba de quedarse treinta años en el gobierno, un conflicto de la privatización del comedor universitario puso en pie de guerra al movimiento estudiantil del nordeste. Las protestas pacíficas pronto se transformaron en batallas campales, las policías bravas y los estudiantes sin salida –porque querían comer– se enfrentaban en las calles donde quedaban heridos y presos. El punto culminante se dio el 15 de mayo de 1969. Ese día la policía de la dictadura ametralló las manifestaciones estudiantiles. Cayeron numerosos heridos y murió de un balazo policial, en la plaza que lleva su apellido, Juan José Cabral.

El incendio se expandió por toda la república. No hubo pueblo que no aportara su mediana o pequeña epopeya. Como decíamos antes, el punto culminante se dio en Córdoba, donde los obreros y estudiantes derrotaron a la policía después de un largo día de lucha callejera hasta que tuvo que salir a hacerse cargo de la situación el ejército.

Diarios de aquel tiempo y amigos que participaron de la gesta contaban que hasta familias de clase media aportaban a los estudiantes colchones y muebles para que no se apagasen los incendios. Era la clase media que iniciaba otro camino cuyo contenido fue tapado, silenciado, tergiversado, para que la Argentina no tomara un rumbo hasta ese momento desconocido.

Frente a esta situación, que inmediatamente tumbó al jefe de la dictadura, Onganía, ocurrieron dos cuestiones que no debemos olvidar nunca: el jefe del sector oligárquico del ejército, general Alejandro Lanusse, vio el fondo del problema e inmediatamente sacó la conclusión política concreta: que antes que este monstruo colectivo desconocido creciera y se alzara con el poder, había que hablar con Perón. Era preferible un país con fábricas y chimeneas, con obreros bien pagados, antes que este monstruo que aparecía y era desconocido hasta entonces en la historia argentina.

Y el otro punto que quería resaltar era que el propio Perón no nombró nunca al Cordobazo. Ese fue el fondo de la propuesta de Lanusse del "Gran Acuerdo Nacional". Perón no nombró nunca al Cordobazo porque sencillamente este hecho grandioso no tenía nada que ver con el peronismo, aunque muchos peronistas pelearon en las calles contra la dictadura.

Era algo nuevo; para muchos, llegaba el miedo al cambio profundo; para la mayoría, se abría un gran horizonte de esperanza de una sociedad mejor, más justa. Desde el fondo de las humaredas de Córdoba se escuchaba un canto no conocido hasta entonces y desde entonces muchas veces repetido: "Luche, luche, luche, no deje de luchar, por un gobierno obrero, obrero y popular". Nadie era dueño de esa consigna, pero todos la sentían como suya; durante años ese fue el canto de las puebladas provincianas que luego, a medida que se fortificaban los partidos políticos, se fue diluyendo lentamente.

La década del sesenta terminaba así con un hecho de masas tan importante como el 17 de octubre, ya que *cambió la orientación del poder en la Argentina*.

Levingston sucedió a Onganía y comenzó su gestión con un discurso insultante y desafiante contra el pueblo de Córdoba y se produjo el segundo Cordobazo. Los altos mandos militares dirigidos por Lanusse se dieron cuenta de que ya era tarde para discutir un cambio en la política militar, reorientar la economía con Aldo Ferrer, cambiar gobernadores más abiertos, poner ministros con cintura, etcétera.

Sólo quedaba un camino: había que organizar la retirada para que ésta no se transformara en escapatoria. El pueblo argentino había triunfado contra la dictadura pro-norteamericana de Onganía y sus seguidores. Se abría otra etapa donde distintas influencias, nacionales e internacionales, se hacen presentes en lo que llamamos la nacionalización de la clase media.

Esta nacionalización tuvo muchas expresiones sorprendentes. Pero había algo objetivo e indiscutible: la clase media se cuestionaba a sí misma y quería comprender el gigantesco fenómeno del peronismo, del cual se había encontrado casi siempre histórica y políticamente alejada.

El proceso de la clase media argentina hacia una conciencia nacional se dio en medio de circunstancias nacionales e internacionales que es preciso señalar para ver si nos empezamos a explicar ciertas cosas que ocurrieron y no volver a repetir errores que dejaron millares de muertos, solamente en la Argentina.

1. Ya señalamos que el "nacionalista católico" supuesto, Juan Carlos Onganía, puso en el Ministerio de Economía a un hombre de los EE.UU. Éste dejó casi sin efectos la tarifa de avalúos, es decir, dejó entrar al mercado interno cuanta mercancía se producía en el mundo. Esto arrastró a la clase media hacia la desesperación y la fue acercando al gran movimiento proscripto. Se lanzó a la calle, por uno u otro motivo, y se expandieron, según lo afirmamos, los levantamientos provinciales; el punto más alto fue el Cordobazo y a partir de allí, aquella dictadura trata de planificar una retirada. Después del segundo Cordobazo las condiciones empeoraron para los sectores dominantes: el margen de negociación se achicó y el gobierno militar tuvo que aceptar las condiciones que Perón ponía en ese proceso de negociaciones.
2. El pueblo argentino sintió y entendió que el gobierno militar no tenía salida política propia y que todas las medidas que tomaba estaban condicionadas por los levantamientos provinciales. Eso aumentó su combatividad. Y por cuestiones que antes parecían aguantables, ahora se producían levantamientos inesperados. En ese proceso, pero respondiendo a otras causas, surgen los grupos armados sobre los cuales ya precisaremos algunos conceptos.
3. La presencia de la Unión Soviética en el mundo, condicionaba cualquier análisis y cualquier política independiente; ya que la guerra fría que ocupó el corazón del siglo XX, era el punto de

partida de los EE.UU. para cualquier preocupación geopolítica, especialmente en Latinoamérica, que ellos consideraban su patio trasero, su "terrenito del fondo". De allí la violencia que tuvieron los golpes militares, todos preparados y dirigidos por la CIA, que se dieron, primero en Brasil, luego en Uruguay, Bolivia, Chile y finalmente en Argentina en 1976.

4. La presencia de la Unión Soviética multiplicó su peligro con la aparición en el panorama del 60 con la Revolución Cubana. Los revolucionarios de Sierra Maestra triunfan sobre la tiranía de Batista con el apoyo de todo el mundo y del propio EE.UU. –que hizo con Batista lo mismo que después haría con Somoza–, y llega al poder un grupo de valientes jóvenes de ideología liberal democrática pero férreamente antinorteamericana. En realidad Cuba no había sido nunca un país libre, ya que en su lucha contra España, EE.UU. participa y logran rápidamente una victoria que le da a Cuba, con la enmienda Platt, una situación parecida a la de un protectorado. Esas situaciones después traen su respuesta contraria. La posición intransigente de los EE.UU. hizo que los revolucionarios de Cuba se endurecieran. Esto llevó a la famosa declaración de La Habana. Cuba se declaraba socialista de la noche a la mañana y de esa manera ingresaba al "Pacto de Varsovia", que era un pacto internacional de los países socialistas que garantizaba a todos los países la defensa recíproca en caso de ser atacados.

   La Unión Soviética era por entonces la que llevaba el primer lugar en la carrera del espacio y estaba a la par con EE.UU. en el armamento atómico. En esa declaración de La Habana, Fidel Castro decía que había sido toda su vida marxista-leninista, aunque había leído *El Capital* hasta la página 144. Esta referencia anecdótica se fue transformando paulatinamente en una de las más grandes tragedias de América Latina. Los dirigentes cubanos desconocían todo lo que implicaba la declaración que hicieron. No sabían la larga polémica de Lenin contra la violencia individual (en la cual su hermano había sido víctima); el peligro que implicaba el ultraizquierdismo, tema al cual le dedicó un libro especial (*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*) y que lo llevó, cuando estuvo en el poder, a fusilar una huelga anarquista de casi 3.000 personas. Y esto venía desde el nacimiento mismo del pensamiento socialista; la lucha ideológica de Marx y Engels contra Bakunin, Kropotkin, etcétera. La bomba y

> la sangre, desprendida del proceso de conciencia y condiciones objetivas y subjetivas fue siempre repudiada por la historia del pensamiento socialista. Pero los cambios rápidos en la lucha política, sobre todo cuando se decide la violencia como camino liberador, siempre terminaron en masacres y tragedias. Desde la Comuna de París hasta la Argentina de 1976.

América Latina no escapó a esa lógica de hierro, que por otra parte los servicios de inteligencia de las potencias colonialistas del mundo lo sabían mejor que nadie.

No fue una casualidad que cuando estaba terminando la década del sesenta, la década de mayor discusión profunda y análisis que se había visto hasta entonces, cuando los libros que enriquecían y profundizaban la conciencia histórica y la conciencia nacional, justo, entonces decía, aparece la metralleta. La violencia y la sangre. Methol Ferré dijo entonces, con esa honda lucidez que lo caracterizaba: "Esta es la muerte de la política y la política de la muerte". El historiador Ernesto Ceballos de Córdoba acusa directamente a la CIA de fomentar las guerrillas y la violencia en la Argentina y la organización y participación en los grupos armados.

Señalemos como ejemplo el caso de los Montoneros. De orígenes católicos de derecha, la mayoría de ellos militantes del movimiento Tacuara, entraban a cadenazos en las asambleas estudiantiles con sus discusiones interminables que casi siempre terminaban girando sobre dos ejes: el peronismo y la izquierda. De una posición de derecha violenta –Medellín de por medio– se pasaron en 24 horas a una posición de izquierda violenta.

La CGT, la CGE y esta masiva nacionalización de la clase media que marchaba no muy racionalmente hacia el peronismo, trasladó a su seno todas las contradicciones explosivas que –como no podía ser de otra manera– sangrientamente estallaron una vez que Perón volvió a la Argentina. Una especie de guerra civil enloquecida y cargada de odios antiguos se desató dentro del mismo peronismo. Una vez más Perón se había equivocado. A muchos amigos políticos les había dicho que su llegada haría cesar la lucha interna que existía.

De esta lucha –como de ninguna pelea por el poder de América Latina– no estuvo ausente la CIA. Su proyecto, en este caso, era consolidar la perspectiva de poder de López Rega que significaba, simplemente, matar a todo aquél que pensara diferente. Las bombas cotidianas, las emboscadas de grueso calibre, la vuelta de la sangre y

la metralla, se llevaron muchas vidas, entre ellas, la del propio Perón, cuyo anciano corazón no resistió el inmenso peso de las tensiones y la pérdida del control y la conducción de las fuerzas desatadas.

La Argentina sin Perón, pero con las fuerzas que Perón había convocado en el manejo del Estado, se transformó en una verdadera batalla campal. Una sola cosa faltaba para que el cuadro fuera completo: el descontrol económico. Rodrigo, con el apoyo de Isabel Perón, lo logró. El ritmo enloquecido de la inflación, con su onda expansiva, hizo nacer la sensación, en todos los sectores sociales, de que *así no se podía seguir*.

Los principales sindicatos y la clase obrera en su conjunto, con su instinto de clase que le hacía percibir el abismo, entendió rápidamente que había que buscar, de cualquier manera, otro rumbo.

Como siempre ocurrió en estos casos en la historia, la clase obrera se puso en movimiento pidiendo la cabeza del *Rasputín argentino*. Las movilizaciones se hicieron cada vez más numerosas presionando al gobierno de origen peronista. Y el gobierno cedió. López Rega cayó y huyó del país, donde había hecho correr mucha sangre. Su desaparición trajo un nuevo panorama y decidió a la CIA a trabajar para un golpe de Estado sin el peronismo. Ahora el dictador Videla dice que eso fue un error. Que se podía seguir matando con Isabel en el gobierno con más comodidad y sin asumir la responsabilidad pública de las muertes y los desaparecidos.

El golpe de Estado del 76 se abría paso aceleradamente. El trabajo de los servicios anglosajones del poder mundial fue muy eficiente. Con el golpe de marzo desaparecía de la escena el último gobierno elegido por el pueblo, con origen y significado popular, en América del Sur, aunque, ahora, también lleno de sangre.

De pronto, el panorama que tres o cuatro años atrás entusiasmaba a cualquiera, había desaparecido. Ya no estaba ni Torrijos en Panamá, ni Velasco Alvarado en Perú, ni el general Torres en Bolivia, ni Salvador Allende en Chile, ni Perón en la Argentina. Hasta la democracia uruguaya, la Suiza de América, había desaparecido. Vino luego la larga y sangrante dictadura militar.

El punto culminante de este largo proceso se rearma en el mundo, con el hundimiento y desaparición de la Unión Soviética.

Gran parte de la humanidad miraba sorprendida cómo uno de los Estados más poderosos del planeta se desintegraba, se derrumbaba como las torres gemelas, pero sin bombas ni aviones incrustados. El caso era sorprendente para muchos y hasta ahora existen personas

que siguen sin entender nada de nada de lo que pasó en la Unión Soviética.

"El socialismo había fracasado". Así aparecían las cosas en la superficie de la sociedad.

Pero muchos años antes, en la década del treinta, uno de los jefes de la Revolución Rusa había relatado todo el proceso que se estaba desarrollando en una monstruosa degeneración del Estado llamado soviético, transformándose en una de las dictaduras más sanguinarias e injustas del planeta, solamente superada por el nazismo. Me refiero a León Trostki y a su obra en general, especialmente *Vida de Stalin* y *La revolución traicionada*.

Desaparecida la Unión Soviética de la escena, asciende al reinado la burbuja liberal internacional y colectiva que trata de desparramarse por el mundo entero. Fukuyama habla del "fin de la historia", remarcando que la armonía mundial del liberalismo iba a transformar al planeta en algo bastante aburrido.

Ese es el fondo del consenso de Washington. El mundo liberal en armonía absoluta, donde las fuerzas económicas privadas suplantaban a los Estados, donde se enriquecían tanto los que estaban más arriba, que la abundancia iba a producir un gran derrame mundial, que la riqueza iba a llegar a todo el mundo, se iba a expandir a los pueblos y surgiría de los lugares más olvidados e inesperados. El mundo entero iba a ser rico y por eso la principal preocupación de Fukuyama era la perspectiva cierta del "aburrimiento mundial".

Ni en las condiciones de violencia planificadamente desatada, perfeccionadas luego en el sangriento golpe de 1976, ni en la democracia vacía y acobardada de Alfonsín, dominada y gobernada por los banqueros, ni en la tormenta arrasante liberal impuesta en todo el mundo y expresada por Menem en la Argentina, en ese marco, decía, no podía surgir un pensamiento argentino. Y no surgió. Fue más que una década vacía de pensamiento y de sentido. Se perdía el rumbo, desaparecía lo propio, escasos pensadores y escritores no eran escuchados ni leídos.

El liberalismo reinaba en todos los aspectos. Nadie osaba plantear algo donde el Estado jugase algún papel, sobre todo vinculado a los servicios y a la producción.

El reinado del liberalismo duró unos años en América Latina. Pero para fines del 90 se iban a hacer públicas dos situaciones que marcarían la nueva era en la que ingresaría Latinoamérica.

En primer lugar, la aparición de nuevos gobernantes que retomaban el camino perdido de los viejos caudillos populares. Venezuela, Bolivia, Brasil, Ecuador y hasta Argentina, después de que el plan liberal la llevó a la quiebra completa y a un punto de quiebra política como Estado, es decir, nuestro bloque después de muchos años comenzaba a hablar de sí mismo. Nace el Mercosur y se acentúan las tendencias integracionistas.

Y el segundo aspecto era el de una crisis profunda, que aparece primero en EE.UU. y luego se extiende por Europa, que está muy lejos de terminar y yo creo que no es más que el comienzo de un proceso inédito de derrumbe definitivo, pero lento.

En ese cuadro se van consolidando en América del Sur las tendencias populares que reaparecen pidiendo justicia. Renace la defensa del mercado interno, la redistribución de la riqueza, la presencia del Estado en los lugares claves y estratégicos de la economía nacional, y se fortifican las tendencias de integración de América del Sur y de América Latina. Estamos en la tercera ebullición, que tiene como punto central América del Sur.

Esto ocurre porque la arquitectura financiera internacional se ha resquebrajado. Ha terminado la era del consenso de Washington. Entramos a otro tiempo. Los pueblos reaparecen como principales protagonistas del nuevo proceso histórico.

Ignacio Ramonet tiene un párrafo insustituible referido al momento en que vivimos.

> El desplome de Wall Street es comparable, en la esfera financiera, a lo que representó, en el ámbito geopolítico, la caída del muro de Berlín. Un cambio de mundo y un giro copernicano. Lo afirma Paul Samuelson, premio Nobel de Economía: "Esta debacle es para el capitalismo lo que la caída de la URSS fue para el comunismo". Se termina el período abierto en 1981 con la fórmula de Ronald Reagan: "El Estado no es la solución, es el problema". Durante treinta años, los fundamentalistas del mercado repetían que éste siempre tenía razón, que la globalización era sinónimo de felicidad y que el capitalismo financiero edificaba el paraíso terrenal para todos. Se equivocaron.
> "La edad de oro" de Wall Street se acabó y también una etapa de exuberancia y despilfarro representada por una aristocracia de banqueros de inversión, "los amos del universo"... La fiebre del provecho fácil se contagió a todo el planeta. Los mercados

> se sobrecalentaron, alimentados por un exceso de financiación que facilitó el alza de los precios. La globalización llevó a la economía mundial a tomar la forma de una economía de papel, virtual, inmaterial. La esfera financiera llegó a representar más de doscientos cincuenta billones de euros, o sea seis veces el monto de la riqueza real mundial. Y de golpe esa gigantesca "burbuja" reventó. El desastre tiene dimensiones apocalípticas. Más de doscientos mil millones de euros se han esfumado. La banca de inversión ha sido borrada del mapa.

La crisis hizo aparecer de nuevo al Estado. La administración del presidente George W. Bush ha tenido que renegar de los principios neoliberales y recurrir desesperadamente a la intervención del Estado.

> Las principales entidades de crédito inmobiliario Fannie Mae y Freddie Mac han sido nacionalizadas. También lo ha sido el American Internacional Group (AIG), la mayor compañía de seguros del mundo y el secretario del Tesoro, Henry Paulson (ex presidente de la banca Goldman Sachs) ha propuesto un plan de rescate de las acciones "tóxicas" procedentes de las "hipotecas basura" (*subprime*) por un valor de unos 500 mil millones de euros, que también adelantó el Estado, o sea, los contribuyentes.
> Prueba del fracaso del sistema, estas intervenciones del Estado –las mayores en volumen en la historia económica del mundo– demuestran que los mercados no son capaces de regularse por sí mismos. Se han autodestruido por su propia voracidad. Además, se confirma una ley del cinismo neoliberal: se privatizan los beneficios, pero se socializan las pérdidas. Las autoridades estadounidenses acuden al rescate de los banqueros gangsters a expensas de los ciudadanos. Hace unos meses, el presidente Bush se negó a firmar una ley que ofrecía una cobertura médica a nueve millones de niños pobres por un costo de cuatro mil millones de euros. Lo consideró un gasto inútil. Ahora para salvar a los rufianes de Wall Street nada le parece suficiente.[28]

28. *Ibídem*.

La crisis se alzó con Bush y se expandió por los países más débiles de Europa: Grecia, la cuna del pensamiento occidental, es una tierra de desesperados sin salida; Italia, un achicamiento lento; España una explosión de miseria que vuelve a expulsar población, igual que Portugal. Sin duda entramos a otro tiempo. En la cabeza del presidente de EE.UU. vuelve Keynes, es decir, ha muerto el liberalismo salvaje.

Vivimos un nuevo mundo, muchos lo niegan y otros muchos están incapacitados para verlo. China se ha transformado en la primera potencia del mundo. Los países emergentes abren una página de esperanza para todos los que hasta ahora fuimos postergados, explotados y humillados.

El Brasil emerge como la primera potencia sudamericana. Ha formado con Rusia, China, India y Sudáfrica un bloque nuevo que es más de la mitad de la población del mundo. Los tigres asiáticos siguen creciendo con fuerza, Europa es un gran museo cuyo destino desconoce. Mujeres desesperadas arrojándose de un séptimo piso por quedarse sin vivienda son todo un símbolo de una época. En ese cuadro América Latina se abre paso como puede, sigue creciendo, se continúa integrando, la crisis no se siente, se la ve como ajena y lejana, el pueblo ha recomenzado a construir otra vez su destino.

Entre el Unasur y el Mercosur marchan a construir un mismo bloque. Ya está en marcha el Banco del Sur, para ayudar a los países más débiles. Comienza a discutirse un plan común de seguridad sudamericano. Pero, en estos tiempos, Brasil se ha convertido en el tercer país productor de aviones, Argentina continúa con sus centrales nucleares, y si esta vez nos repensamos y comprendemos las riquezas y las potencias que llevamos adentro, nos consagraremos invencibles en el siglo XXI.

A MANERA DE EPÍLOGO

MERCOSUR O MUERTE

Alberto Methol Ferré
In memoriam

Se trata de un breve mural de despedida, para que los árboles no tapen demasiado al bosque, sin lo cual no hay orientación.

NUESTRAS TRES EBULLICIONES TOTALIZADORAS

América Latina tuvo tres grandes ebulliciones totalizantes que la configuraron y la están configurando.

Digo *totalizadoras* porque en sus inmensos espacios, en este medio milenio último, de golpe, casi sorpresivamente, toda ella entró en ebullición sólo tres veces. ¿Podríamos contar las ebulliciones generales de Europa? Muchas más. Pero especialmente era mucho más pequeña y concentrada.

Ahora estamos en plena *tercera ebullición* general latinoamericana. Nuestras dos ebulliciones generales anteriores duraron pocas décadas. Luego les siguió una larga calma, durante la cual esa ebullición se fue como disgregando, dirigiendo, agotándose y recreándose lentamente como para la nueva sucesiva ebullición general, mucho tiempo después. Ahora, nuestra *tercera ebullición* tiene caracteres muy distintos que las anteriores. Acerquémonos un poco.

PRIMERA EBULLICIÓN GENERAL: NACIMIENTO DE AMÉRICA LATINA

Tras una etapa preparatoria en las Antillas y América Central, de 1520 a 1560 aproximadamente, es la conquista y colonización de lo que comenzará a ser un pueblo nuevo, mestizo, en la historia: América Latina. Todas sus partes entran en relación, en conflagración, luego de milenios de dispersión, de comunicaciones fragmentarias. En pocas décadas se funda la red de villas y ciudades esencial de América Latina, que incluye casi todas las que serán sus capitales.

Antes de este ciclo (1520-1560) sólo se habían configurado dos Imperios, el Azteca y el Inca, que al estar hechos a pie quedaron muy lejos de agitar todo el conjunto de lo que sería luego América Latina. Se ignoraron. Los dos Imperios –como movimiento de concentración– duraron apenas un siglo, y fueron arrancados de cuajo por la vorágine totalizante de la conquista y la colonización, que tuvieron una velocidad inédita, combinada, del barco oceánico y los caballos.

Esa ebullición general, la primera *latinoamericana,* fue a la vez el primer fruto del comienzo de la globalización, encabezada desde Europa por Castilla y Portugal, en los buenos tiempos de la *Alianza Peninsular*.

Luego le seguirían, a partir de sus tres núcleos, México (con América Central y las Antillas), Perú y Brasil (las partes castellana y portuguesa de América del Sur), casi 250 años de estabilización dispersa, comunicándose más que entre sí, con los centros metropolitanos. América Latina (ibérica o hispánica, en su sentido original) fue como dividiéndose por paulatina complejización y madurando un nuevo y vasto círculo histórico-cultural que hoy somos nosotros, desde nuestras raíces. Mestizaje hijo de la Cristiandad latina en su último gran despliegue barroco, y primero nuestro. Es la primera ebullición fundadora de América Latina. Todo se junta con todo, y luego va particularizándose.

SEGUNDA EBULLICIÓN GENERAL: INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA

Siempre hay signos preparatorios. Pero la ebullición estalla desde 1808 y se prolonga hasta 1830. La dilatada América española

entra toda ella en efervescencia, se vuelve a interpenetrar con intensidad inusitada en todos sus fragmentos, y Bolívar busca culminarla en un gran congreso, que fracasa. En la medida que se independiza, América Latina va separándose en múltiples Estados-Ciudad que encabezan espacios insólitos para cualquier europeo. Estados-Ciudad como de una Grecia primitiva gigante. Estados Parroquiales, diría Toynbee. Ni siquiera una *Nación de Repúblicas*, confederadas, como quiso Bolívar.

Sólo Brasil, entonces mucho más pequeño y menos dilatado que la América española, mantuvo la unidad ¿quién podría controlar la Amazonia entonces, que descoyunta toda la América del Sur? El espectáculo final de la segunda efervescencia hizo exclamar a Bolívar: ¡Hemos perdido todo, menos la Independencia! Es decir, hemos perdido las condiciones de la Independencia.

América Latina fue formada por barcos y jinetes. La Independencia fue gesta sólo de jinetes. Entreveros. Lo que volvió desmesurada a América Latina para los latinoamericanos, que no pudieron controlar sus espacios. Nuestros marinos no eran criollos, sino irlandeses, ingleses y norteamericanos. Los barcos eran ingleses.

Y nos volvimos periferia de la Revolución Industrial inglesa del siglo XIX. Cada Estado Parroquial perdió contacto con su vecindad, salvo en los casos de dos o tres conflictos vecinales graves, pero localizados. Cada país se fue volviendo un *en sí* (hoy de 170 a 180 años): su afirmación era la exclusión del vecino y el éxtasis con los centros metropolitanos transoceánicos. Primero ingleses y franceses, luego norteamericanos.

TERCERA EBULLICIÓN GENERAL: DESDE EL MERCOSUR

Desde comienzos del siglo XX los medios de comunicación latinoamericanos empiezan su paulatino acrecentamiento e intensificación. Por mar, tierra y aire. Aunque todavía en la Cumbre de Brasilia del 2000, donde los países de América del Sur (Comunidad Andina y Mercosur) proyectan su unión, se hace énfasis en la necesidad urgente de ampliar las conexiones mutuas de *infraestructuras*. Es que estamos en plena ebullición general, que nos exige multiplicar las intercomunicaciones de personas, bienes y servicios. La globalización avanza, pero la cercanía vecinal y latinoamericana también.

Está naciendo definitivamente la *política sudamericana* (que sólo hubo en el fugaz momento de la Independencia). La política sudamericana, novedad de nuestros días, vino para quedarse definitivamente, nos guste o no. A nosotros o a las grandes potencias. Es ya irreversible. Ésta es la diferencia con las dos ebulliciones generales anteriores.

La tercera ebullición general ha venido para quedarse y volverse –en relativamente poco tiempo más a escala histórica– normalidad. Desde la década del 90 en adelante, la ebullición general ya es y será normalidad. No hay más regreso a los *en sí* imaginarios de las patrias chicas. La conjugación latinoamericana de América del Sur ya es irreversible, es destino. ¿Cómo contribuiremos a acuñar ese destino? ¿Cuál será su signo?

Una ojeada a sus preparaciones y eclosión. Es en el siglo XX. Éste se abre con la ebullición general de los intelectuales, su latinoamericanización. La generación del 900 con Rodó, Ugarte, García Calderón, Blanco Fombona, etcétera, repone en el horizonte a la *Patria Grande*, retoma la herencia de Bolívar, San Martín, Artigas. Luego serán los estudiantes universitarios. Luego los imperativos industrializadores –camino hacia adentro– de los nacional populismos. Éstos, todavía por separado, se sintetizan en tres consignas: Democratización, Industrialización, (ciencia y tecnología) e Integración. La primera no es sin la segunda; la segunda no será plena, eficaz, sin la tercera. En la tercera, es la vencida. En eso estamos.

Por eso, Carlos Quijano decía entonces que al latinoamericanismo no se llega por el *latinoamericanismo abstracto*, sino a través de las *regionalizaciones* concretas. Y vino la primera oleada regionalista en los años 60, simbolizada en Prebisch y Felipe Herrera, en el Mercado Común Centroamericano, la ALALC (que incluía desmedidamente a México, Brasil y Argentina), el Mercado Común del 67, el Pacto Andino del 69. Luego el reflujo.

Desde el 85 la segunda oleada se levanta desde el ensamble de Brasil y Argentina. América Latina hacía así su cortocircuito fundamental: la alianza de Argentina y Brasil. Ya la habían intentado Perón, Vargas e Ibáñez (1951-1954). Ése es el camino principal y decisivo para América del Sur: *el núcleo básico de aglutinación,* al decir de Perón. Es como la alianza de Francia y Alemania para Europa.

Ese es el cortocircuito que pone todo en ebullición. Por eso el Mercosur es lo decisivo de la combustión y unión de los pueblos de América del Sur. El Mercosur no es una *regionalización* entre otras,

es la *regionalización fundante* de América del Sur, y por tanto invencible, aunque por eso mismo amenazado siempre de muerte.

Nadie más podrá apagar esta ebullición. Todo otro camino, que no sostenga o se enlace con esta avenida principal, es enemigo de nuestros pueblos. Son tiros al aire, apuestas erráticas, antinacionales. Esto lo iremos aprendiendo rápidamente todos, unos y otros.

Hoy América Latina tiende a separar sus dos regiones básicas. México, América Central y las Antillas caminan en o hacia el Nafta-Alca. Es seguramente irreversible, salvo depresión mundial. En tanto que la gran isla de América del Sur, lo más importante de América Latina, su escenario fundamental, se vuelve inexorablemente el centro de ebullición de sí misma.

El Mercosur es su avenida principal. Es la gran batalla de estos años, a todos los niveles. Anuncian y quieren muchos su muerte y desaparición. Y les renace al otro día, porque se asienta en lo principal de América del Sur.

¿Y cuál es su opuesto? ¿Cuál es la verdad de todas las otras propuestas que lo excluyen y pretenden ser alternativas (no complementos)? Su opuesto, su contrario tiene un nombre ejemplar: el destino de Puerto Rico.

¿Cuál es el destino de las *patrias chicas solas*? O múltiples y pequeños Puerto Rico, o un gigantesco Puerto Rico latinoamericano, utopía histórica imposible. No otro es el contenido del fantasma del Alca. Y si ésta llegara a ser, sería multiplicador, a pesar suyo, de la ebullición latinoamericana. Sería la vía más larga y compleja. Impredecible. Podría hasta *portorriquizar* a los mismos norteamericanos, por más murallas eléctricas que levantaran. ¡La historia y sus ebulliciones no se manejan fácilmente!

Las *patrias chicas* se salvan en la Patria Grande latinoamericana de la Unión Sudamericana, por la difícil y necesaria avenida principal del Mercosur. Por fe cristiana y convicción, sabemos que la Vida puede más que la Muerte. Es la gran apuesta, lo que vale la pena.

Así me quiero despedir, sin despedirme, de Mercedes y Carlos, de *Cuadernos de Marcha*.

ÍNDICE

PRÓLOGO. UN LUCHADOR INTRANSIGENTE POR
LA UNIDAD CONTINENTAL 5
Santiago Cafiero
PRESENTACIÓN. EL SOPLIDO DE LA ÉPOCA EMPUJA
A LOS LATINOAMERICANOS 7
Alberto Methol Ferré

PRIMERA PARTE
LA REVOLUCIÓN CULTURAL DEL MERCOSUR

Palabras preliminares (de la primera edición, 1995).....25
Capítulo I. La importancia de la cultura.....31
Capítulo II. El origen de nuestra cultura 39
Capítulo III. Por qué se dividió América Latina 47
Capítulo IV. El carácter fundacional del cristianismo.....57
Capítulo V. El ejemplo castellano guaraní.....69
Capítulo VI. Las misiones como ejemplo de conjunción cultural 83
Capítulo VII. El nuevo ataque contra los particularismos
culturales. Nuestro desafío con el siglo XXI 109
Capítulo VIII. La cultura, el Mercosur y
nuestro destino latinoamericano 119

SEGUNDA PARTE
CRISIS Y DESTINO

Capítulo I. La crisis del Mercosur 143
Capítulo II. La ubicación cultural y destino de América Latina 153

A MANERA DE EPÍLOGO. MERCOSUR O MUERTE 205
Alberto Methol Ferré